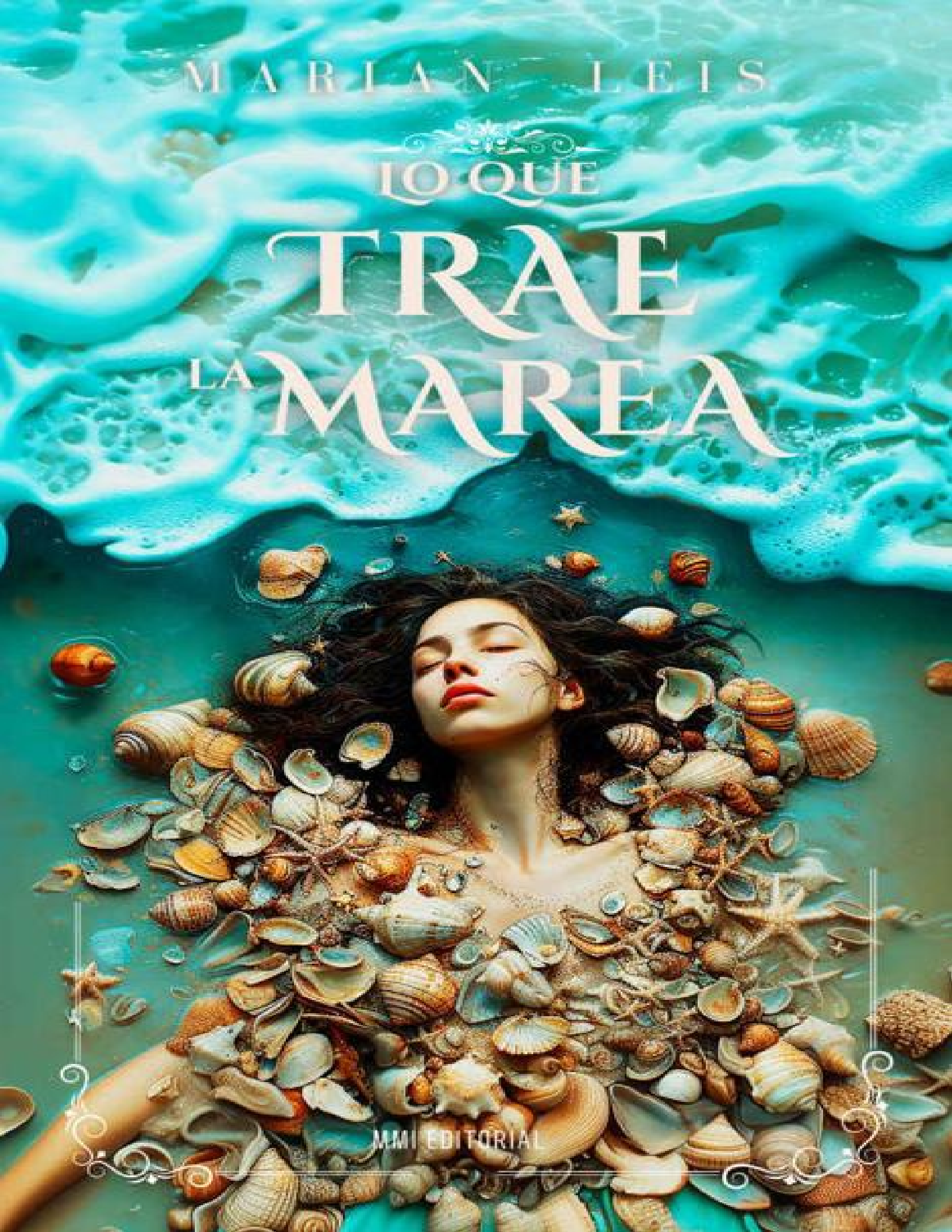
MARIAN LEIS

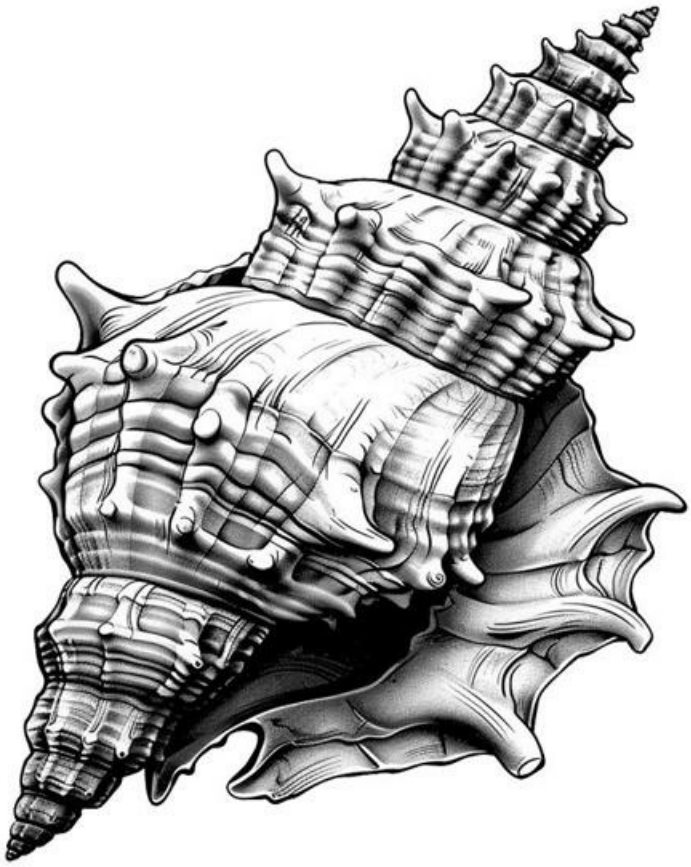
LO QUE TRAE LA MAREA



MMI EDITORIAL

MARIAN LEIS

Lo que trae la marea



MMI EDITORIAL

Lo que trae la marea 1ª Edición.

Copyright © Marian Leis, 2024.
Copyright de la portada© Marian Leis, 2024.

Todos los derechos reservados. ISBN:

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para Sandra y Jose
Alicia, Manuel y Sara,
Por abrirnos las puertas de
Galicia y darme la inspiración
Que me faltaba.

I

Giraba la taza de hierro entre los dedos, con precaución de no quemarse, soplando y paladeando a sorbos el café recién cocido que ayudaba a mantener a raya el frío matutino y el sopor persistente que lo atormentaba, aunque aquel día se hubiese levantado más tarde de lo acostumbrado. Apoyado en el quicio de la puerta, encajó la pipa entre sus dientes, sujetando con dejadez la boquilla mientras la cazoleta se acomodaba sola en la frondosa barba.

Las rutinas dieron paso a lo extraordinario, y es que, a partir de esto, aquel día sería insólito.

Dio tres pasos en el porche, con los pies desnudos, y se sentó en la mecedora sin dejar de mirar en lontananza. Extrajo una cerilla de una cajita repujada de plata y prendió el tabaco.

«Mal agüero».

Una niebla, sólida e impenetrable, lo cubría todo desde el primer albor y, aunque empezaba a levantar y dejaba intuir a lo lejos la silueta del paisaje y la ciudad, le daba a todo una tonalidad plomiza y se pegaba sobre las aguas como el moho a la podredumbre.

Donde terminaban las tablas del porche se abrían dos escalones. Al bajar le seguían hierba y arena, y varios pasos más allá la cerca, no para delimitar su propiedad, sino para marcar la distancia que podía recorrer un hombre sin despeñarse seis varas risco abajo. Desde donde estaba sentado en la mecedora, y si miraba por encima de la valla, lo habitual era que viese el horizonte dividido en dos tonos de azul; el de arriba, del aire y lo divino, más claro que el otro de las aguas que llevan al fin del mundo; pero ambos azules, de todos modos.

Ahora todo era gris.

Su pequeña casa se alzaba entre dos playas solitarias, como un puesto aduanero, marcando una frontera entre la una y la otra que las diferenciara, y dándose la mano a su vez con un peñasco que se alzaba un trecho hacia delante y que se podía subir con facilidad dependiendo de si lo abrazaba la marea o estaba libre el acceso.

Sin terminar el desayuno ni la pipa, abandonó el porche y se encaminó a la playa, los pies descalzos, la arena fría, y decidido a investigar la ribera que quedaba más al oeste, pues no tenía intención de faenar esa mañana con aquella neblina tan ponzoñosa.

Veía velada Pontenácar, allá a lo lejos, en la ría, con sus altos pináculos de la catedral y sus casas desperdigadas, contorneando la urbe y su bullicio, cuyas gentes a aquellas horas seguro que no dejaban de comentar lo mismo que él pensaba: que la niebla daba mal fario. Por lo poco que alcanzaba a ver, no salía ni entraba a puerto ningún barco y los pesqueros se resistirían, estaba seguro, hasta que algún capataz malhumorado diese la orden cargándose de valentía, necesidad y necedad.

Hacía pocos días que Cervo había estado en la ciudad y no se hablaba de otra cosa más que de la goleta de cuatro mástiles naufragada. Al parecer venía del extranjero o se habría perdido porque de lejos, en mitad de la tormenta, no pudieron distinguir sus estandartes, pero era seguro que aquel tipo de nave no era de la zona. La vieron zozobrar y luchar para, finalmente, partirse en dos y perderse entre las olas.

No pocas gentes relacionaban la bruma con las almas de aquellos ahogados, ánimas que vagaban en pena sobre las aguas y las calles, en procesión hacia la catedral para encontrar la paz

de Dios.

Una tragedia, dijeron. Traía oro, dijeron. Y joyas.

Se magnificaba la leyenda de aquel navío cargado de tesoros, y hubo quien incluso, El Viejo Contramaestre, para más señas, aseguraba haber encontrado en la playa dos mantones de seda exquisitos llenos de brocados, aunque nunca los enseñó a nadie.

No faltaban jóvenes bravucones asegurando que, en cuanto las aguas se calmaran, se aventurarían a bucear donde perdieron el rastro de la nave por si pudieran rescatar cualquier cosa.

Ni cadáveres ni supervivientes, que era lo que más extrañaba a Cervo, al haber sido el barco doblegado cerca de la costa.

Lo que sí le llegaban a él a la bahía eran los maderos: se encontró tablas rotas aquí y allá, algunos cabos y algún que otro barril partido.

Se propuso recogerlos, pero no lo hizo a la ida, sino que dejó que los pies hablasen hasta terminar el paseo por la arena mojada y hasta el siguiente risco y vuelta. Entonces sí los recogió, los dejó en la casa y echó a andar hacia la otra playa, la que estaba más al este.

Aquí encontró incluso un desgarrón de tela, pero no un mantón de seda, ni por asomo, sino más bien un retal de vela que, aunque sin lujos, a él le vendría bien para hacer remiendos.

Más allá un gran trozo de mástil, muy útil, aunque le costaría acarrearlo. Más allá, una forma sinuosa y blanca, que se desdibujaba en la distancia y parecía cubierta de arena y algas, un amasijo de curvas y recovecos que al principio confundió con una vela, pero que, cuando estuvo algo más cerca, y tras un breve vuelco al corazón, no tuvo duda de lo que era.

«Porca miseria. Mal fario».

Se acercó poco a poco, como si pudiese aparecer el alma de aquel cuerpo desnudo, atravesarlo y llevarlo derecho al infierno. Las gaviotas que andaban por la zona no le prestaban la más mínima atención. Ni había cuervos, que ya deberían andar allí para picotear el cadáver. Nada.

Todo parecía envuelto en una calma, silenciosa y húmeda, como si la naturaleza susurrara un responso por aquella niña muerta.

La piel era blanca, translúcida, brillaba a la tenue luz del sol por los miles de esquirlas doradas que tenía la arena que se le adhería.

Los pechos núbiles, de pezones hinchados por la pubertad, apenas se desparramaban a ambos lados del cuerpo y apuntaban al cielo desafiando su mortuoria gravedad.

El pelo, larguísimo, enmarañado con algas enganchadas y lleno de sal, tan negro que hacía juego con el vello del pubis que coronaba sus piernas gráciles, dobladas hacia fuera en una postura obscena.

La cabeza girada hacia él, los labios rechonchos, como los de un bebé, estaban entreabiertos, mostrando el borde de unos dientecillos blancos y casi sin usar.

Una pena.

De pronto, algo empezó a surgir de aquella boca. Asustado, Cervo dio un paso atrás, al ver que unos extraños gusanos negros buscaban salir de la cavidad. Poco a poco emergió, forzando la mandíbula a abrirse en un gesto monstruoso, un pequeño pulpo oscuro, casi sorprendido de dónde estaba, y empezó a reptar de la cara al cuello, recorriendo el cuerpo con impudicia, luego a la arena, para seguir su camino hacia las olas cercanas.

Cervo se santiguó ante tal visión espeluznante.

Y empezó a salir agua de la boca; primero un hilillo, y luego más. Una jarra, dos… pareciera que iba a subir la marea de lo que regaba aquella niña por las tragaderas. Era imposible

que en un cuerpo tan pequeño cupiese semejante cantidad.

Cuando por fin parecía que amainaba aquel río, la muchacha esputó y siguió saliendo agua.

«¡Jesucristo! ¡Está viva!»

Tampoco se atrevió a acercarse, pues aquello no era normal. Se quedó ahí plantado, como pasmarote, viendo salir más agua, y ni siquiera cuando la criatura giró un poco la cabeza hacia el cielo pudo creer que aquel ser seguía con vida.

Era hermoso contemplarla y también aterrador.

La chica, aun con los ojos cerrados, escupió una pequeña caracola que se diría estaba disgustada por perder su refugio.

Estiró una pierna, luego otra, luego retiró los párpados para dejar ver dos pozos de agua oscura, tan azules como las profundidades a una legua de la costa.

Le miró y sonrió.

Los dientes no eran tan blancos como había supuesto en un principio, sino que estaban llenos de líquenes y carroña, algo impropio de una chiquilla tan joven.

No parecía asustada, ni enloquecida por haber vivido un naufragio o encontrarse desnuda en una playa solitaria con un desconocido.

Cervo se acuclilló despacio junto a ella y la tomó de la mano.

—¿Estás bien, neniña? ¿Algo te duele?

No contestó, sino que se sentó y empezó a mirar a su alrededor, reconociendo el entorno. Sonreía, incluso se permitió una risotada asnal que a Cervo le pilló desprevenido.

«Es retrasada o loca» se dijo «pobre criatura».

Intentó taparla con los restos de la vela, por si tuviera frío o por decoro, pero la chica se libró de su mano y se revolvió incómoda en la tela hasta librarse de ella.

—Ven.

La tomó por los hombros y la condujo hasta la casa. Ella se dejó llevar, en un paseo algo extraño para él, donde le asaeteaban dudas sobre qué debía hacer en ese momento.

Le ofreció agua dulce del pozo y ella la rechazó. Cervo se dijo que tal vez aborrecía el agua después de todo lo que acababa de regurgitar, pero era ilógico que no la aceptase con toda la sal que llevaría dentro y fuera.

Le ofreció una manta; tampoco la quiso.

Le preparó un baño caliente en la tina del patio y ella, metiendo un pie, comenzó a reír desaforada como un burro.

No se atrevió a meterle mano al cuerpo, por lo que ella pudiera pensar, y se limitó a lavar aquella mata de pelo, sedoso, pero lleno de nudos, que fue toda una odisea desenredar.

Restregaba jabón y peinaba con los dedos, retirando algas y algunas pulgas de playa que se habían quedado apresadas. Mientras, ella jugaba. Con las manos se entretenía aplastando las pompas que quedaban en la superficie como si no hubiese visto una burbuja en su vida. La vio incluso tratando de comerlas, divirtiéndose, totalmente desprendida de la terrible situación en que se encontraba.

Cuando le indicó que debía salir de la tina, ella le miró como si fuese un niño diciendo tonterías.

—¡Venga, sal! —dijo impaciente.

Pero ella le ojeó una vez más de refilón y le dio un mordisquito a la pastilla de jabón.

La dejó por imposible y se fue a prepararle algo de comer.

Mientras cortaba un poco de cecina y servía leche con miel, la observaba a través de la

ventana con los postigos abiertos, el pelo ya secándose sobre su cabeza al tiempo que las puntas, larguísimas, flotaban en el agua como algas danzantes. Seguía ella dando dentelladas a las burbujas, y, de hito en hito, las observaba con profundo interés, estudiando los reflejos, la presión con la que un dedo podría romperlas.

Cervo se preguntaba si era posible que eso fuese lo único que le preocupaba. ¿Acaso no tendría familia? Tal vez una madre afanosa que se esmerara en enseñar a su prímula flor buenas maneras y pudor… y que él estaba seguro de que se escandalizaría si la viera. Un padre recto y autoritario, pero que no pudiese reprimir una sonrisa ante las gansadas de su hijita.

¿No hablaba por no querer o por no entender? ¿Era tarada o su actitud atolondrada tendría que ver con el terrible drama por el que habría tenido que pasar? Y, lo más importante: ¿qué diablos iba a hacer él al respecto?

Tras armarse de paciencia, volvió al patio y le insistió para que saliera de la tina. Tuvo que hacer un amago de volcarla para que ella se decidiese a obedecer, algo que hizo, no sin malas miradas, gritos y algún que otro gruñido que le pusieron los pelos de punta. Había algo de animal en su mirada.

Intentó, sin éxito, ponerle una de sus camisas que le estarían grandes y podría llevar a modo de vestido y obtuvo una negativa violenta. Ella desgarró un poco la tela y se escabulló, ocasionando una persecución caricaturesca en la que ella iba corriendo entre sábanas tendidas, gallinas y maderos mientras él le iba a la zaga enarbolando el blusón. Dejó de seguirla cuando fue consciente de lo ridículo que se vería desde fuera a un hombre maduro, hecho y derecho, persiguiendo a una criatura de no más de quince años, desnuda y con el pelo por las rodillas.

Enfadado, tiró la prenda al suelo y dejó allí a la muchacha, riendo desaforada y casi sin aliento.

Para ella todo parecía ser un juego.

Cervo se sentó en el porche agotado, enfadado y confuso. Empezó a comer parte de la cecina que había cortado cuando la chica apareció, asomándose por una esquina, como si quisiese provocar más el juego. Él no le hizo caso.

Tras unos minutos, y viendo que no obtenía respuesta, ella se aventuró a acercarse y coger un trozo de la carne que empezó a olisquear y toquetear igual que lo había hecho con el jabón. Finalmente, lo mordió y, satisfecha con el sabor, siguió comiendo, sin embargo, no parecía hacerlo con ganas, solo como distracción. Cualquiera diría que llevaría días sin comer… aunque Cervo empezó a pensar que igual se había equivocado. Tal vez no era una náufraga de la goleta de cuatro mástiles; tal vez se había escapado de algún hogar problemático o, lo que empezaba a barajar más probable, de algún sanatorio.

La dejó comer y le ofreció la leche que, en cuanto dio un sorbo, comenzó a beber a grandes tragos emitiendo gorjeos de felicidad cada vez que paraba para respirar y relamerse.

—Te gusta ¿eh? ¿Nunca habías tomado leche?

Ella no contestó. Siguió bebiendo y al terminar dejó la jarra sin cuidado en el suelo y se acercó a la valla para mirar algo en el horizonte que le había llamado la atención.

—Debería llevarte a la ciudad —le dijo él desde la mecedora—. Para que alguien busque a tu familia y se ocupen de ti. Igual pueden buscarlos si les das algún nombre…

Se dio cuenta de lo cansado que era hablar solo. No era como en una conversación con alguien donde siempre se tiene cierto impulso, un ímpetu que fomenta al aire a salir de los pulmones de uno para llegar al oído del otro y obtener una respuesta. Aquí las palabras perdían su valor nada más ser pronunciadas y algo en la sesera le decía a Cervo que estaba haciendo a su cuerpo trabajar en vano.

—También debería vestirse —esto se lo dedicó a sí mismo, que era mejor oyente—. No puedo llevarla así a la ciudad.

Fue a enganchar el caballo al carro, refunfuñando y soltando maldiciones a la niebla y a su estampa. Pasó por el patio y cogió la blusa del suelo, sacudiéndole la tierra y andando con decisión hacia el porche.

La encontró mirando unas flores amarillas y cómo un abejorro las libaba.

—Te va a picar —dijo al ver que intentaba tocarlo.

Ella le miró y bajó la mano.

«O sea, que sí entiendes».

—Ven —le dijo tendiéndole la mano.

Ella se levantó mirándole, retadora.

Tenía las cejas gruesas, asilvestradas, y las pestañas tupidas y rizadas enmarcaban aquellos dos zafiros con los que le miraba suspicaz. La nariz respingona e impertinente acentuaba ese gesto de altivez. Era bella de un modo que Cervo no podía concretar; no bonita, con esa cabeza tan redonda y los mofletes tan grandes, sino salvaje y algo en sus ojos parecían albergar una sabiduría que no se correspondía con la edad que aparentaba.

—Ven —repitió con un gesto.

Ella le siguió. La guio hasta la carreta y, lejos de subirse, ella se acercó pasmada al caballo, boqueando, parecía ser la primera vez que estaba ante un animal semejante.

El rocín al verla se movió inquieto, desconfiado.

—¡Cuidado! —exclamó él al ver que se iba a poner a dos patas, asustado, o que pisaría los pies desnudos de la chica de un taconeo.

Sin embargo, ella empezó a emitir un sonido con la lengua, los labios abocinados y las palmas en alto. Era un sonido similar a un gorgoteo, y poco a poco el animal pareció calmarse.

En contraste a la serenidad que ella parecía mantener, de pronto soltó una de sus risotadas borriqueñas, se acercó al caballo y le acarició la cabeza. A él le extrañó porque el garrano era ciertamente antipático, sin embargo, ya nada podía ser más raro aquella mañana.

Se acercó a ella con la blusa en ristre y le habló.

—Tienes que ponerte esto —ella le ignoraba—. Ya sé que no quieres, pero tenemos que ir a la ciudad para preguntar por ti y no puedes ir en cueros.

Harto de que ella hiciese oídos sordos y todo su mundo fuese acariciar las hoces del animal, la cogió del brazo y tironeó de ella. Un chillido.

—¡Escucha! ¡Te has perdido y alguien tiene que hacerse cargo de ti! ¿Es que no lo entiendes?

Ella empezó a llorar, a gritar y a intentar zafarse. El caballo se empezó a revolver y taconear.

—¿Estás loca o qué? ¡No puedes ir desnuda por ahí! ¡Ponte la maldita camisa!

El caballo se encabritó. Ella se zafó y salió corriendo espantada por el camino hacia el este.

La siguió sin ganas durante media legua hasta que la perdió de vista.

«Mejor. A ver si llega a O Fonte y alguien se encarga de ella. No tengo yo tiempo para ocuparme de zarandajas».

Se fue por donde había venido, no sin antes mirar a un lado y otro de la linde, plagada de pinos monumentales que le daban sombra. Parecía poco probable que con el lecho del bosque cubierto de zarzamoras alguien pudiese desplazarse por ahí, y mucho menos desnudo, sin embargo, ya nada le extrañaba.

Volvió a casa, a la calma, al oasis de monotonía donde todo estaba donde debía estar. Pero una extraña zozobra empezó a adueñarse de él.

Las nubes habían remontado y se alejaban rumbo al sur. El día había abierto, precioso y brillante, con una temperatura ideal de primeros de verano, como si la niebla nunca hubiese existido. Los barcos ya se aventuraban alegres a explorar las aguas en busca de capturas y las gaviotas levantaban perezosas el vuelo hacia las lonjas.

Cervo miraba el agua alrededor del risco, mansa y trasparente con la marea alta, casi llegaba a la pared de su valla, quedándose a tan solo unas diez varas de distancia. Sin embargo, la marea comenzaba a bajar ya y algo en el movimiento de las olas, las del agua o las de su cabeza, le puso el estómago del revés y vomitó de puro pánico.

Echó el desayuno, todo, por encima de la baranda, y al ver los trozos de cecina recordó con quién los había comido y salió corriendo a desenganchar al caballo del carro.

Fue al galope rumbo a O Fonte, e incluso se atrevió a preguntar por la muchacha a conocidos suyos pese al riesgo de parecer tarado. Nada.

Hizo el camino de ida y vuelta diez veces, veinte o cien, mientras el día se le escapaba y hasta que empezó a anochecer, sin descanso y agotado, se sentó en la mecedora y por primera vez en años se echó a llorar.

¿Y si le pasaba algo? ¿Y si alguien le hacía daño? ¿Podría sobrevivir ella sola a una noche fría con criaturas del bosque y zarzas que arañarían su piel al aire?

No pudo dormir aquella noche, pensando en la incapacidad de la pequeña de entender el peligro, intentando tocar un abejorro o comiendo jabón, a saber qué otras cosas se le ocurriría hacer y eso si no daba con algún desaprensivo…

Cayó en un sueño inquieto de puro agotamiento, casi al despuntar el alba, para volver a despabilarse poco tiempo después con el sol apenas iluminando Pontenácar. Echó a andar hacia el este sin querer, hacia el lugar donde la había hallado la mañana de antes, como si pudiese volver a ver su figura tirada, cubierta de algas y nada hubiese pasado.

No estaba allí, claro, y ni siquiera la forma que había dejado en la arena había sido respetada por las olas crueles, que borraban el rastro de la vida y hacían borrón y cuenta nueva cada vez que lamían la playa.

Siguió andando por pura inercia, desolado y encorvado por el peso de la culpa, y llegó al final de la ensenada, hasta los riscos que formaban un laberinto de rocas y cuevas donde era fácil entrar, pero difícil salir cuando subiese la marea en pocas horas.

Los animalillos atrapados en la bajamar entre las rocas formaban pequeños ecosistemas en los recodos donde convivían moluscos, algas, peces y cangrejos en charcos no más grandes que un cazo.

La encontró en una de las piscinas naturales, sujetando una estrella que se revolvía con parsimonia entre sus dedos.

Primero se le aceleró el corazón y después los pies, pero en un momento, tras verse desesperado entrar en la charca, se frenó con dignidad y se la quedó mirando. Ella levantó la vista dos segundos, lo justo para hacerle sentir miserable, y luego siguió con sus cosas.

«Ah… estás ahí» parecían decir aquellos ojos.

No pensaba confesar que se había preocupado por ella, ni que le dolía su indiferencia después de lo mal que lo había pasado, ni que se moría por saber si estaba herida…

—Habrás pasado frío esta noche…

Ella no contestó, claro. Se limitó a darle un mordisco a un pico de la estrella y a masticarlo con parsimonia.

—Ven. Deja eso. Te prepararé unos huevos.

Ni le miró y, sin embargo, se levantó y echó a andar apartando el agua con sus jóvenes piernas, pasando por su lado y encaminándose a la playa y a la casa.

Parecía disgustada, pero eso a él no le importó porque, al menos, había regresado.

II

No le estaba costando adaptarse a la nueva rutina porque ella se lo ponía muy fácil. Tal vez el hecho de que se metiera en su cama era lo que se le hacía más cuesta arriba, pues le parecía indecente dormir junto a una muchacha desnuda a la que doblaba la edad, y es por ello que cada noche le dejaba a ella la cama y se echaba él a dormir en el banco de la sala con unos pocos cojines, incómodo a rabiar y se despertaba lleno de nudos y dolores.

Nunca estaba en la casa cuando él se levantaba. La encontraba fuera; bien apoyada en la cerca, mirando el horizonte, o en la playa, o jugando con las gallinas…

Se sentaba a comer junto a él ojeando a su alrededor con curiosidad y observando todo con una mirada sabia e infinita que muy a menudo era interrumpida por aquella risa chillona y fea, pero a la que poco a poco le fue cogiendo cariño.

Algunos días, por la tarde, en la bajamar, la muchacha hacía algo extraño; iba allá lejos al borde de las olas, justo donde morían, y se quedaba allí de pie, como un pasmarote, e iba retrocediendo un paso a medida que la alcanzaban, así hasta la hora de cenar cuando la marea había llegado cerca de la explanada de subida a la casa y ya una vez ahí subía y se unía a él para comer.

No había forma de adivinar lo que barruntaba durante aquellas largas horas y si se lo preguntó alguna vez nunca obtuvo respuesta.

—Me llamo Cervo —dijo señalándose a sí mismo.

Fue un día que la encontró sentada en la arena, pescando pulgas de playa con las manos. Ella le dedicó una mirada azul, asintió y le palmeó el hombro para después seguir a lo suyo.

No era la respuesta que esperaba y, sin embargo, era suficiente porque aquel gesto era lo más comunicativo que le había regalado hasta entonces.

Fueron infructuosos los esfuerzos por sonsacarle un nombre, aunque no decepcionantes, pues no le había arrancado ni una sola palabra. Lo intentó incluso con dibujos en la arena…

—Yo soy Cervo —y le dibujó un ciervo al lado para que pudiera tenerlo de referencia.

Ella, maravillada, le quitó el palo y se puso a pintar figuras geométricas y garabatos.

No fue un gran avance en sus pesquisas, aunque con eso logró tenerla entretenida durante horas.

Le enseñó a dar de comer a los animales: el caballo, la vaca y las gallinas, no tenía más. Bueno, y un gato naranja que venía de vez en cuando y que empezó a seguir a la chiquilla a todas partes.

Al principio Cervo se resistió a salir a faenar, por si ella pudiera asustarse o desaparecer, pero finalmente no tuvo más remedio que claudicar ante la idea de que debía ganarse el sustento de nuevo, llenar la despensa, y más ahora con otra boca que alimentar.

Se levantó temprano en la mañana, con el primer canto del gallo, y sacó la buceta de entre las rocas. Tras revisar que no tenía daños y que estaba todo perfecto, encendió el candil, abrió la vela y partió, dejando en tierra a una neniña extrañada y con el morro torcido.

—Quédate aquí hasta que vuelva, y si ves a alguien te escondes.

Lo miró como siempre, como si fuese un pobre niño que no se enteraba de nada. Cada vez que la convenía de algo le daba la sensación de que para ella toda cosa estaba mal dicha.

Nunca se lo tuvo en cuenta. «Las mujeres, y más a esa edad, son todas así».

Llevó el bote a una zona donde sabía que podía pescar sardinas y xoubas y echó la red. No cayeron demasiadas, pero sí las justas para comer unas cuantas y poder pescar algo más grande.

Cogió una viva y la enganchó al anzuelo por los ojos, después, lanzó el sedal al agua. Le echó paciencia toda la que pudo, pero estaba preocupado por la muchacha y no se quiso demorar. No había pasado ni una hora tras el alba cuando regresó a tierra.

La encontró sentada en la arena, embarrada y con dos docenas de moluscos; ameixón, almejas y chirlas. Ni idea de dónde las había podido sacar teniendo en cuenta que la zona de recogida estaba a un par de leguas más allá.

Él, en cambio, no había tenido tanta suerte: un jurel, una lubina no muy grande y una dorada, más las restantes sardinas. Entre todo no podría llevarlo a la lonja, pero sí podrían comer opíparamente aquel día y dejar el jurel en salazón.

Preparó el pescado y los moluscos, aunque bien podría habérselo dado crudo, pues la pilló abriendo una almeja con una piedra y comiéndosela allí mismo.

—Con lo que te metes al buche vas a caer enferma, muchacha.

Y así pasaron varios días en los que él salía unas horas, pero volvía pronto por miedo a dejarla sola. Ella siempre esperaba en la playa sin que Cervo supiera qué hacía con su tiempo, y, sin embargo, de algún modo, parecía haber entendido que aquello suponía traer alimento y siempre le esperaba con algo: almejas, mejillones, navajas, e incluso una vez la encontró jugando con un pulpo. Nunca supo de dónde lo sacaba ni qué utilizaba, pues alguna vez le llevó percebes y sin cincel ni experiencia aquello le pareció casi imposible.

—No vuelvas a coger de estos. Al final te vas a matar.

Finalmente, un día, se arriesgó a dejarla sola toda la mañana. Le explicó que debía salir más tiempo y que no volvería casi hasta el mediodía. No sabía si lo había entendido porque le miró como si nada, pero se fue.

Al regresar llevaba una pesca aceptable de lubinas y pargos que puso en cajas y tapó con sal.

Ella le recibió extrañada y señaló una montañita de ostras que habría cogido en algún lado.

—Me las llevo también.

Montó todo en el carro y cuál no fue su sorpresa cuando vio que ella también subía.

—No, no, ni hablar. Solo me faltaba que te vieran de esa guisa en la ciudad.

Le indicó que le esperase allí y tuvo que bajarla en volandas mientras ella pataleaba indignada por no querer salir del carro.

Partió mirando atrás, encontrando su postura en tensión en mitad del camino, con cara de reproche. Ella incluso le tiró una piedra y profirió un berrido que siguió oyendo después de perderla de vista.

III

Llegar a Pontenácar siempre era trabajoso, no por el camino en sí, pues las vistas de los prados y cultivos a un lado, y el gran azul al otro, apaciguaban su alma y, sin embargo, le invitaban a la reflexión, que era lo que más temía. En ocasiones habría deseado tener medio cerebro para no pensar, existir como las bestias, sin otra ocupación que comer y dormitar.

Cada paso a la ciudad le retrotraía más a la infancia, a las correrías por las callejas, la escuela de los jesuitas de Santo Tomás y sus talleres de arcilla, el puesto de frutas donde solía llevar los excedentes de la viña… pero sobre todo los recuerdos negros, eran aquellos que le retorcían las entrañas y la carreta no era la única que daba sacudidas sobre el pavimento, sino que todo su cuerpo temblaba, tal vez imperceptible al espectador, pero por dentro le mordía el miedo de encontrar un fantasma en alguna esquina.

Por eso no solía ir a la ciudad y es por eso que sus estancias cada vez eran más cortas. Todo su ser le pedía marchar y a ser posible sin ser visto.

Al pasar por el puerto pudo ver la *Soberana*, la gran fragata de tres palos de los Novoa y Alazán, que era el buque insignia de su flota. Allá estaban también las más pequeñas, *Esperanza*, *Burlona* y *Santa María de Ovelha* en honor a la madre de Cervo, y luego una pequeña legión de naves pesqueras, también propiedad de la empresa. El negocio iba bien, incluso tras la muerte del patriarca podría decirse que habían prosperado y crecían. El fin de la guerra con Gran Bretaña quedaba casi una década atrás y el comercio volvía a fluir como debía, trayendo y llevando productos a las indias, enriqueciendo a todo aquel que se atreviese a subirse a un barco o que invirtiera en él.

Cervo echaba de menos navegar. Haber trabajado desde niño en aquellos barcos, haberlos visto moverse y volar sobre las olas… llevaba la sal en la sangre. Notaba una picazón en los dedos que le pedía agarrar un cabo e izarse en la proa. No en vano había llegado a capitanear su propia nave, aquella, la *Burlona*, antes de que la empresa, la ciudad, y la vida en general empezasen a darle asco.

Algunos hombres le saludaron, viejos asalariados de su padre, que le reconocieron a duras penas pese a las largas barbas y los andrajos que vestía.

Ya nadie se extrañaba a esas alturas, si hacía años que andaba con esas fachas e incluso peor, y solo encontraba miradas de lástima para quien había sido un hombre cauto pero afable, que portaba ropa elegante, casaca, tocado, y un buen afeitado diario. Que había liderado un barco con tan solo veintidós años.

Se dijo que esa época quedó atrás, tan atrás como se le quedó el puerto cuando se internó en las lonjas, bulliciosas y matutinas, donde ya se amontonaban las capturas del día.

No le costó vender los pescados y las ostras, aunque no le dieron gran cosa por ello, apenas veintiocho maravedís, que servirían para comprar algunos enseres y también algo de carne.

Se dirigió a la plaza del mercado, perdiéndose entre el gentío como uno más, pasando el calor del mes de julio, dirigiéndose a los puestos como antaño, pero en ocasiones sin ser reconocido y, en otros casos, tratado con menos respeto del que acostumbraba cuando aún hacía gala de su abolengo en la ciudad. Entonces era don Cervo de Novoa y Castro, hijo de don Corvo

de Novoa y Alazán, gran empresario y terrateniente de Pontenácar. Podía decirse que todo el comercio y explotaciones de la zona habían pasado por las manos de su padre, que únicamente debía dar parte al gobernador. Y ahora nada. No era nadie. Tan solo un humilde y pobre pescador que de vez en cuando se dejaba caer por allí.

Muchos pensarían que se había vuelto loco y quizá tenían razón.

Era la locura del orgullo lo que le había llevado a abandonar toda riqueza y la esperanza largamente perseguida de ser aceptado por su padre. No le cabía duda de que aquel hombre llevaba parte de razón cuando le acusaba de haber matado a su madre en el parto. Sin embargo, y contra todo pronóstico, aquello acabó por hartarle. Tras duros años soportando reproches y malas caras, la traición fue lo que acabó con esa ficción de vida de hijo ejemplar. No lo soportó.

Compró una saca de legumbres, pan, algunos higos e hilo de bramante. Lo que sobrase lo ahorraría para pagar al colchonero que le varease la lana de la cama que ya le iba haciendo falta.

Estaba cargando todo en el carro cuando apareció, como invocada por sus temores, la causa original de su desgracia. Allí aparecía Borboleta con sus retoños, los tres y el cuarto que esperaba en la barriga, acompañados de dos de las criadas. A Eriza ya la conocía, era una mucama hosca, pero con buena maña. La otra era nueva, muy joven y puede que nodriza, pues sus pechos eran abundantes y una de las criaturas se agarraba a sus faldas queriendo amasar una teta en medio del gentío.

Borboleta, que lo vio, pidió a todos que esperasen y se acercó. No hacía ni dos años que la había visto por última vez y había cambiado, irremediablemente, por la maternidad, y, aun así, seguía siendo joven y bella, de cabellos dorados y los ojos como aguamarinas que habían sido exportados por su madre desde Bretaña. Le habían nacido, no obstante, algunas arrugas de felicidad en los ojos y habría engordado algunas libras que tampoco le hacían mal. Recordaba el talle fino que se había dignado a dejarse abrazar mil y una veces por él, a escondidas, claro, para no faltar al recato. Ahora esa cintura era menos evidente pero no menos deseable, tal vez al contrario.

Se aproximó como flotando en el pavimento bajo su vestido floreado de verano. Cervo conocía ese vestido y sabía muy bien lo que había debajo.

—Buenos días… con ese vellón en la cara es difícil conocerte.

—Es para que otros hagan como que no me conocen.

—No será por mí. Aunque es verdad que te vi por el caballo. ¿Cómo estás, Jaranero? —se dirigió al rocín— ¿Te trata bien este señor tan velludo?

Rio cantarina, igual que siempre, como si para él no hubieran pasado los años y las penas y todo quedase olvidado. Como si su vida apartada, sus harapos y sus greñas no fueran los testigos a gritos de mucho dolor. Tal vez ella seguía siendo la misma, pero él no.

—¿Cuándo vas a venir a comer a casa? Tus hermanos te extrañan y tus sobrinos ni te conocen.

—Ya no tengo galas para eso.

—Claro que sí. Y las galas no te hacen falta y a nosotros tampoco con tal de tenerte en casa.

Colocó las riendas y ya se iba a subir al carro cuando ella lo retuvo del brazo.

—Cervo, es de sabios saber perdonar. Y es por tu bien. Nunca contestaste a mis cartas, ni a los reclamos de tu hermano. Y son tus hermanos, tu familia. Harías bien en…

—¿Puedes llegar, después de todo, y darme lecciones?

—No te alecciono de nada, pero han pasado ocho años. ¡Ocho años, por el amor de Dios! Creo que ya es hora de hacer borrón y cuenta nueva. Seguir con tu vida. ¡Mírate! Te estás

desperdiciando y tu familia se preocupa por ti.

—La misma familia que me traicionó.

—¡Traición! ¿No crees que exageras? ¿Y Coello? ¿También tiene la culpa?

Ella se echó una mano al pelo, como siempre que se ponía nerviosa. La otra mano acarició la panza abultada, símbolo inequívoco de esa traición de la que renegaba. Cervo, que vio el gesto, sintió una puñalada en el lomo.

—Es verdad. Lo tuyo no fue una traición, solo te vendiste al que más reales te ofrecía. Eso tiene un nombre, pero no pienso decirlo en voz alta.

La sonrisa de Borboleta se había esfumado, las arrugas que acompañaban a los ojos, que ya no tenían ningún sentido, quedaron marchitas y feas, revelando que tras la máscara de felicidad había una conciencia podrida.

Se subió al carro dispuesto a alejarse.

—Puedes decirme a mí lo que quieras, pero habla con tu hermano, rehaz tu vida, Cervo, no pagues con él y contigo lo que hizo tu padre.

—Mi padre… —se envaró en el asiento— No sabes con quién te has casado. Rapo es igual que él.

Arreó al caballo y se fue de allí sin mirar atrás.

Decía aquella mujer que debía seguir con su vida, ¿y no era acaso lo que había hecho? Una vida alejada de la alta sociedad, del rancio abolengo, del qué dirán. Le había ofrecido seguir adelante con su matrimonio, pese a todo, pese a que ella tendría que dar la espalda a su propia familia y renunciar a ciertos lujos, todo fuese por el triunfo del amor. Sin embargo, el amor no fue suficiente. No era una riqueza cuantificable.

Eso… si alguna vez le quiso.

Lo había barruntado una y mil veces, y aunque los momentos con Borboleta parecían auténticos, y los besos y abrazos, cartas y susurros, se antojaban genuinas muestras de un romance sincero, no le cabía en la cabeza que pudiera haber renunciado a todo eso tan pronto si de verdad lo sentía.

Allí, en el mercado, le había faltado recordarle las mismas palabras que ella le dijo cuando él le pidió que se escaparan juntos a dos días de la boda con su hermano: los ricos tenemos obligaciones.

Y con esa frase, horrorizado, habían zanjado todo. Se dio media vuelta, igual que su corazón, para no volver más.

Atravesó entonces las mismas callejas que recorría ahora, los mismos muros, los mismos puentes. El puente engalanado de conchas que daba nombre a la ciudad que lo vio nacer.

Ahora, más tranquilo, recordaba el estado de desolación que le embargaba aquella vez. Haberse embarcado en una travesía en la *Burlona* con la intención de casarse a la vuelta con la mujer a la que amaba, el mundo era suyo, las olas y el viento le eran favorables, los rencores de su padre por la muerte de Ovelha parecían haber quedado lejos y las miradas de desdén de su madrastra Cegonha ya no le daban miedo sino hilaridad. El menosprecio de esa mujer durante su infancia le había amedrentado y vuelto asustadizo, sin embargo, y con el tiempo y con la madurez, se había transformado en una caricatura de sí misma, como una meiga en la oscuridad que de pronto no es más que un cuento de viejas.

No hay nada como la llegada de la razón para alejar a los fantasmas.

Pero al volver de la *Burlona* y encontrarse con la sonrisa de esa arpía tuvo más miedo que nunca. Era estandarte de un mal augurio. Y de pronto lo había perdido todo: su padre había decidido darle la dirección de la empresa a su hermano, la familia de Borboleta quería que ella se

casara con el que heredase el cargo y ella, en fin, había aceptado de buena gana ante semejante artimaña.

La cara de Cegonha, cercana a la satisfacción, era como una venganza por atreverse a superar su temor hacia ella y ahora podía verlo sufrir. En el gran salón, donde su padre y sus hermanos le dieron la noticia, la sonrisa de esa bruxa había conseguido que se avergonzara por ambicionar la felicidad. Era la estocada final a su corazón y a su orgullo.

IV

El encuentro con Borboleta en el mercado lo había dejado de muy mal humor. Huraño y meditabundo se mostró durante los días sucesivos y no atendía gran cosa a lo que la muchacha le mostraba o a sus protestas. Ella tampoco parecía conforme con que la hubiese dejado sola para ir al mercado y estuvo arisca todo aquel día, dejándolo comer a solas y pasando la tarde en la playa, paseando o sentada en la orilla. No obstante, se le pasó pronto y al día siguiente volvía a estar del humor de siempre sin entender demasiado bien la actitud hosca de él.

A ella no le hacía falta hablar. Sus miradas de curiosidad y sus acercamientos para escrutar su rostro le hacían ver que la chica se preocupaba por aquel cambio de talante tan abrupto.

—Estoy bien. No te preocupes —le dijo un día.

Él estaba cosiendo las redes, sentado en la playa, y ella, a su lado, lo miraba con el interés de una madre.

Cavilaba sobre su situación, no sobre la niña que apenas le daba problemas, salvo el hecho de haberle robado el catre, sino más aún la perspectiva de vida, de privarse de su posición y de sus ambiciones que por legado creía que alguna vez le habían pertenecido.

Suficiente culpa era saberse una existencia pagada con la sangre de su madre, que ahora además debía soportar que los demás se lo recordaran el resto de su vida. Incluso el fantasma de su padre perduraba en todas partes, alejándolo de los que alguna vez quiso para confinarlo en una playa solitaria, como justo castigo al crimen de su alumbramiento.

¿Era acaso cabal que ya no pudiera nunca, jamás, en ningún caso, optar a una vida normal?

Cierto era que había sido él mismo quien se había aislado tan someramente sin atender a las peticiones de otros que pretendieron evitar que lo hiciera, pero, ¿cuál era la alternativa? ¿Trabajar para su hermano y aceptar esa deshonra de ser el primogénito repudiado? ¿Ver al amor de su vida, a la perfecta Borboleta, casada con Rapo? ¿Presenciar cómo engendraba, vástago a vástago, a una prole que algún día no tendría miramientos en recordarle que en esa familia era un extraño, un paria?

Rapo siempre fue más interesante, de eso no cabía duda. Su labia y su atractivo seducían al más pintado. A los hombres con su camaradería y a las damas con su adulación. Incluso su padre no pudo evitar mostrarle siempre como el favorito y ni siquiera se molestaba en ocultarlo. Daba igual que Cervo se esforzase o se cargase del peor trabajo; Rapo siempre estaba ahí para ser mejor y ganarse su cariño. Y que conste que Cervo no se lo tenía en cuenta. No era del tipo rencoroso que a sabiendas de que el otro era mejor se moría de celos o le hacía alguna jugarreta para dejarlo en mal lugar. Él, como hermano, como ser producto de la tragedia, se conformaba con su sino y no caía en el pecado de la envidia.

Sin embargo, una cosa era ser permisivo y otra dejar que le robara su vida.

No paraban de venírsele a la mente los momentos en que aún siendo el prometido de Borboleta, en presencia de su hermano, ella soltaba una risita chillona más aguda de lo normal, coqueta y cantarina. Se preguntaba cómo fue posible que entonces no diera importancia a semejantes muestras de cortejo.

Pasados unos días en que aquel barrunto se hizo insufrible, se levantó una mañana con el cielo color acero y las olas revueltas en una marea engañosa que rompía en la playa con suavidad, pero que se encabritaba un tanto adentro.

Acostumbrado ya a la omnipresente muchacha, se extrañó de no verla por ninguna parte.

Bajó a la playa y la encontró en un rincón del risco, tumbada en la arena y hecha un ovillo sobre sí misma.

Volvió a andar hacia ella como el primer día, con la certeza de que estaba muerta, pero esta vez con el corazón en un puño, pues ahora ya era parte de su vida. Sin embargo, cuando estuvo cerca, la vio revolverse un tanto y la oyó gimotear, con una tonada continua que salía de su boca.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

Se arrodilló a su lado y le acarició la cabeza, toda llena de sal y arena. Ella levantó la mirada y se irguió un poco para mostrarle sus lágrimas y su cara llena de tierra mojada, pequeños trozos de conchas y dolor.

Fue una mirada profunda, intensa, tanto que de pronto Cervo dejó de existir y su pasado se volvió parte de un universo fuera de esa playa. Ya solo él era él y ella era ella.

Se quedó enganchado a sus ojos, a sus pestañas con sal, a su olor salvaje y su melena indomable. De pronto no se le antojó que estuviera desvalida, más bien al contrario, era él quien estaba siendo salvado de sí mismo. ¡Qué egoísta había sido!

Ella metió la mano entre los muslos y sacó los dedos empapados de rojo carmesí. Rojo sobre blanco. Y él quedó hipnotizado.

—Es la sangre de Eva —le dijo.

Y Eva se le antojó tan lejana y legendaria que no parecía merecer la sangre menstrual ni el dolor de la muchacha.

Ella ni siquiera parecía asustada, es más, no parecía que aquella sangre le supusiera un problema más allá del dolor que la hacía temblar.

Le acercó los dedos manchados y le marcó a él en el pecho descubierto; dos líneas paralelas sobre el corazón.

Cervo no se movió, no hizo gesto alguno, ni de repugnancia ni de sobresalto. Le habían enseñado que aquella sangre era símbolo de debilidad, de enfermedad y mala suerte, y, sin embargo, ahora, ungido por ella, notaba una fortaleza mística en la niña y, como si le hubiese hecho un regalo, se notaba más valiente de lo que lo había sido en mucho tiempo.

Ella se levantó y se dirigió al agua a limpiarse entre los muslos.

«No debería lavarse, podría enfermar».

Pero, ¿quién era él para contradecir sus propias leyes? Aquellos que le habían enseñado a caminar erguido, trajearse o comer de la forma adecuada le habían fallado. Le habían dado mística, supersticiones y creencias que en nada le habían ayudado a sobrellevar su drama vital. ¿Por qué iba ella a estar equivocada? ¿Por qué su natural predisposición a andar en cueros iba a ser menos o más punible que la del resto de la sociedad trajeada de educación cuestionable?

De pronto no se atrevía a contradecirla. Había visto en su mirada y sus gestos más sabiduría que en todos los ancianos juntos que alguna vez pudo conocer. Pensó que quizá debía observar más y decir menos y no ser tan categórico a la hora de juzgarla.

Pasó los siguientes días cuidándola y siendo atento con ella. Le administró té de ruda y le puso una zalea de carnero en la cama para que no la manchase. Fue imposible hacerla entrar en razón para ponerle un cinto que sujetase unos trapos y así no ir manchándolo todo. Se revolvió y se lo lanzó a la cara indignada.

—Vale —dijo alzando los brazos con fastidio.

Aquellas jornadas tuvo que verla chorrear sangre, gotas que rodaban por sus muslos y hasta los pies y por suerte no pasaba ella mucho tiempo dentro de la casa porque de vez en cuando encontraba aquí y allá lágrimas escarlatas decorando suelos y sillas.

Le valió aquel período para ser más cercano. La consolaba cuando le dolía y pasaba largas horas nocturnas junto al fuego leyéndole un libro.

En ocasiones se veía a sí mismo como a un extraño, un ser que no respondía a su educación y costumbres, sino que se revelaba para hacer todo lo contrario que dictaminase su sentido común. ¿O acaso era el sentido común aprendido?

Imaginaba lo que diría su padre, que aquello era indigno.

Un hombre superior no debía rebajarse a las maldiciones de las mujeres, ni a sus caprichos, ni a atender sus debilidades. La sangre de Eva era un tema tabú del que solo ellas, pobres hembras insignificantes, debían ocuparse, pues así era el mandato de Dios. Igual que el de parir y criar, aquello solamente les correspondía a ellas, y la única concordia con el hombre debía ser en la cópula.

Allí, tumbado sobre el vellón hasta que ella conciliase el sueño, se preguntó si su padre siempre había sido de esa forma. Había prodigado el amor por Ovelha de Castro, una y mil veces en conversaciones nocturnas con Cervo. Momentos de intimidad en que el gran señor bajaba la guardia, tal vez animado por el orujo, y se olvidaba de que Cervo se la había arrancado, para mirarlo a su lado y ver solo a un hijo fruto del amor con su madre.

No era coherente pensar que un hombre que amase tanto a una mujer no pudiese preocuparse por sus dolores y suplicios, que no le importasen lo más mínimo sus preocupaciones, aunque solo fuesen zarandajas.

Pero tal vez su padre no había sido siempre así. ¿No sería acaso ese pensamiento fruto de su posterior matrimonio apalabrado y sin pasión, conveniente para alguien de su alcurnia, pero no para su corazón? ¿No estaría culpándole en realidad de su matrimonio con la harpía y no de la muerte de su madre?

Cegonha era una mujer despreciable, malvada con Cervo y demasiado recta con sus propios hijos. Tenía cierto atractivo que se ensombrecía por una mala baba perceptible a una legua de distancia. Era de suponer que con su padre era protocolaria; cumplía, como él decía, con las labores que debía tener una esposa y sin salirse de la formalidad establecida. Tal vez, se dijo, si ella hubiese sido más cariñosa y comprensiva, el talante de su padre no se habría agriado tanto. Sin embargo, las cosas habían salido tal cual y era hacerse mala sangre por lo que podría haber sido y no fue.

Ahora estaba allí, con aquella niña del agua a la que le costaba un triunfo mantener limpia cada día para meterla en la cama. Dormida, parecía inocente, despierta, era una nereida indomable que hacía su santa voluntad.

Y de ese talante la encontró al día siguiente. Tras el desayuno y en una mañana luminosa de verano, la oyó antes que verla, riendo como una loca en la playa, recostada en una roca y con las piernas abiertas recibiendo las aguas entre medias.

Se acercó extrañado y con cautela, y no pudo reprimir un jadeo y una cara cercana al espanto cuando entendió lo que hacía; cada ola que se adentraba en aquella cueva velluda era motivo de un jadeo y un jolgorio, en esa postura tal que si fuese a parir y lo que propiciaba en verdad era más bien la entrada para darse placer con la espuma resplandeciente, nívea que rompía en mil diamantes tras lamerle el sexo. Una ola salía y otra penetraba, la empapaba y la empujaba.

En un intervalo ella le llamó con los dedos, con la cara henchida de lujuria le pidió que se acercara. Él, pudoroso y con pavor, la miró a una distancia prudencial sin poderse creer del todo aquel escenario.

—¡Eres un súcubo! —le espetó— ¡Diablo de niña desvergonzada!

Y se alejó con premura, huyendo de la visión que, sin embargo, su propio cuerpo había decidido que le resultaba deseable. Indignado y con el miembro recio, se santiguó pidiéndole al Altísimo que le recondujera para ser decente con semejante loca.

Cuando volvió a verla al medio día, hizo como si no hubiese pasado nada, borrón y cuenta nueva, y mientras, ella, con su habitual naturalidad, no necesitaba disimular nada, pues, él estaba seguro, no le había dado importancia.

Se movió inquieto los días subsiguientes, como si ella fuese un ente amenazante de lascivia que pudiera atenazar su pureza interior. Y no hacía falta, y eso debía reconocerlo, que ella hiciese nada, pues era algo que ya surgía de sí mismo, igual que una enfermedad latente.

La vio una mañana a horcajadas sobre la arena, haciendo dibujitos con un palo; figuras geométricas y espirales que no significaban nada más allá de la belleza de la composición. Había dado por imposible la tarea de enseñarle a escribir, pues borraba las letras o les hacía añadidos que les trastocaba todo el sentido. Así, se limitaba a sentarse junto a ella para darle compañía o tumbarse a su lado para colaborar de vez en cuando en su arte.

En una de esas, no pudo evitar fijarse en el matojo de su pubis que, con el movimiento de ella, trazo va, trazo viene, adelante y atrás, rozaba con la arena, impregnándose de pequeñas piedrecitas y polvo. Le recordó de inmediato a las barbas de los mejillones, el biso sagrado que aún tejían algunas abuelas y que se le arrancaba a la concha para poder comerlo. Y estaba seguro de que su similitud no terminaba en eso, sino que, si extendiera los dedos y abriese sus carnosas valvas, las semejanzas con el molusco serían aún mayores.

Y de su pubis pegado a la arena pasó a sus pechos, de pezones hinchados como un timbre…

Se irguió llevado por un escalofrío y se marchó, dejándola a sus anchas y aliviando su ser al dar la espalda a ese cuerpo.

Taciturno, fue hacia la buceta y la empujó, y mientras recogía los aparejos y los echaba al bote, cuál fue su sorpresa al ver de pronto a la cría sentada en la barca.

—¿Pero no andabas dibujando?

Y ella le miró como si no hubiese dicho nada, expectante a que hundiera la quilla en el agua y se pusiera a navegar.

No cabía más conversación con ella y lo sabía, y aunque le habría gustado perderla de vista un rato y dejarla en tierra, y aunque era demasiado tarde para pescar en abundancia, claudicó y empujo la nave hacia el azul.

Dejó que las olas le refrescaran los ánimos y la brisa se colase entre ambos como una frontera. La vela, muy baja, la ocultaba de su vista que, por otro lado, siempre se dirigía al frente, persiguiendo el objetivo de llegarse a unas rocas que despuntaban y se hundían en el agua como columnas muchos metros más abajo, y que servían de cobijo a peces interesante.

De pronto, justo al llegar, cayó en la cuenta de algo; mucho tiempo había pasado ella pegada a la orilla y chapoteando entre las olas, la había visto con moluscos y animalillos que vivían entre las aguas, se empapaba en sal y se adornaba con algas y conchas, y, sin embargo, jamás la había visto bracear.

Asustado, al punto echó el ancla, arrió la vela y se dirigió a la muchacha.

—¿Sabes nadar?

Si le entendía o no, era difícil saberlo porque ella solo le miraba. Pero él insistió.

—Nadar —dijo haciendo el gesto y señalando fuera del barco— ¿Sabes?

Y no supo si porque lo tomó como una orden o tal vez un reto, que ella se levantó del banco y sin mediar más conversación se dejó caer al agua.

—¡No!

Pero ese *no* solamente lo oyó él y una gaviota. Y se quedó a solas con su *no* y con su angustia.

Desesperado, miraba allá donde la espuma todavía permanecía tras la caída, esperando y deseando que reflotara como si nada, pero tras varios segundos que se hicieron eternos, parecía seguro que ya no saldría.

Se quitó las botas a toda prisa, pues serían un lastre para moverse bajo el agua, y cuando ya se ponía de pie para lanzarse, oyó tras él una risita seguida de aquel rebuzno peculiar.

—¡Estulta, qué susto me has dado! —y ella rio aún más— Demonio de mujer… —masculló— y yo preocupado. Debí dejar que te ahogaras.

Gruñía enfadado, más aún al darse cuenta de que ella no se habría ahogado y que aquella frase no tenía sentido.

Tras el sobresalto y cuando al fin recobró el aliento, preparó la caña y la echó al agua para luego engancharla al portacañas de la borda y esperó. Sabía que tardarían en picar porque la chica, a su aire, nadaba, jugaba y se sumergía sin prestar atención a lo que hacía él. Impaciente, se sacó la pipa de un fardo y la preparó. Ya se había fumado la mitad cuando empezó a perder la paciencia.

—Si sigues en el agua me espantas todos los peces. Así no cogeré nada.

Ella, al oír sus palabras, levantó la cabeza y lo miró, con desdén o casi, y volvió a lo suyo tranquilamente, dándole igual si a él le convenía o no.

Se dejó flotar, como haciéndose la muerta, moviendo los brazos con parsimonia mientras sus pelos bailaban como anémonas abandonadas a las corrientes.

Era bello contemplarla sobre el azul oscuro, como si volara tranquila en mitad de una tormenta. Al rato, Cervo vio una sombra bajo ella y se asustó: era grande, triangular, el aspecto inconfundible de una gran raya que la estaba rodeando y se elevaba cada vez más.

—Chica, sal del agua.

No lo gritó. Tenía tal nudo en la garganta que apenas exhaló un susurro de voz rota.

Ella lo ignoró y en cierto momento la raya emergió, empujándola un tanto, haciéndola reír como si le hiciese cosquillas.

—¡Por Dios! —dijo él asustado y sorprendido.

Aquel pez parecía solo estar jugando con ella y, aun así, era tan grande que su anchura casi abarcaba la de los brazos de ella puestos en cruz. La muchacha no paraba de reír alocada.

Él se sentó, resignado, a esperar el desenlace de tan extraña escena, y se dijo que si tenía que sacarla muerta del agua no podría hacer nada para evitarlo, pues, aunque se tirase al agua a buscarla, aquella niña tozuda no querría hacerle caso.

Al poco empezaron a llegar más peces. Primero pocos, luego muchos, primero pequeños y luego lubinas y pargos tan grandes como un brazo.

—¡Me cago en…!

Y ella reía y reía.

Cervo no lo podía creer. Aquello era un espectáculo escalofriante y conmovedor, ver a una chica blanca como el nácar rodeada de una marabunta de peces de todos los tamaños que parecían moverse al compás de ella, como un pastor que guía su rebaño. Ella se movía y las

bandadas seguían su estela, tranquilos y apiñados cual séquito.

Él reaccionó al rato y buscó el medio mundo que echó sin demora al agua. Aquel útil no estaba preparado para eso y en ocasiones le costaba subirlo del peso que traía y debía tirar animales de vuelta para poder izarlo y no romper la red. A penas se resistían los pescados a entrar en la barca y en el arcón, donde pronto ya no cupieron más y tuvo que dejarlos desperdigados por la cubierta. Estaban tranquilos pese a estar muriendo, como si les hubieran dado la extremaunción y no tuvieran más que relajarse y dejarse llevar al paraíso.

En un momento dado se dio cuenta de que él mismo reía a carcajadas, como hacía mucho tiempo que no hacía, mientras subía sin descanso aquellos tesoros con una facilidad nunca vista. Si se lo hubiesen contado no lo habría creído.

Le había embargado una suerte de codicia y si por él hubiese sido habría seguido sacando capturas hasta hundir la barca. No obstante, la cría subió, y aunque los peces siguieron alrededor agasajando a su reina, ella ya no les prestaba atención.

Empezó la chica a seleccionar algunos y a echarlos por la borda. Al principio él se alarmó, y le preguntó qué hacía, pero ella le mostró uno, minúsculo, una cría de jurel, y lo tiró fuera, sin miramientos.

No entendía por qué se deshacía de los alevines si aquellos también se podían comer, pero al ver que dejaba los otros más grandes no le dio importancia.

Cervo se quedó quieto, muy quieto, fascinado, admirándola en su minuciosa tarea de rescatar pequeños animales entre una avalancha de pescados, difícil labor que no la desanimaba. Era bonita a su manera, con aquellas cejas gruesas y los ojos despiertos, los mofletes hinchados de una niña y, sin embargo, ya toda una mujer, la rodeaba un aura mágica, un halo sobrenatural que impregnaba todo lo que hacía.

—¿Quién eres?

Lo preguntó al aire, al sol, a las aguas, a Dios. Ella le echó un vistazo un momento antes de seguir, una mirada sabia que venía a decir que entendía su inquietud, pero que la cuestión no era pertinente.

Si Dios le hubiese contestado le habría extrañado menos que si lo hubiese hecho ella.

V

Aquel cargamento de peces no fue fácil de despachar al estar las lonjas casi terminadas y todo el pescado vendido. Sin embargo, pudo conseguir un dinero más que razonable que le daría para no tener que acercarse por allí en unos cuantos días. Se percibía como un delincuente que entrase a hurtadillas en un lugar donde no había sido invitado, eso y las pocas ganas de cruzarse con nadie que se lo recordara.

Vio a Borboleta a lo lejos subiendo a un carro con toda su prole y, de pronto, se le antojó tonta y sin remedio.

No supo por qué. Su percepción hacia ella había cambiado sin darse cuenta; había pasado de disculparla, seguir queriéndola incluso, verla como a otra pobre víctima de las intrigas de su familia a, de repente, parecerle una niña rica y malcriada que se había antojado de un hombre y después de otro sin tener ningún empacho por dejarle el corazón roto.

A él mismo le sorprendía ese cambio tan radical en sus pensamientos. Se dijo si tal vez la presencia vigorizante de la chica en su vida no estaba empezando a sanar heridas que creía imposible cerrar.

Ahora lo único que le quedaba era perdonar y este razonamiento le hizo sentirse feliz por primera vez en mucho tiempo.

Para compensar, y agradecer, le compró a la chica un cepillo para los dientes, otro para el pelo y una muñeca de trapo.

Fue curioso entregarle los regalos, pero, salvo la muñeca, todo aquello no le llamó la atención. Tampoco el juguete parecía entusiasmarle demasiado; le dio vueltas, tiró de los botones de los ojos, la toqueteó, la olió, incluso la chupó un poco. Al final le quitó la ropa y la dejó sentada, desnuda, en la esquina del banco del salón.

Hasta pasados unos días Cervo no recordó lo del cepillo de dientes, tras verla después de comer con los piños llenos de carne y lechuga. La llamó y la hizo sentarse en el borde del porche, él delante en un taburete y el cielo algo turbio sobre sus cabezas, con dispersas nubes grises que le dificultaban verle bien la dentadura, aunque aliviasen el calor.

La chica, para su sorpresa, se prestó al experimento y abrió la boca mostrando unos dientes llenos de roña, pero que asombrosamente parecían blancos y enteros. Una dentadura mal cuidada sería amarillenta y, sin embargo, esta era perfecta, solo que tenía adherencias, tal como los tubos de gusanos en los mejillones y las ostras que se ligan a las conchas hasta que se raspan con un cuchillo. Ni siquiera había sarro en la base de los dientes, solo aquellos pegotes calcáreos que a él se le antojaron fáciles de quitar.

Cogió un poco de pasta de yerbabuena de un tarro de arcilla y comenzó a rastrillar con cuidado toda la boca. No pudo evitar fijarse en un lateral, en el interior del carrillo derecho, y después pudo ver lo mismo en el izquierdo, una protuberancia grande, carnosa y fea que claramente era un signo de infección.

Se echó hacia atrás un momento para pensar, sopesando aquello, pues quedaba claro que la chica tenía algún tipo de enfermedad, no sabía si terrible o no, pero tendría que valorar llevarla a un médico o traerlo allí. Decidió ocuparse de eso más tarde y siguió limpiando y haciéndola escupir de vez en cuando.

Tras pensárselo un poco resolvió arriesgarse; fue a por un punzón y volvió dispuesto a raspar los dientes, siempre con cuidado, para quitar aquellos residuos que tanto le afeaban la sonrisa. Tal como esperaba, vio que aquellas cosas se quitaban con facilidad.

Apañándose con el punzón y sin que ella pusiera impedimento, cosa harto extraña para su carácter, casi se cae de la silla cuando en un movimiento la chica levantó la lengua y vio lo que había allí.

Eran bultos, extrañas vejigas parecidas a las de los carrillos, pero mucho más pequeñas y definidas, que se arracimaban a cada lado del frenillo debajo de la lengua. Tendría cinco en el lado derecho y cuatro en el izquierdo, amoratadas y bulbosas, y daban un aspecto terrible de tener algún tipo de parásito.

Cervo se movía entre el asco, la compasión y la estupefacción, pues nunca había visto nada igual. Valoró apenas un segundo el asunto de llevarla al médico, pero, si era por vergüenza o por preservar su intimidad no lo supo bien, decidió arriesgarse a tratar de sanar aquello él mismo.

Con el pulso temblándole por lo que pudiera salir de ahí, le ordenó a la chica que volviese a abrir las mandíbulas todo lo que pudiera y se enfrentó a la repulsión.

Pinchó una de aquellas cosas y no pasó gran cosa, ella ni se percató. El furúnculo parecía muy duro y difícil de traspasar, así que Cervo rascó un poco la carne con el pincho y comenzó a fluir un líquido blanco, una suerte de leche aguada, presionó con un dedo y algo emergió; del susto dio un respingo. Ella también soltó un quejido.

—¿Qué carallo era eso?

Ella rumiaba algo que le hacía poner cara de asco y escupió en el suelo.

Había ahí algunas hierbas verdes, no muy altas y sobre todo tierra. Allá donde la chica había escupido se formó un pequeño charquito oscuro de humedad que ya se tragaba la tierra y en medio algo blanco cubierto de babas.

La muchacha se palpaba con la lengua el hueco que le había quedado mientras Cervo se agachaba a coger esa cosa.

Era esférica, pero no perfecta, sino que tenía irregularidades y algún reborde redondeado. Tendría el tamaño de un guisante seco y su color era blanco nacarado y un tanto grisáceo.

No le cabía duda; lo que tenía entre los dedos era una perla.

—¡Qué locura es esta!

Lo dijo para sí, mirando la joya, sin esperar que nadie, ni la chica ni ningún espíritu del universo, tuviese la compasión de contestarle.

Se levantó. Fue casi sonámbulo, arrastrando los pies como un costalero, a la cocina a por un cuenco, mirando aquello que se balanceaba en su mano sin dar crédito a semejante milagro.

Solo había visto perlas en los pendientes de Cegonha, con un diamante en el enganche y una perla colgando en cada uno. Aquellos habían sido de Ovelha, la madre de Cervo, pero como todo tras su defunción, había pasado a manos de la madrastra.

Y esta era la tercera perla que veía o, al menos, la tercera auténtica. En una travesía a las colonias de Cuba y Puerto Rico le enseñaron cómo algunos lugareños teñían canicas corrientes con una pasta de nácar y las vendían como genuinas. Había que tener cuidado, le dijo una mañana su guía en el mercado de Santo Domingo, y antes de comprar nada debía rascar y morder. Si se soltaba el nácar o se deformaba era falsa.

Pero ¿qué estafa podía ser aquella si había visto con sus propios ojos como la niña la escupía?

No convencido, rascó un poco y se sintió idiota al hacerlo. Ahí no había trampa ni cartón:

eso era una perla.

Volvió con el cuenco y una cuchara y se sentó de nuevo frente a ella.

—¿Quieres que te quite el resto?

No había sido ambicioso en toda su vida y no tenía intención de empezar ahora. Sabía de buena tinta que había hombres capaces de apresarla y arrancarle hasta los dientes si hacía falta con tal de tener el tesoro que ella guardaba en la boca. Sin embargo, él no era así. Si había renunciado a la vida acomodada y bien servida que le daba su padre, todo por no aguantar la vergüenza de haber sido degradado, una perla de más o de menos no iba a darle más sentido a su existencia.

Pero ella no lo dudó. «Debe de dolerle o molestarle» pensó él. Sin pesarlo dos veces se sentó en el borde del zaguán y abrió la boca dispuesta.

Él habría deseado que la cuchara fuera de café, más pequeña, como aquellas de plata que tenía en el palacete, pero debía conformarse con aquella cuchara de hierro viejo para empujar los bultos y sacarlos. Primero rascaba un poco con el punzón y después empujaba. El forzar a la criatura a abrir las mandíbulas, los pinchazos, los desgarrones, la hacían lloriquear y retorcerse, pese a ello, no protestaba ni salía huyendo, lo que habría sido más típico de ella. Soportaba paciente, enjugándose las lágrimas y cada vez que él decía «Venga, vamos por otra» ella hacía un mohín de disgusto, pero volvía a abrirse sin rechistar.

Parecía evidente que le era más terrible tener aquello ahí que sufrir ese tormento durante un rato. Aun así, cada vez que sacaba una, Cervo estaba convencido de que no le dejaría quitarle la siguiente… pero se equivocaba.

Sacó un total de once, pues, aunque los bultos fueran menos, en algunos de ellos se albergaban dos gemas.

Escupía sangre y aquel pus blanco y harinoso, más propio de los bivalvos que de las personas. Él revisaba el cuenco, la ristra de piedras que no tenía claro si eran una fortuna o un problema, regalo o enfermedad.

La chica le zarandeó el brazo.

—¿Qué?

Ella volvió a abrirse y le mostró el paladar.

Entre lloros, y posturas forzadas, logró sacarle otras siete gemas del cielo de la boca, esta vez con más dolor que las primeras, y pasaron a llenar un tanto más aquel bol humilde.

—Ya está, ya pasó.

Le acarició el hombro para consolarla mientras ella le miraba, con los ojos hinchados y rojos, y se llevaba la mano a la cara como si eso pudiera aliviarle el dolor.

Entonces él cayó en la cuenta y la abrazó.

—Me temo que no hemos terminado —le dijo enmarcándole el rostro con las manos y acariciándola con cariño.

Fue dentro de la casa y cogió una navaja bien afilada, esa que debía usar para afeitarse, pero que no se acercaba al cuero desde hacía más de un año.

Él se puso delante de la niña, de pie, parecía un gigante, mientras ella, triste, lo miraba desde abajo, casi implorante.

—Vamos a quitarlas todas. Será lo mejor.

Ella se echó a llorar desconsolada, pero abrió la boca, sin resistencia, y él se asomó al interior. Con la mano derecha le cogió el moflete y lo hundió hacia adentro, como si se dispusiera a darle la vuelta a la cara, hundió la cuchilla y rasgó, y apretó, y ella gritaba y se agarraba a su camisa con fuerza y a punto estuvo de desgarrarla igual que se desgarraban sus

carnes. Con un sonido húmedo, desagradable, salieron dos bolas del tamaño de aceitunas que Cervo directamente tiró al suelo sin ninguna ceremonia. Repitió rápidamente la operación por la cara izquierda, sin darla tiempo a respirar. De ahí salieron tres, grandes como uvas.

Él la abrazó.

Ella gimoteaba y escupía sangre. Aunque no parecía lamentarlo, se la veía desconsolada, triste por tener tan mala suerte.

La dejó un momento y volvió.

—Toma —dijo tendiéndole una botella. Pero al instante se la volvió a quitar—. Es orujo y te va a doler. ¿Entiendes? Te curará las heridas para que no se pongan malas, pero te va a doler mucho. Tienes que…

Resopló disgustado. Beber alcohol siempre le recordaba a su mala época y procuraba evitarlo. Pese a eso, se echó un trago al coleto y lo rumió, señalándole a la chica cómo debía hacerlo, moviendo el líquido de un lado a otro, para acto seguido escupirlo.

Ella lo imitó y casi al instante volvió a echarlo con un grito espantoso, la cara roja y los ojos fuera de las órbitas.

—¡Lo sé, lo sé!

La abrazó y la consoló mientras lloraba. Pese al tremendo drama, la obligó a beber y a enjuagarse varias veces, mientras ella pataleaba y se resistía.

—Ahora traga —viendo que ella dudaba, despeinada e hiposa, él le dio un lingotazo y tragó para que le imitara—. Trágatelo. Te hará sentir mejor.

Al principio, aquello la hizo toser. Cuando ya llevaba cinco tragos y empezaba a reír como una tonta, él le quitó la botella.

—Anda, zagala, vete a dormir.

Aún no había caído el crepúsculo y ella no había tenido tiempo para realizar su seguimiento de las mareas, no obstante, la metió en su cama y no la volvió a oír hasta el día siguiente.

VI

Tuvo la cara hinchada y amoratada durante dos semanas, e incluso se le llegaron a cerrar los ojos como si alguien le hubiese dado una buena tunda. Cervo le daba infusiones cuando estaba algo febril y ella misma bebía agua salada en la orilla que parecía calmarla un poco y sanar las heridas que de vez en cuando sangraban y la obligaban a escupir. Fue lento y doloroso, pero a pesar de todo ella se mostraba agradecida por lo que él había hecho y se tendía ocasionalmente en su regazo, al igual que un gato, buscando consuelo, aprovechando cualquier oportunidad en que lo veía sentado. Y él la peinaba, hundía los dedos entre aquella maraña negra enrevesada y deshacía los nudos imposibles llenos de arena. En ocasiones intentaba usar el peine que le había comprado, pero se la notaba molesta e inquieta y, aun así, se resignaba a ser cepillada siempre que no alterase su postura cómoda con la cabeza sobre sus muslos.

Cuando la chica estuvo algo mejor, Cervo se decidió a intentar vender alguna de las perlas. Esto le reportaría suficiente dinero para no tener que faenar por lo menos durante el invierno y puede que algún tiempo más.

Escoger la apropiada no fue tarea fácil. Las grandes las descartó desde el principio; aquellos orbes grotescos no serían fáciles de colocar, menos aún en Pontenácar donde sería la comidilla, de eso estaba seguro, si tratase de vender semejante gema digna de un rey. En cuanto se descuidara, toda la ciudad sabría que el harapiento hijo de Novoa se había hecho con un tesoro, probablemente de forma ilícita, y vendrían a preguntar o a fisgar, algo que no le interesaba lo más mínimo siendo que, en ese momento, mantener a la gente alejada de la chica era su prioridad.

Puede que incluso su hermano Rapo se acercase a reclamar, pues podría llegar a inventar que aquella perla hubiese sido obtenida durante alguno de sus viajes con la compañía, hacía casi una década, y, técnicamente, le correspondería entregar parte de las ganancias.

Huelga decir que no tenía intención de darle a su hermano ni un real de aquello.

Tal vez podría venderlas con más anonimato en Ribadeo, algo más lejos, donde casi nadie lo conocía, y los joyeros de la zona tendrían mucho más crédito a la hora de desembolsar la fortuna que valían, siendo esta ciudad grande y con un puerto principal donde dar salida a las piedras. Sin embargo, un viaje a Ribadeo o, por qué no, a Gijón, le llevaría días, y no se veía capaz de dejar a la muchacha sola.

Puede que ella no fuera tan desvalida como Cervo creía, pero así la veía y no le atraía la idea de separarse por tiempo prolongado, a veces ni para ir a la ciudad a por víveres.

Días más tarde, acabando agosto, resolvió por fin visitar Pontenácar, a su pesar, y llevaría una perla de las pequeñas, la menos resultona e irregular, para que la tasaran y le dieran lo conveniente, y así hacerse una idea de si lo que le había recolectado a la chica era de valor o no.

Se despidió de ella, que estaba aún con la cara inflamada y con gesto afligido, y se marchó.

—Buenos días, Señor de Novoa. ¿En qué puedo ayudarlo?

El anciano sonreía cordial, un auténtico profesional en lo suyo que, pese a verse ante un hombre marchitado desde la alta cuna hasta casi la indigencia, no perdía los buenos modales y la compostura, no se dejaba amedrentar por unas barbas largas y unos ropajes modestos. No en

vano, a él fue al que le compró la sortija de pedida para Borboleta, y él mismo fue el que, por compasión o lástima, le aceptó retornarle el dinero cuando el anillo perdió su propósito.

Cervo sabía que además el anciano aceptaba mercancía de dudosa procedencia, siempre con discreción, aunque en los mentideros todo el mundo lo sabía.

Le tendió un trapo plegado con el esférico contenido en su interior.

—Ya veo.

—Querría saber cuánto me daría. Sé que es buena.

—Déjeme ver…

Se puso un monóculo de joyero y se aproximó a un escritorio lleno de útiles que se encontraba bajo una ventana abierta hacia el patio trasero.

—Vaya… ¿dónde la conseguiste?

Cervo se movió inquieto. Era común que todo el mundo preguntase el qué y el cómo, más aún viniendo de alguien con su abolengo, de ahí que llevase días planeando aquel encuentro.

Carraspeó. Miró hacia la puerta de la calle como si en cualquier momento pudieran entrar en tropel un tribunal y un verdugo.

—En un mejillón.

Si antes el joyero hacía poco ruido, ahora hacía aún menos. Levantó la vista y se volvió un poco para mirar por encima del hombro.

—Es cierto. Comía mejillones y casi me parto una muela.

Era descabellado, aunque posible. Oyó alguna vez una historia similar y le pareció buena idea usarla para su coartada.

El hombre volvió a lo suyo.

—Eso me recuerda que debería comer más marisco —murmuró todavía inspeccionando con el monóculo—. Dicen que es bueno para el corazón.

—Eso dicen.

Después de rodarla un rato más, medirla con instrumentos y hasta intentar aplastarla, dejó la lente y volvió al mostrador.

—Es buena. Auténtica. —Señaló— No sé si de mejillón, pero es buena.

—Claro —contestó frunciendo el ceño.

El hombre se mesó la barba mirando la perla. Mientras pensaba, hacía un siseo con la boca que dejaba ver sus dientes separados y el sudor que le corría por el cuello bien podía ser por la disyuntiva de aceptar el trueque o por el calor que hacía en ese lugar. Cervo empezó a agobiarse.

—Podría mandarla a Madrid en la próxima diligencia. Aquí no me la compraría nadie en años y guardaría polvo en un cajón. Aunque tal vez la vieja Teixuga me la comprase… o para su nieta.

—¿No te va bien el negocio?

Lo dijo para atajar sus pensamientos, no para darle conversación, pero enseguida se arrepintió de haberlo hecho cuando el hombre empezó con la cháchara.

—No me puedo quejar. Pero desde que acabó la guerra ya no es lo mismo. Están las cosas más justas y las perlas no gustan por aquí. ¡Dime si no es una contradicción del carallo! —dijo riéndose por la paradoja de vivir en un lugar con la palabra nácar en el nombre—. Pero creo que, si no es aquí, podré pasarla a otro lado. ¡Pero porque eres hijo de tu padre, ¿eh?!

—Claro —contestó al comentario tan desacertado—. ¿Cuánto?

—Espera, hombre. Espera.

Volvió a llevársela a la mesa y la midió de nuevo. Sacó una hoja de una bandeja y con

tinta y pluma empezó a hacer cálculos. Volvió a examinarla con el monóculo y con otro aún más potente. Por fin se decidió a acercarse.

—Es de un tono gris pálido, no blanca…

—No es muy buena.

—No es de las mejores, —dijo encogiéndose de hombros— pero es una perla. Además, tiene irregularidades, anillos, ¿los ves? Y una oquedad aquí. Habría que pulirla o engastarla tal cual. Aunque te aseguro que son tan escasas que pocas mujeres le harían el feo.

—¿Y bien?

El hombre se rascó la coronilla que ya clareaba.

—Te doy ochenta ducados. No más. Si fuese más blanca o más redonda… ¡Pche! Pero así…

A Cervo se le abrieron los ojos como activados por un resorte. ¿Ochenta ducados? ¿Tanto por esa piedra, la peor de todas? Entonces, ¿cuánto podría valer una de las grandes? ¿Tal vez cien mil coronas? ¿O medio millón?

—De acuerdo, pero no me llevaré todo…

—Ni yo te lo daré. Dejando a un lado que no tengo tal cantidad ahora mismo, nadie me garantiza que pueda hacer nada con ella. Haremos lo siguiente; te daré la mitad en coronas y un pagaré. Si consigo comprador te daré el resto, si no tendrás que esperar a que lo consiga. ¿Estamos?

—Me parece un trato justo.

Al salir de la tienda, escudriñando a un lado y a otro de la calle por si pasaba alguien que lo relacionase con el joyero, se encaminó al mercado. Iba casi encogido, tratando de llamar poco la atención, y no solo por no querer ser reconocido, sino porque llevaba una gran suma de reales en el zurrón y no deseaba tentar a los ladrones y maleantes a que lo robaran.

Pasó ante un puesto de ropa y, acordándose de la chica, se le encendió algo; ¿gratitud?, ¿cariño?, ¿amor? Un vestido, sin grandes pretensiones ni tinte, bonito y discreto del color crema natural del lino, le llamaba, tiraba de él con la idea de verla, aunque fuese un instante, como una joven normal, adecentada y digna.

No pagó mucho por él y lo que fuera bien gastado estaba, si con ello conseguía vestirla. Con los zapatos no se atrevió, aunque sí con unos lazos para recogerle el cabello. Ya puestos, en la mercería decidió que aquella melena había que domarla como fuera y se agenció unas buenas tijeras, brillantes y no oxidadas, como aquellas que guardaba en la casa para abrir en canal al pescado.

En esas estaba, revisando las tijeras, cuando alguien le agarró con fuerza del brazo.

—¿Qué hacías en la joyería?

—¿Y a ti qué te importa?

Xabaril sacó a pasear su sonrisa ladina y desdeñosa. Era mala persona, lo había sido desde niño como si lo hubiese mamado de la teta, pero de alguna manera la amistad que tenía con su hermano Rapo le había influido para que no lo aparentara. Su disfraz era el de un digno secretario encargado de suministros en la empresa de los Novoa. La realidad: era un patán sin escrúpulos, jugador y bebedor empedernido, que trataba mal a su esposa y la deshonraba con fulanas.

Si había alguien en la ciudad a quien Cervo habría querido evitar precisamente aquel día, ese era Xabaril.

—Se lo cuentas a tu hermano, si quieres.

—¿Y por qué iba yo a decirle nada a tu jefe?

Sabía que era un golpe bajo. A Xabaril no le gustaban las autoridades por encima de la suya.

Escupió al suelo con desprecio. Un gesto digno de la baja estofa que era y no del caballero que decía ser.

—Porque tu hermano quiere hablar contigo —dijo con voz ronca—. Y es urgente. No admite un no.

Cervo miró a su alrededor, no por querer pedir ayuda, sino, más bien, para señalarle a ese que volvía a agarrarle del brazo que tenía testigos múltiples a su alrededor.

—¿Me amenazas aquí en el mercado?

El otro le soltó.

—No te estoy amenazando, hombre, ¡te estoy invitando! —dijo con sorna sarcástica— O si quieres me paso luego por tu casa y te vuelvo a invitar. Como prefieras, pero me consta que las palabras que te dirá tu hermano son importantes. Y te las tiene que decir… ahora o luego.

A su pesar, y bajo aquella amenaza velada, lo siguió a un carromato y entró. Tuvo que aguantar su cara de perverso durante todo el trecho que duró el paseo ascendente por la ciudad. Atractivo, pero con granos y la cara picada, bien vestido, pero desaliñado, parecía que después de arreglarse por la mañana se hubiese tirado rodando por un terraplén.

En lo alto de la colina, con unas vistas que dominaban toda la ría, llegaron a la casa familiar, aquella que tiempo atrás fuera su hogar.

Se apearon del carruaje en el patio adentrándose después en esos pasillos engalanados del mármol que exhalaba el eco de sus pisadas, los espejos y candelabros relucientes, los olores a especias y hierbas que llegaban de la cocina y de las macetas del jardín, traían la niñez, y la juventud, dejando un poso agridulce de remembranza, advirtiéndole de que no se acomodara, pues ya no era su hogar, ni siquiera el de su padre, aunque llegase a la puerta de su viejo despacho, él ya no se encontraba allí ni le dejaría rodar la bola del mundo que había en un pedestal o coger prestados sus libros encuadernados en cuero.

Ahora todo era de Rapo.

—Espera aquí.

Entró aquel amigo de la familia en el despacho, al parecer más digno que él, dejándole fuera como si fuese un extraño. Esperando de pie mientras observaba con detenimiento el banquito tapizado que había en el pasillo, las costuras de un costado que él mismo deshilachó en más de una ocasión mientras esperaba a que su padre le atendiera para castigarle por alguna fechoría.

Aquello era triste. Las motas de polvo de sus recuerdos lo cubrían todo y ya nada de eso le pertenecía.

Borboleta apareció al fondo, bajando la escalera, y se sorprendió al verle allí. Se acercó con cautela.

—¡Has venido a ver a Rapo!

No era una pregunta, sino, más bien, una ovación de triunfo como si el hecho de estar allí supusiera haber conseguido una gesta enorme.

Él la observó, como quien ve un gato famélico comiendo carroña, y la lástima se le exhalaba por cada poro, hasta el punto de que ella pudo notarlo y se ruborizó. Se volvió para ocultarla de su vista y siguió mirando su pasado en la estancia que lo rodeaba.

—A la fuerza. Hablo con él y me voy.

—¿De qué tenéis que hablar?

—Eso me gustaría a mí saber.

—Pero…

No dio tiempo a más. Xabaril se asomó y con un gesto de cabeza le indicó que entrara. Le dedicó una mirada furtiva a la mujer, Cervo no supo si con lascivia o con desdén, pero no le gustó. Aun así, se dijo que era la esposa de su hermano y el amigo de su hermano; que se encargara él de llamarlo al orden.

Y ahí estaba el gran señor, revisando papeleo en el escritorio heredado y rubricando de vez en cuando con una pluma que también había sido de su padre.

—No hace falta que te quedes. Gracias.

Xabaril puso los ojos en blanco y se marchó.

«Su amigo o su sirviente», pensó Cervo, pues no sabía muy bien qué clase de amistad podía nacer de un tipo así, y si lo sabía o lo intuía, le resultaba harto complicado entender por qué a su hermano aquello habría de interesarle.

—Siéntate.

—Estoy bien de pie.

Rapo levantó la cabeza, aquel pelo broncíneo que empezaba a clarear en la coronilla, y pasó de escudriñar en los legajos para mirarlo a él, clavar sus ojos verdosos, primero con cierta ira, para, al instante, suavizar el tono y sonreír.

—Hermano… perdóname. Estoy… uf, estoy cansado. Llevo muchos días ocupándome de grandes asuntos y a veces olvido mis modales y con quien hablo.

Se levantó, con los brazos abiertos, y parecía que iba a darle un abrazo. Cervo se apartó y Rapo, incómodo, corrigió el gesto para ponerle una mano en el hombro.

—Después de tanto tiempo… me alegro de verte.

—No sé mucho de modales, pero ese matón de tu amigo me ha obligado a venir.

El otro sacudió una mano al aire para quitarle importancia al asunto.

—Es la única forma de que vengas. Hace casi un año que no coincidimos y tengo que hablar contigo, aquí, en privado. No ibas a venir por las buenas, así que…

—¿Y se supone que te lo tengo que agradecer?

—Tienes que hacer más esfuerzo por ver a la familia. Volver a reunirnos. Sin rencores.

Se encogió de hombros y se sentó.

—Tú ya sabes que siempre serás bienvenido a la compañía, ¿verdad? No hace falta que tengas que venir a la lonja a vender cuatro peces para pagarte el pan, aquí tienes trabajo.

—Preferiría vender sal en el desierto.

Rapo cabeceó con tristeza.

—¡Qué rencoroso eres! Y lo peor es que me echas la culpa a mí cuando fue padre el que…

Cervo echó hacia atrás la cabeza y resopló.

—¿Qué quieres Rapo? Dime lo que quieres o déjame en paz.

—Que te afeites y te adecentes. ¡Por el amor de Dios! Y que vengas un día a comer. Tampoco pido tanto.

—Adiós, Rapo —y dio media vuelta para marcharse.

—Tu casa.

Cervo se quedó quieto, no sabiendo si había oído bien o si entendía lo que quería decir, y aquello le creó tal curiosidad que se volvió.

—¿Mi casa? ¿Qué pasa con ella?

Su hermano suspiró y se levantó de la silla. Los ventanales, fabricados con caras planchas de cristal que dejaban pasar la luz, lo iluminaban, hacían relucir su chaleco de piel y sus botones

dorados como un ser etéreo y muy digno. Sin embargo, para Cervo era una farsa.

«Farsante, quieres algo, te conozco bien».

Toda su vida había sido zalamero y adulador para conseguir algo. En más de una ocasión Cervo se había visto metido en líos por defender a su hermano y, cuando al final alguien debía pagar un castigo, Rapo siempre salía bien parado.

Como con Borboleta: «¡Yo no hice nada, las cosas salieron así!»

«Farsante».

—Cervo… día tras día he de soportar chismes y comentarios de gente que me pregunta por ti, si es que te has vuelto loco, si es que no te amamos y te echamos de casa…

—Y supongo que no les cuentas la verdad.

—¿Qué verdad? ¿Cuál es la verdad, Cervo? —abrió la boca para contestarle, pero no le dejó— ¿La tuya? La verdad es que viajabas a todas horas, que te atraían las Américas y apenas estabas aquí para ayudar a padre, para cuidar tu relación…

—¿Cuidarla de ti, dices?

—¡Padre estaba ya enfermo y necesitaba tu ayuda para enseñarte el negocio, pero…!

—¡Tú te ocupaste de que a mí me mandara lejos mientras le emponzoñabas la mente para que te lo dejara…!

—¡Nunca estabas! ¡No querías estar aquí! ¡Te dábamos igual!

—¡Vosotros os ocupasteis de que no me sintiera parte de esta familia!

Rapo tomó aire envarándose hacia atrás. Tenía humedad en los ojos y no había pose de dignidad que camuflara su tristeza.

—Eso no es justo.

—Claro que no lo es. Pero es la verdad. Es lo que me disteis y…

—No es cierto.

Cervo se ajustó el petate en el hombro.

—Muy bien. Pues esa es tu verdad y esta es la mía. Si eso es todo lo que tenías que decirme, ya está dicho.

—Esto tiene que acabar, Cervo. Tienes que volver a casa y ser alguien decente. No puedo enfrentarme a más cotilleos y mala imagen mientras tú te paseas por ahí como un ermitaño borracho y harapiento…

—Hace tiempo que no bebo.

—Tanto mejor…

—Y aunque lo hiciera, no es cosa tuya. Adiós.

Se dio media vuelta para marcharse, pero lo que dijo su hermano lo dejó de piedra.

—Tú sabes que esa casa es mía, ¿verdad?

Se volvió con ira y lo encaró.

—Estás loco. ¡Estás mal de la cabeza!

—Sabes que es verdad. Padre no te dejó nada en herencia porque saliste huyendo y esa casa es mía.

—Esa casa, ¡y una mierda! Antes de que pasara todo yo iba allí a pasar los veranos…

—A esconderte dirás…

—¡Padre lo sabía y es lo que importa! Él me dejó la casa y cuando me fui definitivamente sabía que estaba allí, ¡incluso vino a verme dos veces!

—Pero no te la heredó. No te dejó nada y eso te mereces por todo lo que sufrió por ti…

Rapo hablaba muy tranquilo, cargado de razón como si se dirigiese a un chiquillo.

—Anda ya… —murmuró sin aliento.

—Y yo no quiero quitártela. Que te conste…

—¿Y entonces qué carallo quieres?

—Quiero que me ayudes. Que hagas un pequeño negocio conmigo y que vuelvas a ser una persona normal. ¡Quién sabe! Puede que incluso después de eso reconsideres trabajar para mí…

—¿Me estás chantajeando?

El otro dio media vuelta, hacia el escritorio, y se sentó en el borde con elegancia. Se encogió de hombros.

—Puede.

Cervo negaba con rabia.

—Eres un ser rastrero e infame.

—Lo que quieras, pero puedo mandar a la guardia y ordenar que te echen. Lo único que pido a cambio es un pequeño favor, o, si quieres, un negocio. Podrías ser muy rico si todo sale bien y, si es eso lo que deseas, marcharte y no volver a verme nunca. O quedarte tu casa en propiedad, si quieres.

«Ya soy rico» pensó «tengo varias perlas del tamaño de tus cojones y si quiero te metes la casa por donde amargan los pepinos».

Algo lo reconcomía por dentro. Ahora que el dinero no era un problema, aquella amenaza parecía vacía y sin valor. No había de qué preocuparse mientras pudiese buscar otro hogar y empezar de nuevo, tal como Rapo señalaba, lejos de aquellos que tantos quebraderos le daban.

Y, aun así, algo le llevó a escucharle.

Su padre, Corvo de Novoa, era el terrateniente de, entre otros, el latifundio de Lugueira. Había construido aquella casa para albergar a un guardabosques y su familia que mirasen por los montes colindantes. Aquellas vastas extensiones de pino y roble servían de cotos de caza para la burguesía local y como pastos de bestas salvajes que corrían libres, además de ser una fuente de madera importante.

El último hombre que habitó la casa fue un antiguo capitán de barco que pasó toda la vida al servicio de los Novoa. Al retirarse y enviudar, el patriarca le cedió la choza hasta que falleció, y, no siendo ya de ninguna utilidad, pues ahora los guardabosques estaban en O Fonte, Cervo empezó a ir a la casa para aislarse cada vez más de su familia.

Su padre sí sabía que iba allí. Toda la familia lo sabía. Que no se la hubiera cedido, al menos eso, en el testamento, era evidente, pues no había dejado nada a ninguno de sus otros hijos, ni a él ni a Coello, dejando como administrador de la herencia únicamente a Rapo. En teoría, las casas en que vivían cada uno eran de usufructo suyo, sin embargo, tanto la de Coello como la suya no eran propiedades a heredar por sus hijos, sino que pertenecían legítimamente a Rapo, que se las quedaría si ellos fallecían… o les echaban.

Era una decisión extraña por parte de su padre, al menos en lo que concernía a Coello, con quien tenía más relación; y le amaba, a Cervo no le cabía duda alguna. No le extrañaba tanto que a él se le negara una herencia y, aun así, el patriarca nunca le comentó nada al respecto, por muy indignado y soberbio que se mostrase con él.

No obstante, que su casa no era suya era algo obvio y pese a ello se le antojaba un tabú, un aspecto demasiado sórdido como para sacarlo a colación en una conversación civilizada; y aquella quedaba claro que no lo era.

—¿Qué negocio es ese?

—Tú sabes que las colonias de Inglaterra en América están en rebeldía. Lo sabes, ¿no?

—Algo he oído.

—Después de que acabara la guerra en el 63 se empezaron a levantar las colonias británicas y ahora quieren independizarse. Francia les está ayudando… y España también.

—De eso no sé nada.

—Ni tú ni nadie. Es un secreto de Estado que la empresa de Gardoqui, desde Bilbao, está mandando suministros a los rebeldes desde hace años. Y su primo Luis de Unzaga, que es gobernador, les ayuda desde el Misisipi.

Cervo empezó a entender de qué iba todo aquello.

—Y tú les quieres ayudar.

—No. Yo quiero ayudar a los ingleses.

Miró espantado a su hermano.

—¿Cómo dices?

—Los ingleses están en superioridad, es obvio que los colonos perderán la guerra y parece claro que España también perderá sus colonias.

Rapo se acercó a la bola del mundo, esa desde la que su padre les enseñaba geografía.

—Desde aquí —dijo señalando un punto al Este de América—, en Boston. Si mandamos suministros aquí, los ingleses se mostrarán agradecidos y nos cederán tierras allí.

—Tú no tienes tantos recursos como los de Gardoqui. La suya es una empresa grande con minería y además…

—Puede que no tengamos tanto, pero sí que tenemos navíos y podemos enviar provisiones.

—Pero no armamento.

—Armamento no, ni tampoco nos conviene. Pero todo lo demás…

—¿Esto lo sabe la Corona?

Rapo se echó a reír.

—¿Pero qué dices, tarugo? ¿Cómo iba a saberlo la Corona? Si ellos están ayudando a los franceses y a los colonos, a la Corona no le conviene esta empresa.

—Entonces estás cometiendo traición.

—¿Yo? ¿Por qué? Los reyes jamás admitirán que les ayudan y, por tanto, no podrían culparme de hacer libre negocio. No les llevo armas, como tú bien has dicho, —se encogió de hombros— únicamente les llevo medicinas, comida y ropa.

—Y barcos…

—Los ingleses recompensarán cualquier apoyo que se les aporte. Y ya me han prometido tierras si les ayudamos a ganar la guerra.

Cervo se movió inquieto.

—Me parece una mala idea. Y arriesgada, si alguien se entera de esto…

—Por eso te necesito, hermano. —Se acercó y le puso la mano en el hombro— Si todo sale bien nos haremos muy ricos. Y no le confiaría esto a nadie si no es de mi familia.

Familia.

Lo dijo como si tal cosa. Como si no fuera un marginado, un paria del que él mismo se avergonzaba hacía un rato cuando le vio entrar por la puerta vestido como un vulgar aldeano.

—Creo que es una locura. Oficial o no, podrían colgarte por esto, y en privado, sin airearlo en exceso.

—Tonterías. Ahora mismo no hay guerra contra Inglaterra, al menos no una públicamente declarada. Si yo quiero comerciar con ellos, nada me lo impide.

Cervo se alejó de su hermano un par de pasos, aprovechó para acariciar la bola del mundo, no por interés sino por nostalgia. La superficie de papel barnizado era suave y pulida, sin

irregularidades.

Boston.

«Boston está muy lejos de mi playa».

—¿Qué opina Coello de todo esto?

—Coello está de acuerdo, por supuesto. Comparte mis impresiones. ¿Recuerdas la goleta naufragada hace unas semanas?

Cervo se revolvió. Algo en él saltó como un resorte. La goleta.

—¿Qué pasa con ella?

—Era inglesa. Un emisario que venía a terminar de negociar el contrato con nosotros. Lamentablemente, ya sabes el resultado. Se quedó a tres millas de la costa y se hundió.

—¿Quién viajaba a bordo?

Su hermano lo miró extrañado, frunciendo el ceño y agudizando los ojos.

—No lo sé. Probablemente, sir Charles Willis o algún apoderado. Difícil saberlo.

—¿Sabes si iba algún menor a bordo?

—¿Algún menor? ¿Y cómo quieres que lo sepa? ¿A qué viene eso?

—Nada. Era por congraciarme con la tragedia.

Rapo lo miró con recelo, pero estaba tan ofuscado con su empresa que no le dio más importancia.

—En cualquier caso, Coello ha ido a Londres para notificarlo y cerrar el trato. Aunque los ingleses pusieron mucho interés en venir a ver los barcos, me temo que retrasar la burocracia solo les perjudicaría. Espero que logre hacerles entrar en razón.

—¿Cuántos barcos tienes?

—En total, de gran calado, dieciocho, pero andan un tanto desperdigados y habrá que esperar a febrero para preparar todo. Tienes hasta entonces para pensártelo.

«Y si no, me quitarás la casa. ¡Menudo regalo! Tengo hasta febrero para convencer a la chica de que se ponga un maldito vestido y largarnos de aquí».

—Es una oportunidad, Cervo. —le dijo pasándole un brazo sobre los hombros. Pero él contemplaba el mundo en aquella bola, un mundo grande que hacía años quería recorrer y ahora únicamente le interesaba una pequeña playa, una casucha y una chica desnuda y desastrada—. No lo veas como algo intimidante, sino como un avance para recuperar tu vida.

Quería preguntarle qué pasaría si se negaba, si no quería tener nada que ver con todo aquello, pero se le antojó peligroso. Una vez habiéndole confiado ese secreto, si no parecía enteramente de su parte, podría verle como a una amenaza, y eso no le convenía.

—Deja que lo piense. Lo que planteas no es fácil.

—¡Por supuesto! Tenemos de plazo hasta febrero o marzo. Te mandaré correspondencia… Entiendo que puedo contar con tu discreción.

VII

Estaba tranquilo. De pronto su vida parecía una balsa inmóvil en aguas calmas antes de la tormenta, con solo mantener la expectativa de que algo pase, metido en sí mismo, pues pocas cosas más podía hacer.

Empezaba a soplar el viento del nordeste desde hacía días. Al principio, tan suave que apenas se le sentía, intentó sacar la buceta una mañana, más por costumbre que otra cosa y por la mansedumbre que le sobrevenía trabajando, sin embargo, al ir a empujarla de pronto estaba la chica, a la que aún hacía en la cama, presionando desde la otra roda, bloqueándole el paso.

No le dejó salir. Se limitó a señalar con los cinco dedos al horizonte para después acercarse a él y arrastrarle de la mano hasta la casa.

Por la tarde se levantó el viento, se le erizaron los vellos de la nuca al recordar un día similar en que casi no lo cuenta, aguas engañosas que parecían tranquilas y que, apenas adentrarse una milla, empezaron a vapulearle y a hacerle zozobrar.

Le asaltó la duda de cómo la niña podía saber tal cosa, pero ya poco podía sorprenderle. Su conexión con las aguas era evidente y tal vez eso era lo que más quebraderos de cabeza le daba. Había algo en esa circunstancia que era lo que le había llevado a escuchar a Rapo cuando le propuso aquella locura de empresa. Pensó, con una correlación de ideas fantasiosas, que tal vez la chiquilla estaba ligada a la playa de alguna manera, que moverla de allí no sería tarea sencilla, como si arrastrarla lejos de la costa pudiera convertirla en espuma de forma repentina.

Sin querer estaba cediendo a las creencias mágicas que envolvían a la criatura. Ya no sabía si lo natural y evidente era creer que era una moura o si es que se estaba volviendo loco.

Tales eran sus devaneos de cabeza que únicamente veía dos opciones al problema; bien aceptar el encargo de su hermano y que le dejase en paz con su casa, su playa y su ente pagano, o usar su reciente fortuna para trasladarse a algún lugar solitario lejos de todo lo conocido.

No era un asunto sencillo.

Cada vez que la miraba, al atardecer, pastoreando la marea, se preguntaba cuál sería el verdadero motivo que la había llevado a su playa y si alguna vez lo sabría.

Ahora que la boca empezaba a sanarle, estaba cada vez más hermosa. La hinchazón de los carrillos había remitido, afinándole los rasgos, alejando en el recuerdo las facciones de niña enfurruñada para convertirla en una doncella de belleza inquietante. No en vano, lo que había tenido metido en la boca era enfermizo. Dejando a un lado el valor de las gemas y su origen atípico, parecía obvio que aquellos quistes le habían producido una infección terrible y podía haber acabado en tragedia si aquello no hubiese llegado a ser extraído.

Había cambiado su fisonomía y también su carácter. Lo que Cervo no tenía claro era si esto se debía a su alivio o a su agradecimiento; se mostraba más servil, más cariñosa y no protestaba tanto a las peticiones que le hacía. Por las mañanas daba de comer a los animales y por las tardes traía leña, y, aunque no se prestaba a cocinar ni a recoger la casa, tal vez por no gustarle o quizá por no saber, sí que obedecía a mandados como ir al hórreo a por comida o a recoger algunas frutas.

Seguía trayendo habitualmente alimentos del agua, algunas almejas y coquinas que solía engullir crudas, aunque no le hacía ascos a comerlas cuando él se las cocinaba. Trajo pulpos un

par de veces, pero cuándo y cómo los cazaba seguía siendo un misterio que a Cervo ya no le quitaba el sueño.

Él aprovechaba siempre que ella se entretenía en la playa por las tardes, guiando las olas, para darse un baño en la trasera de la casa. Una vez, sin embargo, volvió antes de lo acostumbrado y lo encontró tal cual su madre lo trajo al mundo cuando se estaba levantando para salir. Rápidamente, nervioso, cogió un trapo para secarse estando aún dentro del balde.

Se sintió extraño, cohibido. Parecía que había aguardado allí largo rato observándolo desde una esquina, aunque tampoco se ocultaba. Trató de mostrarse tranquilo, como si nada, al fin y al cabo, ella andaba en cueros todo el día y no habría de escandalizarse por verle a él en su misma indumentaria. Sin embargo, en un momento dado, ella le miró el pene y ladeó la cabeza, casi evaluándolo.

—¿Qué? ¿Nunca has visto un hombre desnudo? —le espetó.

Intentaba no amilanarse ni dejar que le venciese la vergüenza. Se secaba la cabeza y la barba sin quitarle ojo de encima por lo que pudiese hacer.

Y ella empezó a acercarse.

—¡No! —dijo tajante apuntándola con un dedo— No te me arrimes. Vuelve a la playa. Haz tus cosas. ¡Venga, fuera!

Pero ella abrió los ojos asombrada y se acercó otro tanto.

—¡Que no! —bramó.

Intentó salir de la tina apresuradamente y acabó por tropezar y caer de nalgas contra el suelo. La bañera entonces se volcó sobre él, derramando el agua que ya se mezclaba con la tierra y lo manchaba de barro, haciendo de su baño un proceso inútil. Mientras aún evaluaba si tenía algo roto, y consideraba la forma de volver a limpiarse, el sonido de la risa estridente de ella inundaba el patio.

Se doblaba por la mitad, agarrándose el vientre mientras lloraba, muerta de risa.

Enfadado, tomó un puñado de barro del suelo y se lo lanzó errando el tiro, pues ella ya estaba lo bastante lejos como para no alcanzarla.

No solía enfadarse con ella, y, si lo hacía, se le pasaba pronto. Ya fuera porque no la consideraba en sus cabales o porque le tenía cariño, los momentos en que lo sacaba de sus casillas pasaban fugazmente y no se lo tenía en cuenta.

En realidad nunca había tenido mal carácter. Siempre había sido paciente, comprensivo y tranquilo. Excepto la época terrible en que se exilió del hogar y hasta mucho después de la muerte de su padre, tiempo que había pasado siendo un vagabundo y un borracho. En ese periodo no se reconocía ni él y, aun así, las peores peleas habían sido consigo mismo. No era de esos hombres violentos o poco empáticos, y también había quien confundía su discreción con timidez.

Por eso, aunque la muchacha lo sacaba de sus casillas a menudo, aquellas iras no trascendían.

La llamó un buen día, tras el almuerzo, para que saliera al porche. Él estaba sentado en la mecedora y le indicó con gestos que se sentara en un taburete, a lo que obedeció sentándose de frente.

—No. Así no. Mirando allí —dijo señalando el horizonte—. Gírate.

Ella, extrañada, acató la orden, pero cuando él comenzó a peinarla intentó volverse y tumbarse en su regazo, como hacía habitualmente cuando la cepillaba.

—No, no. Tienes que sentarte. Siéntate —ella molesta le hizo un mohín—. Ya lo sé, pero es mejor así.

Él la peinaba mientras se revolvía inquieta y protestaba cada vez que un nudo provocaba

un tirón.

—Mira, ¿sabes qué te digo? Que lo voy a cortar y ya me encargaré luego de peinarlo. Este nido de pájaros es casi imposible de desenredar.

Agarró el pelo en un solo manojo y cogió las tijeras que tenía a un lado, dispuesto a cortar aquella melena de una vez por todas a una altura decente.

Ella, sin embargo, se sobresaltó y dio un grito. Le arrancó el pelo de las manos y se apartó asustada, mirándole como si estuviese a punto de cometer un terrible crimen.

—¡Qué! ¡Está muy largo! ¡Y se enreda y te tropiezas cada dos por tres! ¿No entiendes que es mejor así?

Ella, por toda respuesta, puso cara de espanto. Abrió mucho la boca y de su garganta emergió un sonido bajo y gutural, casi lúgubre. Después empezó a castañetear los dientes mientras apretaba su pelo contra sí, como si eso pudiera protegerla de aquel mal.

Cervo entonces cayó en la cuenta. Miró las tijeras.

—¿Esto? Esto no hace daño, ¿entiendes? Bueno sí… —admitió a su pesar— en la carne, sí. Y en el pescado… —ahora le veía la lógica al miedo de la muchacha, que únicamente le había visto usar ese instrumento para abrirle las tripas a los peces—. Pero en el pelo no hace daño. Mira… —y se cortó un mechón de la larga barba. Ella dio un respingo horrorizada— ¿lo ves? No duele, no hace daño —se cortó otro—. ¿Lo ves?

Ella se acercó y tomo el vello de su mano, examinándolo con cuidado como si fuese a herirle. Él se cogió la barba y se la mostró.

—Esto es pelo. No duele. Y el borde blanco de las uñas, tampoco duele si lo cortas.

Pero a ella no le hacía falta cortarlas porque se pasaba la vida escarbando en la arena y aquello se las desgastaba, así que no sabía de qué le estaba hablando.

La muchacha le cogió las tijeras de la mano y las observó con curiosidad.

—Ten cuidado. El pelo no duele, pero la carne sí —le repitió—, si te haces un corte sangrarás, te harás daño.

Ella entonces se sentó encima de sus piernas y, como estaba en una mecedora, a punto estuvieron de caer al suelo. Entre risas, él la agarró con firmeza y se colocó de forma segura.

—No sé si esta silla nos aguantará a los dos.

Pero ella, ya acomodada y con confianza, le cogió un mechón de la barba y lo cortó.

—¿Qué haces? —sonrió él.

En aquello había encontrado un entretenimiento nuevo. La lengua entre los dientes y pura concentración, cada golpe de tijera descubría un poco más la cara de Cervo.

Él, de pronto, no podía parar de reír. Le ponía nervioso la idea de descubrirse, como si llevase años con una máscara para ocultarse, de pronto se iba a ver despojado de aquel parapeto de vello que hacía que los demás lo mirasen con recelo.

—Cuidado, no cortes muy cerca de la piel.

Enseguida se había vuelto una experta; sujetaba el mechón con dos dedos de la izquierda mientras cortaba con la derecha. Cortaba los bigotes, la perilla, las patillas, y finalmente Cervo se daba por vencido y le dejaba que hiciese lo que le viniese en gana.

El verdadero rostro de él salió a la luz y a ella se le iluminaron los ojos, abrió mucho la boca y soltó un graznido.

Los dos se sonrieron reconociéndose el uno al otro.

Ella, despacio, le dio un beso en la mejilla, suave, cariñoso, y después le abrazó durante largo rato, momento que él aprovechó para agarrarle el pelo y las tijeras y cortarle la coleta.

VIII

Ya a primeros de septiembre comenzó a hacer frío. Debía mantener el fuego encendido por más tiempo y las mantas, aunque no las había guardado durante el verano, fueron indispensables a la hora de dormir.

Con el dinero que había cobrado compró por fin otro colchón que echaba en el salón y lo recogía cada mañana. Tenía que reconocer que era mucho más cálido dormir en la sala, junto a la chimenea, que en la habitación, aunque aquello le levantase dolores de cabeza, y también era un gran cambio el jergón para sus dolores de espalda.

Invirtió algunos ahorros más en ir al barbero y que le arreglase la cara. La chiquilla le había dejado mechones desiguales y una patilla más larga que la otra, con calvas que le daban un aspecto enfermizo y tiñoso. Le afeitaron en condiciones y le cortaron la melena por debajo de las orejas. Parecía décadas más joven, pues con la barba aparentaba ser casi un anciano y sin ella estaba más cerca de los veintinueve años que en realidad tenía. Era un hombre nuevo.

En particular le había quedado una curiosa marca blanca en la cara, allá donde no le había dado el sol en mucho tiempo, y tras un verano especialmente soleado, ahora tenía los carrillos a dos colores, tal parecía que seguía manteniendo una barba extraña de color blanco. Pero no le importó. Una mezcla de tristeza y alegría se apoderó de él cuando se reencontró con su reflejo en el espejo, más viejo, más cansado, pero también más en paz consigo mismo.

Nunca había sido guapo al uso, no como Rapo, desde luego, ni como Coello que tenía una mirada más bondadosa y un semblante más armónico. La cara de Cervo no era bella, pero sí varonil, atractiva pero no elegante. Los ojos muy pequeños, la nariz muy grande. Le había dicho Borboleta en una ocasión que tenía una mirada muy aguda… y en su opinión eso era fácil si por defecto tenía los ojos rasgados.

Los ojos de sus hermanos eran verdosos como los de su padre, pues ambos guardaban un gran parecido con él, mientras que Cervo, por suerte o por desgracia, había salido a su madre; ojos marrones, pelo negro.

«Todo en ti me recuerda a ella», le había dicho su padre en una ocasión. Así era como su cara y su presencia no habían hecho más que traerle melancolía.

Pero la chica sí que se alegraba de verle. La tarde en que volvió de la barbería, él se tumbó en la playa a verla dibujar en la arena y ella no hacía más que mirarle de soslayo y sonreír. Ambos se reían, pues entendían, sin hablar, que era un progreso dejar atrás la tristeza que enmascaraba ese pelaje.

Los días eran más cortos y las noches más frescas. Ella, sin embargo, no perdía su calidez. Daba igual que hubiese pasado toda la tarde siguiendo el borde de la playa, ella no pasaba frío ni tenía los pies o las carnes heladas. Con la mirada fija en lontananza, como si fuese una ardua tarea atraer las olas, no perdía el hilo de lo que hacía y se convertía en estatua, una que solo modificaba su posición de vez en cuando para dar un paso atrás.

Cervo la observaba mientras tomaba una infusión, fumando en el porche, tratando de desentrañar los misterios que se escondían tras esos comportamientos, acabó por incluirlos a la rutina y dándolos por sentado.

Ya no salía a faenar. ¿Para qué? Las aguas estaban turbias y el dinero no le hacía falta por

el momento. Con lo ganado por la venta de la perla podía subsistir cómodamente uno o dos años o, al menos, el plazo que su hermano quisiera darle.

Una mañana, antes del almuerzo, mientras recogía coquinas en la playa junto a la muchacha, se fijó por casualidad en la curva del camino allá a lo lejos y vio que venía un caballo. La senda hacia su casa era un desvío de la carretera principal que llevaba desde O Fonte a Pontenácar y nadie se aventuraba a pasar por allí si no quería algo de él. Aquello solo podía significar una cosa; que iban a tener visita.

Rápidamente, cogió a la muchacha de la mano y la arrastró corriendo hasta la casa. La metió en la alcoba a toda prisa y sacó de un baúl el vestido que le había comprado.

—Quédate aquí y no salgas, ¿entendido? Y si vas a salir, ponte esto. Sé que no te gusta, pero te lo tienes que poner. Nadie puede verte desnuda, ¿entiendes? No sé si lo entiendes… —La cogió por los hombros mientras ella, asustada, lo miraba sin saber a qué venía aquella urgencia. Él, desesperado, la zarandeó un tanto— ¡Nadie puede verte desnuda! Tienes que ponerte esto o no salir de la casa.

Lo último que le faltaba era que alguien pudiese ir por ahí diciendo que tenía a una loca desnuda viviendo allí. Podrían tomarla por una meiga, una pagana y acabarían teniendo graves problemas.

—¡Quédate aquí!

Le tiró el vestido a los brazos y salió.

Con el pulso acelerado, ya en el porche, esperó a oír el caballo mientras no quitaba ojo al interior de la casa.

Impaciente, fue a la parte trasera para, si fuera posible, despachar al intruso con rapidez.

—¡Vaya! Anonadado me hallo. ¿Cuánto tiempo hacía que no te adecentabas?

Cervo sonrió y le abrazó. Ya habían pasado días desde el afeitado y le había dado tiempo a olvidarse de sus antiguas fachas como para tardar un instante en comprender a qué se refería.

Se consoló pensando que si había alguien de quien le preocupaba menos que viera a la chica, ese era Coello.

—¿Cuándo llegaste? Me dijo Rapo que andabas lejos.

—Lejos estaba, sí. Supongo que ya te ha hablado del asunto.

—Más que hablar ha sido una amenaza.

Coello se echó a reír, pero su risa era distinta a la del hermano mediano, la suya era franca y con cariño.

—Con la casa, ¿no? Algo me dijo de eso.

—¿Y no te parece indignante?

—Me lo parece. No niego que sería una buena forma de hacerte salir. ¡Mírate! ¡Ya hasta te has afeitado! Pero no son formas, no. Muy típico suyo y nada decente.

Echaron a andar y ya iba Coello directo a entrar a la casa por la puerta trasera. Cervo lo desvió.

—No, ve por ahí.

—¿Y eso?

—Está trancada.

Caminaron otro trecho por el lateral, pasando por el patio y esquivando gallinas y pollos.

—¿Tú qué opinas de todo esto?

—¿Yo? —asintió Coello sin perder el buen humor— Que es una locura… y peligroso. Pero mi situación no es mucho mejor que la tuya. No ha llegado a amenazarme, pero le conozco bien; sé que no le faltarían redaños en decirme lo mismo que a ti. La forma en que me habló de ti

y de lo que quería decirte ya era muestra suficiente para que me anduviera con ojo. Y mis responsabilidades no son las mismas que las tuyas.

—Cierto.

Se sentaron en el porche, Coello en un banco, el otro en la mecedora desde donde no dejaba de dirigir la mirada a la casa y aguzar el oído por si algún sonido podía delatarle.

Nada. No había nadie.

—Abella está preocupada.

—¿Se lo has contado a tu esposa? —se extrañó Cervo.

—¿Y a quién si no? Ella sabe la situación de todo esto. Es una mujer muy letrada y me aconseja bien —suspiró—. Hay asuntos… bueno. Por el momento todo está a la espera. Debemos esperar órdenes de los ingleses y ya hemos pactado que no nos moveremos hasta la primavera.

—¿Has firmado el contrato?

—Sí. Tuve que ir a Londres con una tripulación mínima, como un delincuente, para cerrar el trato.

Coello se movió inquieto, como si el banco no fuese cómodo y se levantó. Anduvo despacio, arrastrando los pies hasta la cerca al borde del despeñadero, y se apoyó en ella melancólico. Cervo le siguió, intuyendo que las palabras que se le atragantaban no eran buenas nuevas.

—Creo que Rapo nos ha engañado —dijo Coello con seriedad.

Las palabras eran plomo que le salía de la boca, le costaba decirlas y se mantuvo callado a la espera de la reacción de su hermano.

—Claro que nos ha engañado —contestó al comprender—. Esa misión es algo muy difícil y arriesgado que nos encomienda a nosotros mientras él se queda aquí esperando resultados…

—No me refiero a eso —le cortó—. Por supuesto que la misión es mala idea, pero hay otra cosa…

—El qué.

Se frotaba las manos y se mordisqueaba los labios en un nervioso gesto que denotaba que lo que iba a decir era demasiado terrible.

—Creo que el testamento era falso.

Cervo le miró espantado. Trató de asimilarlo y no sabía si le había entendido bien.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

Coello carraspeó.

—Nunca dije nada ni me quejé. Pensé… no sé qué pensé. Pero hace poco no podía dejar de darle vueltas a un asunto… Rapo y padre lo discutían a veces, meras charlas durante las comidas en que Rapo le decía a padre que no era buena idea dejarte en herencia parte de la empresa porque no estabas en tus cabales, porque dejabas en mal lugar a la familia con esa actitud de exiliarte aquí y no tomar parte en los asuntos de la compañía. Sin embargo, padre nunca dejó de defender que por muy mala actitud que tuvieras eras su hijo y te correspondía lo que te correspondía y no admitía más discusión.

—No sé si creer eso. Padre nunca guardó tanto afecto por mí o por mi valía, eso ya lo sabes.

—Y yo creo que te ofuscaste, Cervo…

—Vamos, ahora me vienes con lo mismo que tu hermano…

—No fue por la empresa, ¡admítelo! Nunca te negó un puesto de importancia ni te echó.

Eso fue cosa tuya —Cervo trató de interrumpirle, pero no le dio tregua—, cuando volviste te dejó al mando la capitanía, un puesto más que respetable…

—¿Y la dirección? ¡Ese puesto me correspondía a mí como primogénito!

—Rapo siempre fue más sociable que tú. ¿No lo entiendes? Le dejó al cargo de la dirección porque era más hábil al tratar con socios y clientes. No fue una decisión por rencor o despecho, lo hizo porque era la opción más inteligente y de la que se podía sacar más provecho. A ti siempre se te dio bien navegar y a él la gestión.

—Y aun así fue una humillación.

—No se hizo para humillarte, sino por ser prácticos y así te lo quiso dar a entender padre, pero tú no quisiste escuchar porque ya salió a colación el asunto de tu prometida. Te hiciste mala sangre porque ella eligió a Rapo antes que a ti…

—¡Sus padres! ¿Entiendes? Sus padres accedieron a casarla con él porque iba a llevar la dirección de la empresa…

—A los Monteiro les daba igual quien se casara con ella mientras llevara el apellido de Novoa…

—¡Qué poco los conoces!

—Pero es cierto. No fueron sus padres, sino la intención de Borboleta. Fue ella quien tomó la decisión. Y por culpa de esa mujer estamos en estas. Si tú no te hubieses marchado puede que no fuese así, y si te marchaste fue porque ella eligió a Rapo antes que a ti. La empresa o el cargo que te dio padre no tuvo que ver, porque lo malinterpretaste. Padre nunca quiso que te marcharas.

—Tampoco quiso que me quedara.

—No eres razonable, Cervo. Siempre miró por ti…

—Siempre me hizo sentir como un desgraciado.

—No sé quién guardaba más rencor por lo de tu madre, si padre o tú mismo.

Cervo se volvió irascible y le encaró.

—Todos los días de mi vida, ¡todos sin faltar uno! No había momento en que no me la recordara.

—Tal vez no fue con mala intención. Ya sabes que padre no tenía mucho tacto.

—¡Ninguno!

—Pero te quería. Discutió con Rapo en más de una ocasión por ti, incluso cuando ya nos habías dado la espalda.

—Me cuesta creerlo.

—Un día —cogió aire para llenar sus pulmones de paciencia—, unos meses antes de que padre enfermara, sin querer, pero sin evitarlo, los escuché en su despacho. Discutían violentamente sobre el asunto. Sé que no debí hacerlo, pero Rapo hablaba mal de ti, no te dejaba en buen lugar… ni a mí tampoco.

Cervo se volvió de nuevo, para escrutar su rostro. Estaba dolido, afligido, pudo leer un destello de la misma sensación de traición que él había sentido hacía tanto tiempo.

—Le estaba pidiendo, no de buenas formas y con agravios, que le heredase a él la totalidad de la empresa y la fortuna. Padre se negaba.

—¿Y por qué no dijiste nada?

—¿Y admitir que había escuchado tras las puertas cual vulgar criada? ¡Jamás! Además, pensé que aquello quedaría en una anécdota y no se saldría con la suya. ¡Tuve miedo, Cervo! Y claro que estaba indignado, ¡cómo no estarlo! Pero no sabía qué más podía hacer. Cuando llegó el momento de la herencia y vi que se lo había legado todo me pareció una temeridad

contradecirlo y enfrentarme a Rapo. Tampoco tenía pruebas…

—Pudiera ser que padre hubiese cambiado de opinión. Como tú has dicho a Rapo se le da bien la gente y a fuerza de insistir…

—Pero hermano, ¿no te das cuenta? No tiene ningún sentido que padre le legara todo; las propiedades, los terrenos, las fincas, su puesto de corregidor en Pontenácar, la villa de Casa Queimada, Vila Frugal… ¡Todo!

—Es cierto que sospechaba que la herencia era injusta, sobre todo para ti, aunque a mí no me guardaba cariño ni confianza, pero eso era más que sabido…

—¡Oh, por el amor de Dios, déjalo ya!

Cervo le ignoró.

—Pero a ti habría de dejarte algo. Al menos tu casa.

—Y esa es otra, Cervo. ¿Te das cuenta de lo que implica? Si a Rapo le pasase algo, ya nada sería para nosotros ni para nuestros hijos. Y tú aún no los tienes, pero yo tengo dos, ¿qué les dejaría a ellos? No quedaría nada de la herencia de padre para ellos, salvo el apellido.

—¿Y cómo pretendes demostrar algo así?

Se movió desesperado como un animal en una jaula, de un lado a otro, buscando una salida.

—No lo sé. Creo que se confabuló con Bufo, el notario, poco antes de morir padre. Hace un tiempo supe que una de las parcelas más grandes del monte se la había vendido y nunca supe el precio. Para mí que se la regaló por las molestias.

—Si amañó el testamento, es seguro que el notario tuvo algo que ver.

—Lo que busco es la copia original.

—La quemarían.

—¡Algo habrá que se pueda hacer!

Le vio desesperado, casi al borde del llanto. Cervo se acercó y abrazó fuerte a su hermano. Trató de calmarlo con la calidez de su pecho, a aquel que había sido en verdad el único que le había hecho sentir que tenía una familia.

—Haz lo que creas conveniente —dijo cuando se separó—, indaga si lo deseas, pero por Dios y por tus hijos procura que Rapo no te descubra. Si, como dices, ha sido capaz de tal villanía, no dudará en hacerte mal. Podrías perder lo poco que te ha dejado.

No soltaba las lágrimas porque era un caballero, pero sus ojos, rojos de rabia y húmedos, eran el fiel reflejo de la aflicción por el engaño.

—No entiendo cómo mi hermano querido ha podido hacerme algo así.

—¿Pues ahora serás capaz de comprenderme un poco?

—Un poco. Solo un poco.

Retrocedió un par de pasos, cabeceando, y apoyó todo su peso en la cerca. Si no fuera porque era de madera robusta, hundida medio metro en la tierra, Cervo no le habría dejado hacerlo a riesgo de que se despeñara cortante abajo.

—¿Quién es? —murmuró Coello.

Cervo, perdido en sus pensamientos, le miró, y los ojos de su hermano, muy abiertos, no se dirigían a él, sino más allá, hacia la casa.

Antes incluso de volverse ya se temía lo que se iba a encontrar y apretó el gesto con fuerza deseando que se lo tragase la tierra.

Pero ahí estaba, y no lo podía creer, asomada al quicio de la puerta y con el vestido puesto. Le quedaba grande y no lo llevaba atado, lo que le restaba elegancia a la prenda, aunque no se podía quejar si con eso al menos tapaba las vergüenzas.

Llevaba el pelo negro, que ahora le llegaba por la cintura, echado a un lado de tal forma que se le veía el largo cuello entre los rizos. Sus ojos azules, iluminados por el sol de medio día, le lanzaban rayos de reproche a Cervo, obviamente humillada por tener que llevar ropa. No estaba contenta y el gesto lo decía todo.

—Es…

Calló, avergonzado por no haberle puesto nombre aún, pues era una tarea que había dejado demasiado tiempo a la providencia por esperar que ella misma fuese la que se lo dijera.

—Un placer conocerla —dijo Coello embelesado.

Ella no respondió. Apenas si le miró. Toda su atención se centraba en Cervo, en transferirle sin temor al equívoco su más enconado disgusto.

Bajó los peldaños del porche y se fue camino de la playa.

Cervo, sin querer, se echó a reír y se frotó la cara.

—Criatura…

—¿Por eso te has afeitado? ¡Serás zorro! —le zarandeó y hasta le dio un golpe en el brazo.

—¡Ay! Me cortó ella las barbas si tanto te importa, en realidad yo no quería.

—¿Quién es?

El interés de su hermano era genuino, los ojos brillantes los paseaba de él a la chica que ahora se acercaba a la orilla y se agachaba a escudriñar la arena.

—No lo sé.

—¡Que no lo sabes!

—Es una larga historia, que tampoco tiene sentido. Apareció un día en la playa… y ahora vive aquí.

—¿Apareció sin más?

—Sin más.

—¡Esto es indignante! ¡Las muchachas así no caen del cielo!

«Al parecer nacen del agua» pensó.

—Pues esta sí —dijo con nerviosismo.

—Es muy hermosa. ¿De dónde viene?

—Ya te lo he dicho, no lo sé. Es muda…

—¿Muda?

—Sí, y tampoco es de talante fácil. Hace lo que le viene en gana.

Coello se le arrimó con cara de picardía.

—Y has… ya sabes, ¿intimado con ella?

—¿Por quién me tomas? ¡Es solo una cría!

—Yo la veo bien crecida. Podría ser madre ya.

—No estoy tan loco.

—Procura pasar antes por la vicaría. Solo te faltaba otro escándalo, como embarazar fuera del matrimonio a una muda misteriosa, para acabar de arruinar tu reputación.

—Gracias por tu sabio consejo, hermano —dijo con sarcasmo—, lo tendré muy en cuenta.

Despidió a Coello tratando de quitarle hierro a lo de la chica y desviando la atención hacia el asunto de la herencia. Le pidió encarecidamente que tuviera cuidado, que no hiciera necedades que pudieran delatarlo y que si no lo veía claro lo dejase estar. Sin embargo, entendía muy bien las implicaciones y la desesperación de su hermano que, si Rapo quería, podía dejarle en la más absoluta miseria.

Cuando le vio alejarse por el camino, él siguió dándole vueltas al asunto hasta que llegó al porche. Al verla en la playa, vestida, distante, decidió dejar para más tarde la cuestión de cocinar el almuerzo y se acercó a ella.

El viento era fuerte y se notaba mucho más estando abajo, en la rompiente, que arriba en la colina. Pequeñas gotas saladas le salpicaban en el rostro al ser ventiladas por la brisa, y el ruido de las olas, conjugado con el de las corrientes de aire, era atronador.

Se le vapuleaba el vestido y le envolvía las piernas, haciendo que la finalidad de recato solo se cumpliese a medias. El pelo, desperdigado, flotaba enmarcando su cara de indignación y su morro torcido.

—Estás muy hermosa —le gritó entre el alboroto—. Te sienta bien.

Ella le miró y luego dirigió la vista hacia la casa, a la colina, al camino.

—No te preocupes, ya se ha ido. Gracias por… ¿qué haces? ¡Cuidado, lo vas a romper!

Trataba de quitarse la prenda por los pies y, al no poder, tiraba de él intentando arrancárselo.

—¡Espera, espera!

Por la furia que se gastaba la muchacha se llevó dos tortazos tirados al aire, y forcejearon en un amasijo de lino y encaje hasta que la chica se desenfundó aquello.

Cuando se zafó de la tela se la tiró a Cervo a la cara y le pegó un berrido que se oía por encima del bramido de las olas. Un alarido animal cargado de ira.

Él, sin saber por qué, se echó a reír. Tal vez el verla tan ofuscada por algo tan nimio, o quizá porque le ponían nervioso sus cambios de humor, el caso era que no podía evitar reír cada vez más a menudo cuando ella se ponía de mal talante.

—¡Pero qué rabuda! ¡Contrólate niña!

Ella cogió arena y él, viendo sus intenciones, salió corriendo, librándose por muy poco de recibir un terronazo en la espalda.

No podía dejar de reír, trotando con el vestido en los brazos, mientras ella, loca de cólera, lo perseguía gritando y tirándole puñados de tierra.

Al final ella se detuvo, quizá porque no lo alcanzaba, lo miró retadora, elevó la barbilla y la nariz apuntando al cielo con dignidad y dio media vuelta para marcharse. Pero Cervo había visto una leve sonrisa contenida en la comisura de sus labios, algo que se había colado en su altanería de diosa y que sin querer había revelado que aquel juego le era divertido.

Entonces llegó su turno y echó a correr tras ella. Y ella huyó.

Se le escapaba rodeando las rocas y corriendo en zigzag, pero al final, como un perro a su presa, logró cogerla y rodaron riendo por el suelo. Él encima, ella debajo, se miraban sin aliento, sin poder respirar, sin poder parar de sonreír, mientras él la aprisionaba sujetándole las muñecas contra el pecho. Era lo más cerca que había estado de ella jamás.

Notando que su cuerpo empezaba a reaccionar a la cercanía, trató de recomponerse.

—Te quedaba bien el vestido… pero siento que hayas tenido que ponértelo si te disgustaba. Toma, haz lo que quieras con él.

Se levantó aprisa, percatándose de que era urgente separarse de ella, y cuando la vio en la arena, tumbada, se le antojó más pequeña que un momento antes, cuando estaban más cerca y ocupaba todo su mundo.

La chica se apoyó sobre los codos, la frente echada hacia delante y una ceja enarcada. Aquella mirada era de todo menos casta, y se la mantuvo. Los ojos de ella en los suyos, retando a algo que no quería ni esbozar en sus pensamientos.

Podía hacerlo ¿verdad?, ¿qué se lo impedía? Podía dejarse llevar por esa mirada y

tumbarse sobre ella de nuevo, quizá incitarla a correr un poco más para acabar de la misma forma.

«Si me atrapas te dejo que me hagas lo que quieras» pensó en decirle.

Pero no lo hizo. Él era un hombre decente y ella, aunque ya resabiada, era solo una cría.

Cabeceó con una sonrisa ya sin vida en los labios y empezó a girarse.

—Tengo hambre, ¿tú no? Iré a hacer la comida.

La dejó ahí tirada, aunque ella, con expresión maternal, le daba a entender que sentía lástima por él.

IX

Había intentado ya varias veces enseñarle a comer con cubiertos. Le mostró las herramientas y la forma de cogerlas con firmeza, aplicarlas sobre los alimentos; cuchara para los líquidos, tenedor para los sólidos, cuchillo para despiezar, pan para mojar… Lo de mojar con pan sí que lo comprendió enseguida y pareció encontrarle el gusto. Lo demás habían sido lecciones inútiles que por más que le indicaba, y él ya sabía que le entendía, hacía oídos sordos y seguía a su libre albedrío, cogiendo la carne con las manos, aunque estuviera bañada en salsa o flotando en un guiso. Le daba igual.

Más aún, era capaz de comer cualquier cosa cruda que se le pasase por delante y, si tenía hambre, no hacía ascos a nada, a lo que fuera, bien res, crustáceos, verduras o peces.

Del pescado se clavó varias espinas en la boca, tan lastimada aún por el asunto de las perlas, y fue un dolor, tanto para ella al sufrirlo como para él al tener que contemplar y extraer semejante burrada. Y eso que comer pescado se le daba mejor, pues, salvo algún mordisco violento cuando le embargaba la gula, solía observarlo en el plato y apartar con los dedos la carne magra, quitando las espinas, para después devorarlo con pasión.

Y es que era así; toda la comida la devoraba con pasión. Ya fueran moluscos, un pedazo de filete o melocotones, cual fruta del Edén; lo agarraba con las manos, lo miraba y lo paladeaba sin quitarle el ojo de encima, como si observarlo le añadiese aún más gozo que si solo lo paladease.

Verla comer almejas era un espectáculo extraño, sofritas con ajos y perejil, jugosas, descansaban sobre el plato y las cogía, ansiosa, después las inclinaba dejando que el líquido le resbalase por la boca y hasta la barbilla. Apretaba los labios contra la concha y se le engrosaban, rosados y tiernos, al succionarla mientras el bivalvo entraba sin remedio, proyectado hacia ella, abandonándose a la suerte de ser masticado y engullido por aquella garganta grácil, armónica, que se dilataba al tragar mientras ya buscaba otra víctima en el plato, otra que era seleccionada para el sacrificio, pasaba a formar parte de la orquesta que tocaba aquella sinfonía acuosa; succión, chuperreteo, las mandíbulas chasqueando ruidosas y con la boca abierta, y mientras, el bolo se pasaba de la lengua a los dientes, de ahí a los carrillos y después a lo profundo. Y todo volvía a empezar.

Sugerente y dañina, a Cervo se le repetía la imagen húmeda y voluptuosa de verla disfrutar comiendo, y le acosaba una vez y otra aquella tarde, mientras llevaba las conchas en un cubo y las tiraba de vuelta a las aguas, pensando que así era el ciclo natural de todo; ella gozaba de algo para dejarlo después desnudo, una carcasa vacía y sin alma.

Nunca había estado tan al borde del abismo como se encontraba ahora.

Borboleta había sido su primera amante; una púdica y con normas que les permitían yacer desnudos pero sin encajarse, sin forzar el virgo para preservar su pureza hasta el casamiento. De lo poco que le sirvió…

Y él… bueno, llevaba años arrastrando una carga, pensando que tal vez la Providencia y su justo castigo habían sido los que le apartaron de la que una vez pensó habría de ser el amor de su vida. Más allá de la culpa de ella, de su padre o de Rapo, se elevaba por encima del rencor hacia ellos la falta infringida por él mismo, y que solo la sabía el Altísimo.

Había obrado mal, ebrio o no, así era. Se había dejado llevar por el calor tropical, las noches perfumadas y azucaradas con ron y miel de Puerto Rico, la música palpitante, la piel negra, la verborrea dulzona, y el abrazo reconfortante de dos piernas extrañas.

No pensó en las consecuencias ni en si era propicio, y lo cierto es que había sido una suerte el estar tan lejos de casa, sin nadie de la tripulación que pudiera delatarle y con una desconocida que no tendría motivos para reclamar más atenciones que las concedidas. Se entregó a la melosidad seductora como caña de azúcar que aquella muchacha tan hermosa le ofreció de buena gana. Ni siquiera pensó en si debía o no. Era otro mundo, otro Cervo, otra vida.

Y al amanecer de la resaca, la virginidad consumida y con remordimientos de conciencia, se consoló diciendo que otros muchos lo hacían y que de allí no saldría su falta.

Borboleta estaba muy lejos, en tiempo y en espacio, como un sueño que al despertar se hubiese esfumado entre los vapores del desayuno. Tal fue su displicencia al considerarlo, que a la noche siguiente volvió a buscar aquella piel canela. Tres noches en total, y luego tuvo que partir al Misisipi y nunca más volver.

Hacía balance de sus amantes; Borboleta primero, la mulata después y tras ellas, en su época de penumbras, su cuerpo vagó de una ramera a otra, y su alma de un demonio a otro… y, en total, no diría que alguna le hubiese llevado tanto al límite de la concupiscencia como aquella muchacha insolente que le paseaba su desnudez ante los morros día sí, día también. Que ya solo con su comportamiento, gestos y manías, provocaba en él reacciones tan arrebatadas que la sangre se le agolpaba en la piel produciéndole sudores.

Algo puro dentro de él le llamaba a la decencia, una luz divina y piadosa que le decía que esa chica no andaba en sus cabales, era joven e ingenua, y que debía protegerla, no consumirla. Y seguía esa senda a duras penas, con los demonios de las excusas instigándolo a cada paso; que no parecía humana, que no era tan joven, que no estaba tan loca como para no saber lo que hacía…

Ganas de empujarla contra la cama, el suelo o la mesa, forzarla si hacía falta, pelear, abandonarse a lo que consintiera si es que consentía y si no también. En ocasiones su mente se volvía roja, mientras notaba el palpitar de su falo hambriento, y debía alejarse, refrescarse y respirar aire puro, como si unos vapores de lujuria la envolvieran y a él se le colasen adentro con cada bocanada que tomaba en su presencia.

Tras días así empezaba a estar agotado de lucharse. Triste y distante, procuraba no mirarla, no pensar demasiado, no estar en la casa.

Si ella lo notó, su único gesto fue pasarle una mano suave por el lomo, como si acariciase a un perro herido. Ella lo sabía, estaba seguro.

¿Borboleta? ¡Borboleta no era para él ni la mitad de mujer que aquella cría! Había quedado tan aguada en su mente, guardada en un rincón tan oscuro que si alguien le hubiese preguntado su nombre al pronunciarlo ya no tendría sentido… ¿Borboleta? ¿Borlobeta?

Tampoco tenía un nombre para exorcizar sus desgracias. Si al menos hubiese accedido a darle algo, una seña, una indicación, permiso para ponerle uno él mismo.

—¿Y si te pongo yo uno? Podríamos elegir uno bonito, que te guste…

Nada.

Se daba media vuelta, y como respuesta veía alejarse su blanco trasero apenas tocado por el sol, pues su piel no se bronceaba, inmaculada y tersa.

Y lo peor era que a él tampoco le nacía. Una magia extraña; podía mirar a cualquiera que no conociese e inventarle un nombre, Yago, Miguel o Carme o Sabela… pero a ella le era imposible. Como si fuese tan sacra que inventarle algo falso sería una blasfemia.

¿Enamorado? No estaba seguro. Si el amor eran impulsos desordenados y erráticos por el deseo de poseer a alguien, en el más amplio sentido de la palabra posesión, tanto carnalmente como meterla en una jaula y no compartirla jamás con nada ni con nadie, entonces estaba seguro de amarla.

Pero él sabía que amar no era eso, y, tal vez, sí que lo hiciera después de todo, si pese a que su naturaleza humana, su mediocridad, le inspiraba tal aberración de sentimientos, a pesar de ellos la dejaba pastar a sus anchas y hacer lo que le daba la gana sin gritarle «¡tú eres mía!».

Algo de amor habría en ese libre albedrío que le daba.

Llevaba varias noches cediendo ante el rito de Onán bajo las sábanas. Dándose placer a sí mismo, que era lo único que se permitía; ensoñaciones donde se imaginaba junto a ella tirada en la playa, acariciándola, recorriendo con las manos sus recovecos, sus vellos, sus estrecheces.

Esperaba a que la chica se hubiese ido a dormir a la habitación y que la casa estuviera en silencio, salvo por el viento, que soplaba entre los postigos echados y ondeaba las cortinas.

Atento, sin hacer ruido, miraba las formas cimbreantes del fuego en el hogar, mientras introducía la mano entre las cobijas y empezaba aquel ritual de suspiros reprimidos.

Ya no tenía miedo de cometer un pecado, tal y como le enseñaron en el colegio, pues estaba con ello evitando cometer otro mayor. Se liberaba sin ningún remordimiento con la intención de hacer más soportables sus días y conciliar el sueño por las noches.

En ello estaba una madrugada cuando oyó un ruido en la habitación y, rápidamente, sacó la mano dejándola pasiva sobre la almohada, el arma del crimen, y haciéndose el dormido esperó a ver qué ocurría.

La chica salió del dormitorio y cruzó a hurtadillas la sala para salir por la puerta, probablemente en busca de la letrina. No había forma de hacerla usar el orinal y en ocasiones pasaban estas cosas, aventándole en mitad de la noche con el frío del exterior.

Volvió al rato, acompañada de una ráfaga, y cerró despacio con respeto al que creía dormido, aunque tardó menos de un instante en darse cuenta de que no lo estaba. Le miró, y Cervo se percató de que se había quedado tan abstraído mirando el fuego, pensando en sus cosas, que olvidó seguir fingiendo.

Ella aprovechó la coyuntura para sentarse a su lado, en el borde del colchón y estirar los pies para secarlos en el hogar.

Al parecer llovía, y tan ocupado había estado con lo suyo que no lo había oído. La chica tenía el pelo y la espalda llena de perlitas de agua, unas más grandes, otras, diminutos cristales que refulgían a la luz anaranjada de la lumbre.

Él, por impulso, estiró el dedo y empezó a unir una gota tras otra sobre su espalda, dibujando constelaciones, a contrapelo del vello dorado y finísimo, donde se amontonaban y se precipitaban sin remedio. La muchacha, que debió agradarle la caricia, se retiró el pelo y le descubrió todo el lienzo para pintar. Cervo se acomodó sobre un codo y continuó tocando, siguiendo el rosario de su columna, la curva alar de sus omóplatos y los abuelillos de su nuca. No lo pensó, y viendo una gota lo bastante grande, se arrimó y la absorbió con los labios.

Ella soltó una risita, tan baja que era impropia en su costumbre. Él reaccionó con media sonrisa y repitió el proceso con otra gota, luego otra más y otra. Al poco se dio cuenta de que había tantas que, tras retirar un mechón rebelde, con la punta de la lengua empezó a quitarlas, primero aquellas que estaban más cerca, luego, irguiéndose un poco para alcanzar las más altas.

El roce de la lengua provocaba en ella risas suaves, cosquillas y veía con toda nitidez cómo se le erizaba la piel a su paso.

La chica se giró un tanto y él volvió a acodarse, mirándola. Entonces ella señaló unas

gotas que tenía en el brazo y Cervo se inclinó a beber igual que antes y ahora saboreaba, además del agua, el aroma de su piel salada, perfume exótico, infusionado de algas, que le entraba por la nariz y le llegaba a lo más hondo, a los pulmones y de ahí a todos los recodos de su ser. No supo en qué momento ella se giró un tanto más y sus labios rozaron el pezón, visto de cerca, como un monumento altivo, sacó la lengua y lo recorrió, poro a poro, mientras este poco a poco iba encogiéndose, tensándose, volviéndose una cereza jugosa. Lo succionó despacio, con cuidado como si pudiese asustarse. La respiración de ella era intensa, pudo notarlo más cuando se giró del todo para ofrecerle el otro pecho. Repitió la operación, solo que ahora, ella ante él, con el vellón de entre sus piernas bajo su nariz, podía oler la lubricidad de su sexo, un almizcle afrodisíaco y condensado que le recordaba los días recientes en que había perdido la cordura.

«Pero ahora da igual. Estoy aquí, en estas, y ya no es querer y no tener, ahora deseo y tengo.»

Sin que se diera cuenta, ella metió la mano entre las mantas, bajo su camisola, y empezó a acariciar su miembro, congestionado y tenso, y le arrancó un jadeo. Esa mano, que parecía tímida al principio, recorría el tallo endurecido cada vez con más pericia, suave y delicadamente, regodeándose en la jugosa parte de la punta.

Entonces ella se apartó.

Por un momento, pensando que la había asustado, él trató de recuperar la compostura, ser decente, cerró los ojos y se concentró en no pensar en nada.

«Es verdad, esto está mal». Estuvo a punto de decir.

Pero ella apartó las mantas y se sentó rápidamente sobre él.

—¿Cómo? ¿Qué…?

Ella con una mano le empujó el pecho hasta tumbarlo del todo, se alzó un tanto y con la mano libre le levantó el pene, flechándolo en su entrada y empezó a bajar. Él jadeó por la presión que sentía, aquella húmeda cavidad tan estrecha que se abría a su paso.

La muchacha no era doncella, ahora ya lo sabía. Eso o se habría roto el virgo con cualquier cosa. Pero tal y como comenzó a moverse empezó a dudar de la segunda posibilidad.

Se encajó por completo y ella soltó un resuello que le salió del pecho y del alma, y empezó un vaivén, adelante y atrás, como el ritmo de las olas, suave y cadencioso.

Él llegó al clímax sin poder parar de gemir, tan azorado como estaba, apenas tardó en dejarse ir, y, sin embargo, ella no paró. No quiso decirle que había terminado, pues ni quería importunarla ni le sobraba el aliento. Habría preferido morir antes que impedirle que siguiera. Sentía un placer exquisito incluso después del orgasmo, tanto que una lágrima se le escapó y entre suspiros se descubrió pidiéndole más.

Ella, al fin, arqueó la espalda y un grito gutural inundó el aire viciado. La humedad impregnaba su piel que brillaba a la luz del fuego, tanto, que no estaba claro si este se hallaba en la chimenea o dentro de ella. Se reflejaba la lumbre sobre sus pechos, su vientre, su cara contraída en un rictus de éxtasis divino.

Se había impregnado Cervo de ella, pues todo su cuerpo estaba empapado, su camisola se le adhería a la piel y el pelo le goteaba.

Pasado el momento de recomponerse, ella le miró por fin, con satisfacción, regodeándose, sabiéndose vencedora de aquella guerra que había ganado con facilidad, en la que solo había participado metiendo en la cabeza de Cervo el germen del deseo.

Ella le acarició la cara un momento, compasiva, para después levantarse, sacándolo de su interior en el proceso, y abandonándolo ahí, a su suerte, a la deriva entre olas de dudas, y hasta mañana, cerró la puerta tras de sí.

X

Se movía nervioso y con el sueño aún en los ojos tras no haber podido dormir más de un par de horas. Temprano, cuando ya no aguantaba más en el catre solitario, recogió todo y salió a quitarle los huevos a las gallinas para poder hacer el desayuno; unos huevos revueltos y algo de panceta, pan y leche.

Se movía entre el hornillo y las mesas como si tuviera prisa… cuando lo que de verdad ansiaba era salir corriendo.

No quería verla, o sí. O no. O tal vez ella tampoco querría verle, en cuyo caso él tampoco querría, porque ¿a quién le apetece estar donde incomoda a los demás? O puede que no fuesen así las cosas, y se acercaría melosa y lo abrazaría enamorada… Así que los nervios deberían recomponerse rápido en su cabeza, o al menos disimular, dejar de parecer abrumado y frágil y hacerle ver que no pasaba nada.

Su corazón se desbocó cuando oyó ruidos en la habitación y la madera de la puerta crujió al abrirse.

Apenas se atrevía a levantar la vista de los huevos que poco a poco se cuajaban, al capricho de la normalidad, de lo que viene siendo aplicarles calor y volverse sólidos, como cada día, como todos los huevos del mundo reaccionaban a la lumbre y la grasa de panceta. Mal paridos los huevos que no alteraban lo más mínimo su naturaleza mientras él quería que se lo tragase la tierra.

Ella estiró la mano y cogió un trozo del revuelto para metérselo en la boca y masticar haciendo ruido.

—Espera a que los ponga en el plato.

Lo dijo como siempre, con su parquedad acostumbrada, no alteró el tono. Y ella, como siempre, cogió un trozo de pan y otro de panceta tostada y se sentó a la mesa a comer sin esperarle, sin hacer ningún tipo de gala de buena educación o protocolo.

No se atrevía a mirarla. Tras repartir los huevos en dos platos, se sentó frente a ella y comió escarbando con el tenedor, pues ahí, en algún rincón, debajo de un pedazo poco cuajado, estaba seguro de que podría llegar a encontrar la respuesta a su existencia.

De pronto ella soltó una risita. No estridente como siempre, ni tampoco sensual como la noche anterior, era otra cosa, cantarina y burlona, un espectro extraño que se había colado en el silencio entre los dos.

Levantó la vista y la encontró reclinada en la silla, con una sonrisa de suficiencia en la comisura y comiendo a pequeños pellizcos un pedazo de pan.

Aquello era peor que si demostrase odio o amor. Al menos cualquiera de esos dos sentimientos podrían darle algo de paz al barullo de conjeturas que le azotaban la mente a cada segundo. Sin embargo, con lo que le castigaba era con soberbia, la misma con la que lo había abandonado en el catre la noche pasada.

Idiota había sido él por esperar algo distinto de alguien tan asalvajado.

Apretó los dientes y los labios y se contuvo en decirle algo, pues lo que saldría de su boca sería grosero y degradante, y ni a él lo dejaría en buen lugar, ni a ella la inmutaría.

La chica se llevó un puñado de revuelto a la boca sin quitarle los ojos de encima,

metiéndose dos dedos en el proceso y chupándolos. Retadora e impertinente, no flojeaba esa sonrisilla altanera.

Tenía la cara brillante por la grasa, aceite del tocino que no había entrado limpiamente en la boca, sino que fue devorado tal y como había hecho con el alma del pobre Cervo; el airado, el seducido. Se enjugó hoscamente con el brazo, se levantó, de forma que ya no hubiese nada más que añadir a esa conversación muda, y salió de la casa, dejándolo con su miseria.

Cervo pasó la mañana con sus tareas, oscilando entre la indignación y la concupiscencia, pues seguía deseándola y ese fuego no podía apagarse ni con la peor de las afrentas. Solo que ahora además quería imponerse, doblegar a esa altiva que creía tenerle atado a una soga de esclavitud de enamorado que podía usar cuando quisiera.

Tras terminar sus quehaceres se preparó un café y una pipa y salió a ver dónde andaba. La encontró allá, acomodada entre la brisa fría, recogiendo cosas del suelo, tal vez moluscos, quién podía saberlo. El cielo estaba sellado con nubes tormentosas y una especie de neblina hacía que la luz fuese lechosa.

Cuando fue a sentarse a la mecedora, para su sorpresa, encontró una concha de abulón, una oreja de nácar, reluctante y suave. Era evidente que no había llegado sola hasta allí. Como un obsequio o más como una ofrenda de paz, ella era así, igual que aquella concha: hosca de un lado, brillante del otro.

Se le suavizó el ceño al pensarlo, al darse cuenta de que la muchacha se había bajado de su pedestal para darle una tregua a su maltratado ego.

Sentado en la mecedora, comenzó a divagar mientras le daba vueltas entre los dedos a aquel molusco nacarado, sintiendo que las horas de vigilia empezaban a pesarle en los párpados. Vadeando su mente entre el sueño y el encuentro de la noche pasada, de pronto se imaginó caminando hacia la playa, casi con prisa, sin aliento, el viento frío azotándole la cara mientras caminaba directo a ella. La chica, sorprendida, le miraría extrañada un instante, justo antes de cogerla en un tres por dos y abrazarla con fuerza, mientras que ella trataría de apartarse, riendo como si jugaran. Al final, bruscamente, la tendería en la arena, forcejeando, haciéndole la zancadilla, le abriría las piernas con violencia y le encajaría la verga dentro mientras que el barro y la arenilla empezarían a cubrirlos, extendiendo la lubricidad de entre los dos por encima de sus cuerpos.

Se despertó del sueño vívido cuando llegó al orgasmo, con la nariz en el cuello de ella, oliendo la sal en su piel, embarrados, jadeando como un animal herido, desubicado por haberse lanzado a aquello en un *impasse* de su consciencia sin de verdad habérselo propuesto.

Hasta ese punto llegaba el hechizo, que era capaz de actuar en contra de su propia voluntad.

Se retiró, agotado, y se arrodilló para contemplarla.

Ella intentó tirar de él, de su camisa y de su pene que asomaba todavía erecto, para que volviera a cubrirla.

—No, ya he terminado.

Algo le pasaba que protestaba y gemía, llamándole, extendiendo los blancos dedos como anémonas que buscasen la fertilidad de su carne.

Él se colocó a gatas sobre ella, guardando las distancias y observando, divirtiéndose al contemplar cómo agonizaba de deseo.

—¿Qué quieres? Ya he terminado. No puedo hacer más —dijo con una sonrisa burlona.

Ella sacó la lengua, y se chupó un dedo que dirigió a su pubis, lujuriosa.

—Eres un demonio.

Volvió a sacar la lengua y a lamer el aire, se la señaló con un dedo, e hizo el mismo gesto de llevarse los dedos entre las piernas.

—¿Quieres que yo…? ¿Qué dices? —se escandalizó. Rio aún más— ¿Quieres que chupe ahí?

La chica nunca decía ni que sí ni que no a nada y aquella no fue una excepción. Siguió lamiendo al cielo, como una clara pretensión de lo que quería.

«¿Por qué no?», se dijo, «iré al infierno de todas formas».

Se colocó entre sus piernas y tanteó aquel secreto con delicadeza. No era el primero que veía, por curiosidad, pero no tan de cerca como para arrimar el hocico ahí, pues bien sabido era que los humores de una hembra podían apestar en esa zona.

Sin embargo, se le antojó suave, húmedo y fragante. Retiró los pelos como quien se adentra en un arbusto y pudo ver el rosado tesoro, húmedo e hinchado, parecido a más no poder a la carne del mejillón, con sus labios abiertos y una pequeña protuberancia jugosa coronándolos, vibrante y ungida del líquido salado. Besó ahí, en aquel botón, y ella tembló y se arqueó soltando un suspiro tremendo que le animó a seguir explorando con los labios, tímidamente al principio, luego con la lengua. Primero un beso aquí y allá, y luego descubrió que aquello era sabroso, lamió un lado y probó a ver si era tan delicioso en otro. Pronto empezó a paladear aquella ambrosía con ganas, deleitándose como quien ha encontrado un nuevo manjar nunca visto y siempre soñado.

La chica se retorcía y gritaba de placer, pero él la ignoraba, disfrutando del festín de sensaciones: el sabor, la tierra húmeda bajo su cuerpo, el aire azotándole la camisa, la piel suave de los muslos que agarraba con firmeza con ambas manos por si se quería escapar… Y llegado cierto punto lo intentó; ella trató de zafarse, riendo, pero desesperada, mientras él succionaba y bebía de una fuente de líquido salado que le empapaba la cara.

En un descuido la chica se le escurrió de entre las manos y salió corriendo, riendo por la ensenada, mirando atrás con las mejillas arreboladas y el pelo ondeando al capricho de los vientos.

Él se quedó dormido tal cual estaba. Lo último que vio fue a ella, alejándose, y no lo supo entonces, pero aquella imagen le acompañaría toda la vida en su memoria como un preciado retrato.

Bocabajo en la arena mojada, solo despertó cuando el frío, con sus dedos espectrales, le sacaron del sopor. Las olas ya le lamían los pies y el sol, que ahora brillaba un tanto más, allá en el horizonte, le deslumbraba y al mismo tiempo le revelaba la playa solitaria.

No vio a la chica por ninguna parte. Empapado, helado, tras mirar a un lado y a otro, finalmente entró en la casa y la encontró comiendo a grandes bocados un mendrugo de pan de centeno.

La besó, incluso con pan húmedo en la boca, tenía que besarla porque había decidido que la amaba.

Como quien recopila secretos, pasó los siguientes días buscando más justificación a sus sentimientos; observándola con detalle cada ángulo de su cara, cada gesto, la siguió en sus juegos, la ayudó en sus quehaceres. Ella le enseñó a amar los habitantes de las aguas; le mostró alevines saliendo de huevos, crías de gambas, de pulpos… lo llevó a lugares insospechados de donde sacaba moluscos que jamás habría adivinado que se criasen ahí.

Una tarde entera pasó a su lado frente al oleaje, al subir de la marea. Transcurrían los minutos y cuando las olas les lamían los pies, ella le daba ejemplo de que debía retroceder un paso. La luz dorada del poniente bañaba sus pieles, y, en la mirada de ella, él podía discernir la

felicidad que sentía de tenerle a su lado. La presión suave de sus manos entrelazadas expresaba la gratitud de saberse acompañada en aquella tarea solitaria.

Él no le encontraba sentido, más se le antojaba importante. Pareciera como si la obligación de ella, autoimpuesta, fuese algo crucial, si no para las aguas, sí para ella misma. Cervo trataba de imitarla, cerraba los ojos y esperaba; oía sonidos, notaba la tierra, sentía el azul y en cierta forma la vida entera le atravesaba. Ambos, quietos como dos rocas gemelas que aguantaran los envites de las olas, estaban a la merced del universo.

Pero él no podía soportarlo. Debía reconocer el talento y el estoicismo de ella para mantenerse horas sin inmutarse desnuda padeciendo frío. Él no podía. Siempre se retiraba antes y la esperaba haciéndole la cena.

La casa, por lo general, tenía intervalos de paz. En los rincones; en los claros y en las sombras, se respiraba una quietud que, hasta las motas de polvo, atravesando los rayos solares que entraban por la ventana, parecía que caían más pausadas. Emanaba el silencio de los tablones del suelo, de los recodos de los muebles, hasta que de improviso, todo empezaba con un ruido, tal vez un susurro, luego un roce de las sábanas, el chasquido húmedo de un par de besos… Poco a poco se sucedían los suspiros, le seguía un gemido delicado, el chirrido de las maderas de la cama… Empezaba a subir el tono, y se integraban otros añadidos a la orquesta: gruñidos, jadeos, golpes violentos del cabecero de la cama, gritos de placer en un *crescendo* animal que terminaba en suspiros y silencio. Volvía la paz otro rato y luego empezaba de nuevo.

XI

—¡Non será unha meiga nin unha moura!

—Estás loca —dijo rebajándole importancia con una risotada—. ¿Crees que tendría yo a una meiga en mi casa?

La mujer lo miró de soslayo, un repaso de arriba abajo, se giró incluso para hacerlo, para manifestar que desconfiaba más de las palabras que de lo que sus propios ojos veían.

—No sé; estás muy raro. Menos raro que de costumbre, entiéndeme. Y eso en ti es raro. ¡Es bueno! Eso es verdad. Pero no tan bueno si lo que tienes en casa te acaba robando el espíritu.

—Déjate de monsergas, Libeliña, que ambos sabemos que tú pones más velas a los espíritus que a la Virgen.

La mujer, rechoncha y ya entrada con cansancio en la cuarentena, se removió incómoda.

—¡Ah, ah, tú ríete todo lo que quieras! Pero hazme el favor de ser más astuto y no quitarle ojo…

—Qué sí… —contestó él con pesadez.

—Reparte sal por las esquinas y quema un poco de romero en la casa por si acaso.

—Lo que quiero es tu discreción. Tendría problemas… ya me entiendes. Si tú piensas estas cosas, qué no pensarán el resto.

No es que Libeliña fuese muy popular en la comunidad de O Fonte, pero al ser la panadera local, mal que bien trataba con la mayoría del pueblo casi a diario. El hecho de que no se hubiese vuelto a casar tras la fatal muerte de su marido y de que además viviese con su amiga de la infancia bajo el mismo techo, daba lugar a habladurías y la mayoría ingratas. Cervo estaba seguro de que si su negocio seguía en pie era por no tener competencia, no porque los habitantes del pueblo le tuvieran cariño. En este sentido era una suerte para él.

—¿Por quién me tomas, Cerviño? Tengo un rapaz de quince años y otro de veinte. Capaces de acercarse a tu playa, ellos y todos, sabiendo que tienes una zagala paseando en cueros —ella negó efusivamente—. No. Gracias, pero no. Ni quiero que vayan al infierno seducidos por una moura, ni por deshonrar a una muchacha.

A Cervo se le erizaron de pronto los pelos del cogote, aunque ella no le dijese nada que no supiese ya.

Sabía de buena tinta que Libeliña le traía a la playa el excedente de pan de vez en cuando a cambio de pescado. Ya hacía tiempo que no aparecía y se había olvidado por completo del asunto hasta que la vio, no viniendo, sino marchándose discretamente sin haber parado por la casa. Fue una tarde, junto a la orilla, mientras se obnubilaba en contemplar a la chica cómo oteaba el horizonte, sus cabellos volados por el viento como un gallardete y su piel expuesta al frío y las inclemencias sin ceder ni un ápice.

Al mirar por encima del hombro, más por recordar el mundo que le rodeaba que por las ganas de quitarle la vista de encima, fue cuando vio a la panadera a lo lejos.

No se asustó. De una forma que no podía concretar había perdido el miedo a los desarreglos de la vida, a las incertidumbres. Solo se dijo que debía hablar con ella para ver cuánto sabía y si le podía dar problemas.

Era discreta, o todo lo discreta que se podía esperar de una panadera astuta un tanto

denostada.

—Bien lo sabes tú, que si otro hubiese sido quien viera a la chica de esa guisa, a estas alturas ya lo sabrían incluso en Uviéu.

—Lo sé…

—Y te digo más; no faltan forzadores, conocidos o por conocer, que asaltarían tu granja de saber que tienes una rapaza joven que dejas sola de vez en cuando.

El agobio y aquel hablar fatídico empezaron a hacer meya en el talante de Cervo.

—¡Ay, Libeliña, déjalo ya, que me estás dando dolor de tripas!

—¡Mejor para ti! A ver si de esa forma te cuidas. ¿No has pensado en volver a Pontenácar?

—Jamás —dijo con voz queda y ceño fruncido, mientras metía en un zurrón los panes que la mujer le había dado.

—Qué terquedad… —murmuró la otra — ¿Y O Fonte? Podríais mudaros aquí. Casaros. Ya sabes que el albañil estaría contento de ayudarte con la casa…

—Primero dices que es una meiga, ¿y ahora quieres que me case y que la traiga? Decídete, por Dios.

—Pues hazla pía. Non sei… tes que facer algo.

La mujer parecía preocupada, pero Cervo veía cómo sus inquietudes pasaban de una cosa a la otra; de la supersticiosa a la tangible, de pensar que la chica era un ser pagano, a que solo era una muchacha perdida que pudiera ser víctima de la incomprensión.

Tras marcharse y ya en el caballo, le dio tiempo a meditar sobre ello de camino a la casa. Se daba cuenta de cómo, por arte de magia, Libeliña de pronto había dejado a un lado todos sus dogmas ocultistas para centrarse en la realidad que a ella misma le atribulaba; que no era otra que el hecho de vivir en una sociedad que lo que no comprende lo cercena y que al que es diferente lo excluye o lo atormenta.

Se preguntó si, llegado el caso, le hiciesen un juicio público, Dios no lo permitiese, Libeliña expresaría valientemente compasión o la guardaría para sus adentros con vergüenza.

No quería tener que averiguarlo, pero, con pesar, Cervo tuvo que admitir que él en su situación no lo haría.

Sin embargo, y ya le pareció mucha casualidad, cuando llegaba a la casa vio un tordo andaluz bellísimo enganchado en la verja, y, aunque lo conocía muy bien, no dejó de maldecir su estampa, pues no había tenido tiempo de convenir a la chica para que se escondiera.

No sabía cuál sería la reacción de su hermano al verla al natural, como ella era y se comportaba, y si le reprobaría o tendría que dar muchas explicaciones.

Dejó su montura algo más lejos, pues Jaranero no era un rocín muy sociable, y se encaminó a la casa temiendo una larga charla intrascendente. Contaba las piedras de granito del murete llenas de musgo, casi como cuando contaba las baldosas del suelo, allá en la niñez, cuando iba camino de un rapapolvo.

Coello estaba en la mecedora, con los brazos cruzados sobre el regazo y mirando a lo lejos, a la playa. No le costó adivinar lo que atraía su atención cuando siguió la dirección de sus ojos. Estaba serio, apesadumbrado diría, y apenas se giró un instante cuando Cervo llegó para después seguir a lo suyo.

Cervo le entendía. Incluso le aliviaba ver que la reacción contemplativa con la que él solía atender a la muchacha no era solo cosa suya, sino que era algo muy humano y visceral. Inevitable, tal vez.

—¿Es cosa mía o está preñada?

Se movió inquieto. No porque no quisiera responder, sino porque era una idea que se negaba incluso a sí mismo. Algo incómodo a lo que prestaría atención en otro momento, más tarde. Siempre más tarde.

Era una mañana soleada, aunque ya hacía frío. El mes de diciembre casi tocaba a su fin y los vientos soplaban gélidos del norte y arreaban las olas que chocaban contra el peñón. Pese a ello, la chica se movía con soltura, buscando coquinas y otros moluscos en la orilla como si no lo notara, mientras los dos hermanos se arrebujaban en sus abrigos sin atreverse ninguno a continuar la conversación.

—Llevo aquí un rato y no creas que tiene reparo en adecentarse. Como si yo no estuviera.

Cervo se movió inquieto.

—No es muy amiga de cubrirse.

—¿Nunca?

—Nunca. Cuando viniste la otra vez fue la única y no le hizo demasiada gracia.

Coello le miró con el ceño fruncido, no muy cómodo con aquello como si su hermano acabase de confesarle un crimen.

—Eso no puede ser. Una muchacha decente debe cubrirse, es… es impropio.

No es que no supiera que tenía razón, pero Cervo ya se había acostumbrado a ello y se había convencido de que preservar la naturaleza de la chica era más importante que atender a convencionalismos, moralinas y costumbres de un mundo al que ya no se sentía pertenecer desde hacía mucho tiempo. La conversación de hacía un rato con Libeliña ya le había dejado con mal cuerpo, irascible y asocial, por eso las palabras de su hermano no fueron bien recibidas, incomodaban y no quería tener que acallarle ni ponerse de mal talante.

—¿Ni tan siquiera tiene frío? ¡Por la Virgen!

—¿Venías por algo? ¿A felicitarme la Navidad, tal vez?

Coello lo miró sorprendido, casi asustado por aquella innoble decisión de llevar una vida tan disoluta.

—Pues te necesito, sí. ¡Maldita sea! ¿Es que todos os habéis vuelto locos? Necesito saber que puedo contar contigo y que no andas enajenado, preñando a una muchacha desnuda y tarada, aquí, aislado en una playa. Sin nupcias, ¡sin decencia!

—Vas mal encaminado, hermano. No consentiré a nadie que me diga cómo he de vivir mi vida. No lo hacía antes y no sé qué te hace pensar…

—¡Por Dios, Cervo, hermano, qué solo te tengo a ti!

Si aquellas palabras no fuesen de suficiente peso, fue la forma en que lo dijo, su cara al borde del llanto, a él, un hombre hecho y derecho, un caballero en semejante estado, acabó por preocuparle.

—¡Qué carallo, hermano!

No hubo quien lo calmara durante un rato, entre balbuceos y frotarse la cara, estaba descompuesto, abatido y algo grave le pasaba que no encontraba la forma de iniciar su relato. Finalmente, la calma llegó a tal tormento y pudo comenzar a hablar.

—Fui a hablar con el regidor del ayuntamiento, un hombre muy honrado que trabajo mano a mano con padre durante muchos años…

—Teixugo.

—El mismo. Eran buenos amigos y confidentes, y le dejé caer, como si tal cosa, el tema de la herencia. Al principio estuvo reacio, pero se le veía incómodo y traté de sonsacarle. Tras varias charlas me mandó nota un día queriendo hablarme y fui a verle, todo a escuso y de noche cerrada. «Yo no te dije nada» me dijo, y el hombre tenía miedo, y me contó que la víspera del

entierro de padre, aún siendo el velorio, se reunió Rapo con el registrador, muy de mañana, acompañado del notario. Los vio llegar y entrar al despacho, aunque no oyó ni vio nada, pero hizo sus conjeturas tras la lectura, pues conocía bien a padre y sabía que tal reparto era del todo improbable.

—¿Crees que amañó el documento?

—¡Ambos lo creíamos! Ahora ya no me cabe la menor duda. Mira esto.

Cogió la cartera que había dejado a un lado y sacó un tubo largo, un portaplanos de cuero, donde llevaba unos legajos. Con cuidado los desenrolló y se los pasó a Cervo.

Leía, y, tal vez por los antecedentes de Rapo, o quizá por las sospechas de las que se ocupaban sus conversaciones, nada de lo que se encontró le causó sorpresa alguna.

Ahí había dos testamentos; uno, firmado meses antes por la temblorosa mano de su padre, otro, el que favorecía al mediano de los hermanos, con la rúbrica firme tres días antes de la defunción, claramente falsa, a tenor del estado en que se hallaba el patriarca, pues apenas podía respirar y ya no digamos levantar una pluma.

—Si lo dieron por válido es porque nadie se atrevió a toser a don Rapo. ¡El maldito sí que hace honor a su nombre!

Soltó una risotada, más por desdén que por indignación, pues lo indignante ya era costumbre en lo tocante a sus sentimientos por él.

—Mi hermano… —se lamentó Coello aún sentado en la silla, encorvado como si su cuerpo fuese de plomo— mi hermano querido. ¿Cómo ha podido hacerme esto?

Y Cervo le compadeció, porque él, que ya estaba curtido en esas torturas del alma, veía en su hermano pequeño la desolación de la traición cercana, que era peor que ninguna otra. Un hombre tan entero, tranquilo y alegre que se desmoronaba por dentro y se apercibía en su fachada como una ruina. Ni las galas, ni el afeitado, ni el buen peinado podían maquillar tal cosa. ¡Bien lo sabía él!

—¿Qué harás ahora? —dijo poniendo una mano en su hombro, que poco podía consolarle.

—¿Qué haré? ¡Dios mío! ¡¿Qué haré?!

En ese momento ocurrió algo sorprendente; ella subió la colina, tranquila y liviana entre la brisa que azotaba la mañana, se plantó frente a un Coello sorprendido y le colgó del cuello un extraño collar. Era de cuerda fina, tal vez de bramante que habría cogido de las redes, y tenía prendida una caracola de extraña forma, aplastada, ondulante y de un blanco inmaculado, con los bordes romos como si hubiese sido pulida por las aguas durante mucho tiempo.

La estampa era inverosímil, con Coello ahí sentado, los ojos enrojecidos y mirando hacia arriba como si contemplase una aparición mariana, casi con devoción, mientras la cara de la chica transmitía una paz infinita, ahí plantada con su desnudez y un aura magnífica.

Tras unos segundos les dejó a solas y entró en la casa, probablemente a buscar algo de comer.

—¿Quién es? —preguntó sin salir del trance.

Cervo aún guardaba algunas dudas sobre su procedencia, pero a fuerza de convivir con ella empezaba a comprender que había místicas insondables que no se cuestionaban.

—Guárdalo —dijo señalando con un ademán el amuleto —. Te hará bien.

Y era cierto que ahora aparentaba más tranquilo, con una paz que hacía un momento parecía no conocer desde hacía mucho tiempo.

Coello puso la mano sobre la concha y se la apretó contra el pecho.

—¿Qué haré? —repitió, esta vez con un suspiro —Es una encrucijada terrible. ¿Crees

que debería hablar con él?

—¡Estás loco! —contestó espantado — ¿Crees que admitirá su engaño de buena gana? ¡Te matará!

Coello negó con vehemencia.

—¡No, ni hablar! Rapo será un patán y un ruin, pero no es un asesino.

—Eso no lo sabes…

—Lo sé…

—Si ha sido capaz de hacerte esto, de robar a su propio hermano de la forma más innoble… ¡Porque yo ya no me cuento! ¿Crees que hará como si no hubiera pasado nada? ¿Que rectificará el testamento y te dará tu parte por las buenas?

—Eso mismo espero —asintió Coello.

Cervo agitó los legajos que aún sostenía en su mano.

—¿Pero tú has visto esto? Ha contravenido las últimas voluntades de padre, ha roto un voto sagrado, ha estafado, urdido, falsificado… ¿De verdad crees…?

—¡Es mi hermano! Y creo que, si vamos a él, si vamos los dos… no lo sé, tal vez haya que amenazarle con denunciarlo a la corte…

Cervo soltó una carcajada de desdén.

—Se revolverá como un marrajo y te destrozará. Te echará de la empresa y puede que de la casa. Te dejará en la ruina —Coello, recostado en la mecedora, negaba con agotamiento mientras él hablaba —, y tu familia irá detrás. Eso, con suerte. Si tiene comprado al notario, nada le impide comprar al regidor y al gobernador, e, incluso, a los jueces —lanzó un resoplido, asqueado por el amor que profesaba Coello a un ser que no lo merecía —. Y tú dices que no, pero resolvería de un plumazo el problema con algún incidente en una calleja oscura.

El hermano pequeño se frotaba la cara que había perdido color con aquella idea, y oprimía el puente de la nariz con los dedos como si un incipiente dolor de cabeza le fuese a arrebatar la cordura.

—Guarda los documentos, haz el favor, que de tanto manosearlos los vas a emborronar.

Cervo hizo caso. Ni siquiera había notado que aún los tenía en las manos y se dio cuenta de que le hacían sentir seguro sobre sus opiniones, como si esos papeles fuesen un aval que le daban automáticamente la razón. Cogió el portamapas del suelo y los metió dentro.

—¿Y qué propones entonces? —dijo Coello con tristeza.

—Que no le avises. Que no des muestras de nada y ni tan siquiera una pista de lo que pretendes. Coge estas pruebas y llévalas directamente a la corte, habla con el regidor y que te asesore. Deduzco que estas copias son del registro…

Coello levantó por primera vez los ojos y lo miró directamente, había cierta culpabilidad en ellos y Cervo se temió lo peor.

—¡¿Se las has robado a Rapo?! ¡¿Te has vuelto loco?!

—¡No podía cogerlas del registro! Si las cogía de allí, ¿cómo demostraría entonces que las que aportaba eran copias originales y no meras falsificaciones? Los documentos del registro son la única prueba para demostrar que oficialmente padre selló ese testamento.

—Pero robar a Rapo en su propia casa es una locura. Allí hay criadas, cocineras, el mayordomo… ¡Podrían haberte descubierto!

Coello se movió inquieto y lanzó un manotazo al aire.

—Cuando se sella un testamento se hacen tres copias: la del testador, la del notario y la que se deja en el registro. Esa que tienes ahí es la del notario. Ni siquiera estoy seguro de que Rapo conserve los originales. ¡Ya lo hablamos! Guardar ese documento sería una estupidez por

su parte.

—Entiendo —asintió —. O sea que no has robado a tu hermano, pero has robado al notario —ahora negaba —. No sé qué me parece peor.

—El despacho del notario, aunque no lo creas, está menos vigilado. Ya lo has dicho tú, que en casa de padre siempre había alguien despierto. Además, si son los documentos del notario y se demuestra el embuste, el notario no tendrá más remedio que callar, puesto que le han untado con unas tierras. Su reputación se vendría abajo. ¡Más le valdría contar que colabora con nosotros por un dilema moral que admitir semejante estafa!

—¿Y te colaste tú mismo en su despacho?

—No quieras saberlo todo. No hablaré de eso. Lo importante ahora es qué voy a hacer, porque está lo del negocio con las colonias y si me niego Rapo sospechará.

—Siempre puedes terminarlo y luego Dios dirá…

Coello negó con aplomo.

—Ese negocio es una ruina, Cervo. Todo apunta a que las colonias ganarán la guerra. Ya solo la mitad del Reino de España está jugando a su favor; Gardoquí, Unzaga… dicen que Luis de Córdova ha capturado una flota tremenda dejando a Inglaterra en la ruina. ¡Incluso le han puesto nombre al país! Estados Unidos de América, lo quieren llamar.

Cervo cabeceó con ironía.

—Desde luego qué mal gusto.

—Originales no son, eso seguro —admitió su hermano.

—¿Y no puedes convencer a Rapo de que es una mala idea? Si sigue adelante podría acabar arruinado, es más, podría hacer que lo colgaran, que nos colgaran a todos.

—¿No crees que te extralimitas? No estamos incumpliendo ningún tratado ni ley…

—No, peor, estáis en contra de los intereses económicos de la corona.

Coello se encogió de hombros.

—Es igual. Rapo está obsesionado con que esto saldrá bien. No atiende a razones.

—Pues entonces tienes dos problemas; denunciar a tu hermano y hacerlo antes de que no quede nada de la herencia.

En ese momento salió la muchacha. Llevaba la boca y la cara manchadas de sangre y tras echarles un rápido vistazo a los hermanos se encaminó hacia la playa, hacia las olas donde se zambulló y dejó que la arrastraran.

Coello miró a su hermano desconcertado. Él le contestó encogiéndose de hombros.

—Cuando tiene hambre se come cualquier cosa, incluso el pescado crudo.

Cervo no había dejado de deambular de un lado a otro durante la conversación, sin ser del todo consciente, hasta ese momento, de que tenía calor. El sol ya estaba alto y hacía un gran día, aunque soplase de tanto en tanto el viento frío del norte y un leve froallo liberase delicadas gotículas a cada rato entre los haces de luz cálida. Se despojó de su abrigo y lo dejó sobre la valla, después miró a lo lejos cómo las aguas rodeaban una forma menuda y redonda.

—¿Recuerdas cuando iba a capitanear por primera vez la Burlona? ¡Qué pavor! Y eso que había navegado ya antes como contramaestre y primer oficial unas cuantas veces, ¿lo recuerdas? —su hermano asintió —. Estaba aterrado —dijo con sonrisa afligida —. Si ya era mala mi posición con padre, decepcionarle o fracasar se me antojaba casi como el fin del mundo…

—Todos nos ponemos nerviosos la primera vez, pero tú siempre… ¡bah, siempre te lo has tomado todo a la tremenda!

Cervo lo ignoró y prosiguió.

—Pues yo ahí andaba, que me paré un rato a descansar mientras cargaban las bodegas, y padre se me acercó —dio pataditas a la valla, como si aquello pudiese desentumecer los recuerdos —. Creo que fue la primera vez, o tal vez no, pero lo recuerdo como algo importante, como si fuese en ese momento el padre que necesitaba, que siempre había necesitado, y entonces me dijo que no pasaba nada. Que era normal tener miedo de hacerse cargo de algo tan grande. Me dijo… —se le quebró un poco la voz, no supo por qué, pero sacó fuerzas y se concentró en la valla y sus surcos para que no le doliese el alma — Me pasó el brazo por los hombros y me dijo que las oportunidades son como lo que trae la marea; que lo que te da por la mañana, por la tarde te lo quita, y que depende de cada uno coger lo que nos da en el momento, cuando está ahí.

—Era una frase muy suya —dijo Coello cabeceando—. Eso mismo me dijo Rapo, hará unos meses, cuando entró en conversaciones con los de Inglaterra para hacer el negocio. ¿Quiere eso decir que estás pensando en aceptar el negocio?

Cervo se decepcionó un poco al notar que su hermano no entraba en sintonía con lo que le contaba, como si no alcanzase a ver el valor que le daba él a aquel recuerdo de su padre, de los pocos que tenía que atesoraba con afecto de un hombre que siempre había considerado que le mostraba la peor versión de sí mismo.

Se giró a mirarle y negó.

—¿Ves a esa chica en la playa? Creo que ella me ha brindado más oportunidades que cualquier negocio ambicioso que pueda tu hermano plantearme. Ella es mi oportunidad. Me la trajo la marea y no voy a perderla ni a descuidarla.

Su hermano lo miró con los ojos muy abiertos, desorientado.

—Creo… creo que no te entiendo.

—¡Mírala! —dijo señalando a la orilla —. ¿Crees que podría sobrevivir sin mí? Es terca, extraña y… bueno… ya la ves. No hay manera de vestirla. Solo aquella vez que viniste, y luego un día desgarró el vestido y lo dejó hecho jirones en la playa. ¿Qué crees que pasaría si alguien la viera? Te lo diré… la tacharían de demente o de bruja. Que por aquí son mucho de eso.

—Y tú la has dejado preñada.

Aquella afirmación le cayó como una losa. No porque fuera falso, sino por sonar a acusación, por la implicación de que Cervo habría cometido un acto atroz e irresponsable usando a una muchacha que no estaba en sus cabales o, tanto peor, dejándose seducir por ella.

—¿Y eso qué importa?

—Eso importa, vaya que sí. Importa y mucho. Y me dices ahora que no trabajarás en la empresa o que no lucharás por la herencia porque una niña loca ha aparecido en tu casa…

—Es mucho más que eso —contestó dolido.

—¡Me da igual! Hace años que ya no te entiendo, Cervo. Y ahora con esto… vas a perder todo lo que… ¿me vas a dejar en la estacada solo porque te has enamorado?

—Yo no he dicho eso…

Coello se levantó de un brinco y empezó a gesticular y a hacer aspavientos.

—¿Cuánto crees que duraréis aquí, así, en la miseria, con los inviernos tan duros? ¿He de recordarte que debí hacerte un préstamo hace unos años cuando los vendavales? —Cervo se revolvió incómodo de que se lo recordara. Coello nunca lo había hecho, y que lo hiciese ahora solo denotaba su enfado—¿Cómo darás de comer a tu hijo si no vas a trabajar por no dejarla sola? El pescador de caña más come que gana, bien lo sabes tú. Y lo de la herencia… ¡Dios y la Virgen! ¿En serio ese será tu pretexto para no ayudarme? ¿O no será que no te atreves?

Coello estaba dolido y, ahora Cervo lo veía, también aterrado. Levantó las manos buscando templanza y calmarle para que le dejara hablar, pero le costó un tanto, pues estaba muy

agitado.

—Yo no he dicho eso.

—Entonces ¿qué?

—Solo digo que no iré a América. Me parece una idea desafortunada y en mi entendimiento tú tampoco deberías hacerlo.

Se aproximó a él y le agarró de los hombros mientras fijaba los ojos en los suyos. A veces funcionaba para apaciguar los ánimos.

—¿Y qué dirá Rapo? No estará por la labor de aceptarlo. Él…

—Te ayudaré con lo de la herencia.

Los hombros bajo sus manos, hasta ahora rígidos, de pronto se desinflaron. La casaca que llevaba Coello ganó holgura y perdió percha, como una vejiga que se deshincha.

Aquello pareció proporcionarle tanto alivio que su cara se destensó para contraerse al momento y echarse a llorar. Se inclinó sobre el pecho de su hermano como un fardo, como un árbol que cae al amparo de otro.

A Cervo aquello le conmovió, no en vano, no veía llorar a Coello desde que era un rapaciño que cogía una perrencha por rasparse una rodilla.

Se preguntaba si el motivo de todo aquel enfado no sería más por la traición de Rapo que por su mal entendida indolencia. Y en cuanto a traiciones, él podía ponerse en su lugar, pero le dolía en el alma que Coello pudiera llegar a pensar que no le afectaba en lo más mínimo su sufrimiento y, así pues, decidió dejárselo claro.

Le abrazó y le consoló lo mejor que pudo. Quedaron en que Coello hablaría con el regidor Teixugo, ahora su amigo y aliado, y que para más seguridad Cervo guardaría los documentos en un lugar seguro.

Al ir a despedirse, Coello se señaló el colgante que la joven le había entregado.

—¿Crees que tendrá magia?

Cervo se encogió de hombros.

—Es posible. Esa no da puntada sin hilo. Seguro que te protege.

—Malo será.

—Malo será —repitió él con un ademán.

Cuando volvió al porche tras despedirse, encontró a la muchacha en la mecedora, con las piernas cruzadas y devorando una manzana roja. Lo miró fijamente.

—Está asustado por el problema de la herencia y, tal vez tenga razón y deba implicarme algo más… —dijo con preocupación— y no sé por qué has dejado que te vea así, eso solo empeora las cosas, no se lo ha tomado nada bien —ella dio otro mordisco a la fruta y siguió rumiando—. He ido a ver a la panadera y parece que no dirá nada, pero, es un problema, ¿entiendes? Primero ella, ahora mi hermano… la próxima vez podría no ser alguien tan comprensivo.

Ella le seguía con atención.

—Eso que le has dado… ¿le vendrá bien? —la miró un instante e inspiró profundamente — Espero que tengas razón porque la va a necesitar. Si Rapo llegara a sospechar algo o alguien lo traicionase sería su ruina… no, no digo que sea la nuestra. Ya sé que podríamos irnos y salir adelante, pero él es mi hermano y su familia, en fin, es buena gente. Nos va a hacer falta algo más que un amuleto para que esto salga bien.

La muchacha se levantó y, con un ágil gesto, lanzó por encima de la valla, lejos, el corazón de la manzana.

Él se acercó y le acarició el vientre, hinchado y manifiesto. Era la primera vez que lo

hacía, o, por lo menos, que lo hacía con la intención de reconocer lo que había ahí.

Ella se extrañó y le miró la mano ahí apoyada como si a Cervo se le hubiese roto un tornillo. Se apartó.

—Ten cuidado, ¿de acuerdo?

XII

La caminata no era tediosa, pero no dejaba de asolarle cierta congoja al pensar que alguien pudiera asaltarle o, ya no eso, ver siquiera la dirección que tomaba y seguirle, teniendo en cuenta su preciada carga.

Lo había calculado y era una caminata (s) de al menos dos horas y similar para la vuelta, por lo que, si se daba prisa (s) tal vez estaría de vuelta en la casa a la hora de la comida.

Sabía que no le esperaría un plato en la mesa ni nada por el estilo, pero estaba siendo protector por necesidad y le inquietaba la posibilidad de que a la muchacha le ocurriese cualquier cosa. Si su talante de por sí era extraño, más se le había complicado en las semanas anteriores; ahora estaba huraña, y de mal humor. Se pasaba horas de cara al horizonte, no cómo lo hacía antes, como la responsable de una tarea crucial que llevara, gracias a ella, el pastoreo de las olas a la playa, sino, más bien, como algo que anduviese mal allá a lo lejos, en una esfera que el común de los mortales no pudiese llegar a vislumbrar, el semblante pesaroso, las manos crispadas y la mandíbula tensa.

Padecía una suerte de nostalgia, y si bien Cervo seguía sin escuchar su voz, ya entender sus inquietudes se le hacía más fácil. Tal vez por simbiosis o por cierta locura transitoria, parecía saber a cada instante aquello que le querría decir, pero no hacía eco en su garganta. Algo había, estaba seguro, que la preocupaba. ¿Qué? Solo Dios podía saberlo, si es que aquel dios era al que debía la muchacha rendir cuentas.

Así pues, el ansia a cada paso le quitaba algo más de aliento que el propio esfuerzo. Primero seguir el sendero no se hizo fácil, porque pretendía llegar cerca de O Fonte y girar a la derecha, pero, a ser posible, sin cruzarse con nadie o que nadie lo tuviera en cuenta. Y eso era difícil con Jaranero. Ya fuese montado o tirando de él hasta medio monte, en el caso de encontrar a alguien a mitad de camino sería más complejo apartarse a la cuneta y esconderse en la espesura. Tal vez yendo solo podría, pero veía difícil ocultar rápido a un caballo.

Así pues, tomó la decisión de ir solo y a pie, cargando con el morral de caza a la espalda por si alguien le preguntase y entonces diría que iba a buscar hongos. Es más, en cuanto se internó un poco en la espesura ya empezó a encontrar angulas de monte y lenguas de gato que recogió con apremio. Serían una buena excusa si alguien le preguntaba, y también una buena cena.

Había humedad y hacía frío, y se arrebujaba en la zamarra como podía encarando al viento de frente cuando los árboles no lo cobijaban. El camino ya hacía rato que se había desviado de la trayectoria a O Fonte y, tras girar, seguía una trabajosa pendiente monte arriba donde a ratos lo tapaban los árboles y a trechos dejaba la vista libre al paisaje, con el pueblo, sus casas y sus pastos desperdigados allá abajo, y, más lejos, el azul con brotes de espuma aquí y allá, sulfurado contra las rocas como si le hubieran ofendido.

Un par de veces había tenido que apartarse fuera del camino antes del desvío al pueblo, a fin de no cruzarse con nadie. Sin embargo, tras comenzar el ascenso, ya nadie bajaba ni subía a esa hora desapacible; todo era un sendero sinuoso y algo desbrozado, gracias al ganado, y habiendo pastos abajo no se aventurarían los pastores a ir al monte hasta la primavera.

“Lobos y zorros” pensó, y le dio un escalofrío. Y no sabía a cuál temer más; a los

primeros, que de seguro una manada daría cuenta de él y nadie encontraría sus restos, o a los segundos, pues de uno de aquellos, al menos, era la culpa de que estuviera metido en semejante aprieto (Rapo significa zorro en gallego).

Una hora de subida, cada vez más escarpada, ahora entre pinos y caminos que apenas habían pisado las vacas desde hacía meses, con rastros fácilmente identificables de jabalíes y corzos. Empezaban a pesarle los años y la falta de aliento, y, por qué no decirlo, la angustia de estar lejos de ella que tan caprichosa y vana se había rebelado siempre y pensaba, más aún después de la conversación con Coello, si no sería igual de voluble como una pluma al viento, y tan pronto como llegara a su vida tendría intención de desaparecer de ella, como las nubes en primavera, como las huellas en la arena expuestas a las olas, siempre cambiantes, efímeras y perennes a un tiempo.

El suyo era un corazón rabiosamente enamorado, tan frágil y violento, que guardaba con celo al ser amado, más aún ahora que la veía tan distante y ansiosa por cosas que él no era capaz de comprender. Si al menos tuviera la certeza de qué era lo que le atribulaba, podría hacer algo al respecto. Pero no, el mutismo ya no era impedimento para intuir sus pensamientos más livianos; hambre, deseo o desagrado, aquello que en el instante querría transmitirle y que era fácilmente discernir tras meses a su lado. Como una magia, un don o una resonancia de la mente de ella a la suya. Sin embargo, se le escapaban los sentimientos más profundos, los que sin duda solo podría entender tras una conversación, larga y tendida, que no estaba ella por la labor o era incapaz de sacar de su garganta, ya que de la misma solo exhalaba gruñidos, suspiros o jadeos cuando buenamente le convenía.

Trabajosa y triste era la ascensión, puesto que no había otra cosa que hacer más que pensar en tribulaciones o contemplar el paisaje repleto de pinos que, si uno no andaba con cuidado y era ducho en orientarse, podían ser engañosos y conducirle más adentro o donde no quería, o más allá donde ya no supiera volver.

Los ruidos del bosque, ramas que se partían y pájaros que se arrebujaban en los matorrales, le provocaban a Cervo no pocos sobresaltos, pues no eran solo los animales cazadores los que debían preocuparle; nadie quería un encuentro con un oso que se sintiera amenazado o un jabalí disgustado.

Apretó el paso y llegó a la cima del cerro cuando el sol estaba ya alto. Solo le quedó seguir el sendero y desviarse un tanto en unos zarzales, para llegar a un claro lleno de hierbas altas desde donde se dominaba la costa y el horizonte azul, todo brillante y soleado pese a las bajas temperaturas que allí empeoraban con el viento. Paró con la intención de recobrar el aliento y, de paso, levantar el ánimo con las majestuosas vistas; el pueblo ahí abajo y, más lejos, algunas aldeucas; Mourelos, Larouqueira y Valdeorraso. Y allá, hacia el oeste, se veía esplendorosa Pontenácar, coronando como una joya el final de la ría, desafiando al Atlántico con su ejército de dornas y balandros que entraban y salían del puerto a esas horas del día.

Llenó los pulmones y el alma con aquella inmensidad robada a los dioses y las aves, y, tras dar un largo trago de agua de un odre que llevaba, prosiguió andando.

No estaba lejos y ya podía ver a unas cien varas los árboles que buscaba y grandes piedras de granito redondeadas diseminadas por toda la llanura, emergiendo de entre las altas yerbas como ballenas y otras bestias marinas. A medida que avanzaba ya vio tras los árboles aquello que había ido a buscar; una antigua ermita, abandonada a su suerte, de la que apenas se hacían cargo, de año en año, un par de diáconos para mantener la puerta derecha y las tejas en su sitio. Era pequeña, muy modesta, de la que apenas merece el título de ermita y más de caseta de aperos. Tendría unas diez varas de largo y no levantaría más de cuatro del suelo, con un

ventanuco en medio y una puerta baja por donde hacía falta agacharse para entrar.

Cervo estaba casi seguro de que aquel receptáculo se usaba más como refugio de cazadores que de oratorio, sin embargo, tras forzar la madera de la puerta e internarse en la oscuridad, aquello parecía bastante limpio; si no de polvo, telarañas y humedades, sí de desperdicios y trastos viejos. Las paredes eran de piedra vista y se le acumulaban los líquenes. Había un par de bancos echados a un lado y al fondo un pequeño altar con una cruz ajada y rústica.

El plan desde el principio era esconder allí lo que llevaba en la bolsa. Sin embargo, algunas muestras del uso de la ermita le refrenaron en su idea, pues algún clérigo que fuese a adecentar el sitio, o tal vez algún alma perdida que se amparase allí, podrían encontrar el escondrijo, y entonces él estaría perdido.

¿No era acaso él un pecador en toda regla? ¿Un hombre que vive en concubinato? ¿Un sátiro prendado de una moura?

Si Dios viera que otro ser más decente y pío que él entrase en su templo, ¿no dispondría que aquel sería más merecedor de un tesoro que Cervo? Además, era Nochebuena y al día siguiente sería la natividad del Señor.

Y ya estaba tentando a Dios demasiado como para deshonrar su casa, el día del aniversario de Cristo, usándola como el escondite del objeto de un robo. De pronto aquel sitio, que había tenido como más seguro que su propio hogar, se le antojó la peor opción para lo que llevaba planeando días.

Salió del recinto frotándose los ojos con los pulpejos de las manos, más para ahuyentar la frustración que para aliviar el cambio de luz. Tal vez fue por los reflejos del sol o por los destellos que había provocado el apretarse las cuencas, pero algo vio que le heló la sangre.

Era un ciervo brillante grabado en la roca. Pensaba que sería una alucinación y hasta que no cesaron los destellos y cambió de posición para evitar el reflejo en la piedra, no pudo verlo bien.

Pero aquel animal no era el único, sino que había todo un relieve diseminado por su superficie, casi como los grabados de una iglesia, pero ahí, a la intemperie, y como centinela de una morada sacra, el ciervo y otras bestias del campo se reunían alrededor de un ser antropomórfico con astas de ciervo. Era hermoso y espeluznante a un tiempo, sentado solemnemente y erguido con orgullo, sujetando un aro en una mano y una serpiente en la otra, parecía que estaba en medio de un discurso ritual. Daba la impresión de que los animales lo veneraban y le rendían pleitesía.

Cervo pasó los dedos por encima, sobre la roca áspera y erosionada tanto por el artista como por la lluvia, y le pareció que algo en él se revitalizaba y le daba una seguridad que hasta hace un momento se le antojaba imposible.

El hombre ciervo. Y ciervo era él mismo.

No le sorprendió al girar la cabeza y ver que otras rocas graníticas a su alrededor estaban marcadas con espirales y símbolos extraños, a veces puntiagudos y otras de formas sinuosas y ondulantes. Algunas piedras estaban cortadas y, al prestar más atención, se dio cuenta de que la propia ermita estaba hecha de esas mismas rocas, de tal forma que se mimetizaba en cierta medida con el paisaje.

Aquí y allá, en la pared de la construcción, se podían adivinar restos de esos mismos símbolos tallados y tal vez lijados por los canteros, con el propósito de borrar todo rastro pagano de la piedra que ahora formaba parte de un edificio sacro.

Borraban sus huellas, pero no la verdad.

Ahí, junto a la puerta, una figura que no vio al llegar, había un ciervo sobre dos patas, y se notaba que era un fragmento de otra piedra mayor, tal vez igual que aquel relieve de la asamblea del dios astado.

Lo que más le sorprendía era que, aunque Cervo había ido allí un buen puñado de veces, no recordaba haber visto los relieves. Le sonaba como un eco lejano el ciervo junto a la puerta y, sin embargo, nunca lo interpretó como una piedra tomada prestada para el santuario, sino, más bien, como un detalle artístico, un capricho, si se quiere, del que lo había puesto ahí.

Se daba cuenta de que ciertos asuntos habían sido certezas toda su vida y de un tiempo a esta parte todo se iba desmoronando. Porque la realidad podía ser que esa ermita era un santuario de Cristo, pero eso solo emborronaba el hecho de que allí, antes que aquella, hubo otras personas que dejaron su impronta creyendo en otros dioses.

Y el problema no era la hipocresía. El problema era no llegar a darse cuenta.

Volvió a entrar en la ermita, ahora ya seguro de que si había un dios que lo desautorizase tendría que luchar por esa autoridad con otro a su mismo nivel.

Se acercó al pequeño altar y, como si fuese una señal, a un lado del mismo vio una loseta con un trisquel grabado.

Le costó un rato y tuvo que usar una navaja para escarbar, pero logró sacar la loseta y hacer un hueco grande debajo para meter sus bártulos: el portaplanos con las escrituras del testamento y un saquito de cuero con las perlas que le quedaban.

No necesitaban más dinero por ahora, pues el joyero había vendido la gema y con lo que le había pagado tenían de sobra para sustentarse un año entero, puede que más.

Mantener aquello en la casa y los documentos, sabiendo que Rapo en cualquier momento podía sospechar de él, era una temeridad y no quería arriesgarse más de lo necesario. Si tenían que registrarlo que lo hicieran, no en vano, su posesión más preciada seguiría estando allí a la vista de todos; una chica menuda, salvaje y embarazada.

XIII

Estaba desabrochándose la casaca cuando lo oyó… y se quedó helado.

Aquel había sido un día complejo, de tensión canalizada hacia un desenlace estéril y frustrante. Llevaba unas semanas preparándose, incluso había recuperado sus mejores galas de un baúl relegado a un rincón, todo para parecer una persona coherente y lúcida; que nadie pudiese decir que había perdido la cabeza y, por tanto, quitarle crédito a lo que tenía que decir.

Sin embargo, a la hora de la verdad, no había habido confrontación. No hubo diálogo, ni discurso, ni nada que pudiese quitarle un peso de encima.

Rapo no estaba en casa.

Tanta premeditación y un viaje de una hora, para encontrarse de frente la cara larga de Cegonha que le informaba de que su hijo (e hizo mucho énfasis en el parentesco que les unía, como para recordarle su orfandad) había partido por asuntos de negocios y no regresaría hasta pasados unos días.

¿Quería dejarle una nota? Sí, quería.

Y con todo el descaro que el haber perdido el respeto a esa señora le pudo dar, se internó en la casa, en el antiguo despacho de su padre, y le escribió a su hermano una carta. Aquella arpía lo siguió dando aspavientos y armando barullo por los pasillos, recordándole no sé qué normas del decoro y la impertinencia de hacer uso como quisiera de un hogar que ya no le acogía.

Cervo cogió papel y pluma y se sentó en aquel escritorio que debería haber sido suyo, con mirada retadora, y redactó, de la manera más sensible y a un tiempo correcta, los pormenores de por qué no iba a partir a las Américas ni a participar de su ambiciosa empresa.

Todo el tiempo tuvo que estar allí, bajo la atenta mirada de su madrastra, espalda recta y nariz arrugada, componiendo las mejores formas de excusarse sin parecer descortés ni dar indicios de que las cosas le iban lo bastante bien como para no necesitar sus migajas. De hecho, Coello aún no había movido ficha en cuanto a lo del testamento, y, por tanto, era más prudente hacerse el desarrapado y temeroso, que no impregnar la misiva de orgullo y provocar las suspicacias e incluso las iras de Rapo.

Por temor a equivocarse y tener que iniciar todo de nuevo, se tomó todo el tiempo que quiso, y, aunque la supervisión de aquella bruja se le hacía francamente molesta, tal vez los años de soportar situaciones similares en la infancia le habían dado el aplomo necesario para abstraerse en su tarea.

Uso un sobre donde introdujo el papel y lo selló con lacre y el sello familiar. Ni corto ni perezoso preguntó por Borboleta, que se hallaba en la casa, y le entregó el sobre a ella con toda la intención de pasar por alto la posición que Cegonha creía ostentar como dueña de la casa por encima de su nuera.

Se marchó sin mirar atrás y se dio cuenta de que la sensación de pertenencia a ese lugar cada vez se diluía más en el tiempo. Ni las personas, ni la morada que habitaban, ya ni siquiera la ciudad, eran en su corazón la noción de un hogar.

Volver a casa se le hizo corto de tanto darle vueltas a sus ideas y, aunque otras veces había hecho ese trayecto con pesadumbre o ira, esta vez era distinto porque lo que sentía era una

profunda frustración: esperaba haber dejado el asunto zanjado, tal vez con una acalorada discusión con Rapo, pero al menos solucionar de una vez por todas el tema del viaje.

Desde Navidades había recibido dos cartas de Rapo con Coello de mensajero… un Coello cada vez más abatido y más cobarde porque no veía el modo seguro de confrontar la trama de la herencia y cuantas más trabas encontraba, tanto más miedo tenía de dar un paso en falso.

Habría ido él mismo a partirle la cara a Rapo y a tirarle los documentos a la cara si Coello no se lo hubiese prohibido tajantemente.

En lugar de eso, había tenido que conformarse con dejar una carta que, a buen seguro, Rapo no recibiría con demasiado aplomo. Habría una respuesta, tal vez una orden de desahucio. Poco le importaba.

Llegó a la casa cuando ya bajaba el sol y la encontró sentada en los tablones del porche, con las piernas balanceándose adelante y atrás en el aire mientras cosía una red de pesca.

Le sonrió y él la besó en el pelo.

De un tiempo a esta parte estaba más calmada, como las aguas en ese momento. O tal vez calmada no era del todo correcto, pues se la notaba apagada, con falta de fuerzas, lo cual no era extraño, ya que no paraba de dar vueltas en la cama a la hora de dormir. Aquella barriga, que sobresalía como una enorme vela mayor hinchada por el viento, la impedía moverse con la ligereza acostumbrada, hacía que anduviera con la espalda echada hacia atrás y parecía no poder tocar sus propios pies sin retorcerse sobre sí misma.

Él la dejó con sus labores y sus pensamientos y se adentró en la casa dispuesto a arrancarse aquella carcasa de decencia y sustituirla por la comodidad de sus harapos: su camisa, su jersey tosco y los pantalones desgastados.

Tenía hambre. Mientras se desabotonaba la casaca pensaba en un trozo de tocino y pan de hogaza con queso y membrillo que tenía reservados en el hórreo.

Cuando llegó a sus oídos no supo interpretarlo. Se quedó quieto mientras su mente ordenaba ideas sobre lo que estaba percibiendo, pues los mecanismos que regulaban su sentido auditivo no estaban preparados para aquello.

¿Venía de fuera o de dentro de la casa? ¿O de su interior o de todas partes simultáneamente? Era un canto y a la vez no lo era, semejante al silbido del viento entre las juntas de las ventanas y a un mismo tiempo como la melodía más dulce interpretada por un instrumento legendario.

Salió fuera, más por puro instinto que por creer que de verdad el sonido llegase de allí. Sentía que estaba en su cabeza y no que proviniese de un sitio físico.

La chica tenía los labios entre abiertos y estaba ausente mientras cosía, balanceándose levemente de un lado a otro. Aquello era una nana o algo parecido. Daba la sensación de que el sonido reverberaba en la madera del marco donde Cervo se había apuntalado para soportar aquella realidad.

Las emociones le brotaban del pecho y un par de lágrimas fueron retiradas con rapidez, como un visitante escandaloso en una misa sacra.

El mundo había enmudecido y la música de su garganta lo inundaba todo, en todas partes. Ni siquiera el rumor de las olas era lo bastante impertinente como para hacerse oír.

Cuando ya llevaba un rato cantando, Cervo se adelantó y se puso frente a ella.

—¿No sabes hablar, pero sabes cantar? —le dijo —. Dime, ¿qué te lo impide? Muda no eres, está claro.

Ella cerró la boca y lo miró con desdén. Y eso es lo único que él consiguió: que se

callara.

—Vas a volverme loco —dijo. Y entró en la casa, abatido y frustrado.

No hay mayor miedo que aquello que no somos capaces de entender.

XIV

Como si ella pudiese percibir los límites de su exasperación y se dispusiese a explorarlos y palparlos, pero sin franquearlos más de la cuenta, había empezado a mostrarse más cariñosa con él. Tal vez, después de aquella serenata perturbadora, ella entendiese que en verdad la mente de Cervo se hallaba al borde del colapso.

No habían dejado de hacer el amor ni un solo día desde la primera vez, ni siquiera cuando se percataron de que estaba embarazada. Sin embargo, siempre había cierta sensación mecánica, como una inercia, como si Cervo no fuera más que el instrumento a atormentar para su propio goce sin tener en cuenta sentimientos ni otros subterfugios.

Sin embargo, parecía que empezaba a compadecerse de él. Si bien las miradas profundas durante el coito estaban empañadas por un deseo primigenio y carente de romanticismo, era verdad que ahora le besaba más, le acariciaba más, no se limitaba a engancharse a él como si fuese una tabla rota en el agua en mitad de una tormenta.

Aunque siguió estando distante y a su libre albedrío, rompió con él una norma no escrita y empezó a señalarle cosas, algo que, aunque no parezca demasiado, facilitaba mucho la comunicación entre los dos. Cervo, desde luego, lo agradeció.

Pero había cosas que lo alteraban, le desconcertaban y entristecían, como era que apenas se dejase tocar el vientre. Lo apartaba con incomodidad cada vez que extendía la mano, se comportaba como si aquel ser que anidaba en su interior fuese solo suyo y el hombre que tenía al lado, que la cuidaba y la sustentaba, se tratase solo de un complemento, un ente que andaba por ahí y que al haber dado ya su parte para la concepción no tuviese cabida ni derecho en nada más. De pronto él se sintió ansioso, celoso tanto de la relación de ella con el no nato como por el hecho de que no le dejase ser parte del evento. Temía que de algún modo ella no quisiese reconocer la labor de padre que, de pronto, se le antojaba a Cervo tan vital.

Más de una vez la encaró diciéndole que esa criatura era tanto suya como de ella, que no podía privarle de estar en la vida del ser que estaba por venir.

Ella, como si no entendiese de qué le hablaba, se limitaba a mirarlo con aburrimiento y, tras su discurso, marcharse tal cual, sin una pizca de afección o entusiasmo que le diese a entender, al menos con paternalismos, que estaba equivocado.

¿Y si ella no le dejaba acercarse al niño, cogerlo, actuar como padre y educarlo? O, peor aún, ¿y si ella se marchaba un buen día, tal cual vino, y no los volvía a ver?

Aquellos pensamientos lo herían y lo desquiciaban, y aunque ella se mostraba algo más amorosa, no podía quitarse de la cabeza la sensación de fugacidad, de que aquella felicidad era solo efímera.

Con esa inquietud se acostó una noche, sin atender a los apremios de ella que demandaba retozona las caricias habituales y que, sin embargo, se encontró una mala respuesta por parte de Cervo que se giró en la cama y no quiso dejarse seducir.

Había estado insistiendo y refunfuñando hasta que él le dio un grito, entonces, pasado un rato, inquieta y confusa, acabó por dormirse.

Era noche cerrada y un sueño intranquilo los invadía a ambos, cada uno por motivos opuestos, mientras el viento peinaba los árboles y ocultaba con su aullido los sonidos que, de

otro modo, los amantes habrían escuchado con nitidez y les debería haber alertado.

Relinchó el caballo con nerviosismo y mugió la vaca. Las pisadas en los tablones del porche solo trataban de ser discretas sin conseguirlo. La trabilla de la puerta se alzó empujada por una hoja de puñal insertada por el hueco del marco y luego fue empujada con el consiguiente chirrido de las bisagras.

Las llamas de la lumbre se tragaron las sombras de quien pasaba por delante y las tablas del suelo apenas eran capaces de amortiguar unos pasos dados con tan poco tino.

Sin embargo, aunque los hombres que se colaron en la casa habían puesto el mismo empeño en ser sutiles como lo podía haber sido una cabra, la pareja no se percató del allanamiento hasta que no los sacaron de la cama a tirones, gritos y empujones.

Miedo, confusión y rabia.

Cervo por lo menos vestía los calzones y la camisola, pues habría querido la Providencia que precisamente aquella noche no hubiese acabado desnudo como tantas otras noches anteriores.

El tirón de pelo con el que sacaron a Cervo de la cama fue dolorosísimo y más porque estaba totalmente inconsciente cuando el hombre se situó a su lado y lo agarró, para después también tirar de su blusón, que se descosió un poco, y lanzarlo a plomo contra el suelo. Al golpe con las tablas siguieron dos puntapiés lanzados a las costillas que lo dejaron sin aliento.

En ese momento ni siquiera intentó rebelarse de tan contundente que había sido la sorpresa y lo aturdido que se encontraba. Oyó gritar a la chica mientras el hombre que lo había golpeado y otros dos más trataban de sacarlo a rastras de la casa, tirando sillas y ajuar por donde pasaban.

El grito de ella, mezcla de chillido y gruñido rabioso, le hizo recuperar un poco el ánimo e intentó zafarse con furia, patalear, no gastar fuerzas en proferir insultos, sino en revolverse como una alimaña. Sus captores, que se vieron con dificultades para reducirle, le propinaron golpes y patadas e incluso un puñetazo en la cabeza que lo dejó mareado y desorientado, dócil para, ahora sí, sacarlo de la casa a rastras.

Cuando lo dejaron en la hierba estaba tan mareado que el tiempo pasó de forma extraña. En un momento no oía nada más que un pitido, luego volvió en sí y sintió frío y al poco, no supo cómo, se encontraba con las manos atadas a la espalda y todo se había vuelto naranja.

Cuando quiso levantar la cabeza, la casa estaba en llamas.

Vio al caballo salir corriendo y oyó cómo las tablas incendiadas crujían y el tejado empezaba a ceder.

Resollando trató de ponerse en pie y apenas pudo hincar las rodillas cuando oyó a la chica gritar y la localizó, con tres hombres alrededor, manoseándola y tratando de inmovilizarla.

—¡No! ¡Está preñada! —gritó con todas sus fuerzas y su rabia.

Había un hombre a su lado que trató de impedir que se levantara.

Se enredaron en una pela en la que Cervo, con las manos amarradas, poco podía hacer más que embestir, dar patadas y dar cabezazos. Otro hombre apareció a su espalda y lo cogió del cuello, pero lejos de estarse quieto lo usó de punto de apoyo y con todas sus fuerzas propinó una patada con las dos piernas al tipo con el que había estado peleando, con suficiente impulso como para que el tipo trastabillase hacia atrás, partiese la valla y se despeñase con un grito.

El hombre que lo tenía retenido del cuello lo soltó y lo dejó caer como un fardo, apresurándose a mirar por encima de la valla.

—Pero ¿qué has hecho, cabrón? ¡Lo has matado!

Cervo no paraba de toser, tanto por el humo del incendio como porque le hubieran

apretado la garganta, sin embargo, al levantar la vista, reconoció al que le acababa de hablar.

—¡Xabaril! —balbució.

Aquel ser retorcido y perverso no podía estar allí, nada le cuadraba. Y aunque la circunstancia era catastrófica y todo había sucedido muy deprisa, se daba cuenta ahora de que durante todos los sucesos recientes la única explicación que había encontrado a ese ataque era que aquellos hombres estaban allí para ultrajar a la muchacha, no por él. Había pensado erróneamente que serían una cuadrilla de O Fonte y no de Pontenácar que estaba considerablemente más lejos.

Pero era Xabaril y no otro. Y habían quemado la casa.

Cuando por fin entendió la circunstancia se lanzó como un miura contra aquel tipo despreciable y todo fueron golpes; algunos dados, la mayoría recibidos, y se unieron otros dos tipos que no supo de donde salieron, hasta que ya no pudo pensar porque alguno le asestó un porrazo en la cabeza y Cervo perdió el conocimiento.

XV

Notaba el traqueteo del carro como si ocurriese lejos, muy lejos, al otro lado de la oscuridad de un sueño intranquilo, casi con las ganas de creer que aún estaba en la cama y todo lo acontecido hubiese sido una pesadilla.

Sin embargo, aún notaba el olor del humo aprisionado en la nariz que, aunque sangrante, no había perdido su función. Tenía la mejilla apoyada en el suelo frío y lleno de polvo de una diligencia y podía percibir con claridad, a medida que volvía en sí, el peso de una bota apoyada en su cadera, como si aquel fuese un cazador y Cervo su trofeo echado por tierra para presumirlo.

Estaba mareado y la cabeza le latía de dolor. Por eso, cuando el carro paró y lo sacaron para luego llevarlo a rastras, no fue capaz de mover un músculo para zafarse. No tenía fuerzas, ni aliento suficiente que le ayudasen a coger impulso.

Pronto empezó a percibir los olores familiares y, al abrir un poco los ojos, topó con los dibujos del pavimento que fue capaz de reconocer incluso en la oscuridad: estaba en casa.

Lo llevaron al despacho de su padre. La chimenea encendida, cuya luz competía con la de un candil depositado en el escritorio, emitía el suave olor a madera quemada que, sin embargo, y tal vez por el incendio que acababa de presenciar, a Cervo se le antojó nauseabundo y vomitó.

—¡No por Dios! ¡La alfombra!

—¡Déjate de alfombras! —oyó que decía Xabaril —Este hijoputa ha matado a Pardal.

—¿Qué?

Entonces mandó que todos salieran de la habitación menos Xabaril.

—Lo que oyes. Lo ha empujado y se ha despeñado. En el carro lo traigo muerto.

—¡Santa Virgen!

La voz de Rapo sonaba atemorizada y Cervo supo que no era algo con lo que hubiese contado, ni con eso ni con que saliera mal el asunto, que bien se lo podían haber cargado a él también a juzgar por los golpes que se había llevado.

—¡Ni santos ni nada! Dijiste que sería cosa fácil y que lo sacábamos y ya. ¿Tú sabías que había una fulana?

—¡Pero cómo iba a saber yo eso, mendrugo! ¿Y acaso eso te ha supuesto mucho problema? La despachas y se acabó. ¡Era una orden muy sencilla!

—Pues que si unos se encargan de la rameira, outros do teu irmán. Y así en un despiste tu hermano se quedó solo con Pardal y fue ahí que lo mató.

Aquí Cervo reaccionó. Por el motivo que fuese aún no había caído en la cuenta del destino de la muchacha y aquello fue un revulsivo que lo ayudó a reaccionar… y no para bien.

—¡Ay, no! ¡Ay, no! —se lamentaba desconsolado.

Empezó a llorar y a preguntar qué le habían hecho. Profirió un grito angustioso que le salió del corazón.

—¡Está embarazada, cabrones!

—¿Pero de quién habláis? —preguntó Rapo desorientado.

Aquella actitud de su hermano, tan atolondrado como vil, hizo que a Cervo le hirviese la sangre de ira. Y mientras Xabaril le explicaba «lo de la fulana» cada vez se le hacía más

insoportable escuchar su palabrería deleznable y su desfachatez, y sacó impulso para, primero ponerse de rodillas y después afianzar el pie, trastabillando y luchando contra el mareo, al tiempo que la furia bañaba su cara y apretaba su mandíbula.

—Mi mujer —siseó—. ¿Qué le habéis hecho?

—¿Y tú desde cuándo tienes mujer? ¿Eh? —lo encaró Rapo sacando pecho—. Eres un inútil, no vales para nadie, ni siquiera para ti mismo. ¿Quién iba a pensar que alguien te iba a acompañar?

—¡¿Dónde está?! —bramó.

Mirando a Cervo con cara de asco se volvió hacia su secuaz y le preguntó por la chica. El otro, con aquella cara de rufián y la lengua entre los dientes, se encogió de hombros.

—Non sei. Folosa y Tordo les vi queriendo forzarla. Luego vinieron a ayudar con este, y no sé más.

Cervo bajó la mirada, a medio camino entre la rabia y la pena, no veía momento de salir corriendo a buscarla y ver si estaba bien.

—¿Y qué esperabas que pasase? —se volvió Rapo dirigiéndose a él— Me rechazas, ¡a mí, a tu hermano!, con una simple nota en algo tan serio, tan crucial para nuestra familia…

—Querrás decir para ti, sabandija. Que solo a ti te convenía todo esto.

—¡Es cosa de todos! ¡Incluso a ti te convenía! Si hubieses dicho algo de esa mujer, bueno, tal vez podríamos haber llegado a un acuerdo para que la cuidaran en…

—Para que la cuidaran, ¿dónde? —escupió Cervo—. ¿Aquí? ¿En este nido de víboras? Atente, Rapo, tú nunca has buscado el bien para la familia, solo has mirado por ti mismo…

—¡Eso no es cierto! Todo esto…

—¿Y el testamento?

La cara de Rapo mudó, de la rabia al terror en cuestión de segundos.

—¿Qué pasa con el testamento?

—¿Y tienes la desfachatez de preguntarlo? —la ira de Cervo había tornado en crueldad, pues ahora tenía ganas de humillarlo exponiendo sus mentiras sobre la mesa— El testamento que cambiaste. El testamento por el que pagaste con tierras a Bufo el notario para que lo cambiara.

Entonces, como si un mueble cobrase vida, Xabaril que había estado estático en ese impasse, de pronto se adelantó.

—¿De qué está hablando?

La cara de sorpresa de aquel acólito de su hermano era todo lo que le faltaba para desquiciarse y una risa sádica le salió a Cervo de la garganta.

—¿Ni siquiera se lo has dicho a tu sirviente?

—¡Yo no soy su sirviente!

—¡Está mintiendo, se lo está inventando! —de pronto Rapo, en pánico, le agarró a Cervo de la camisa, pero lo hizo sin fuerza, como si le fallase el ánimo para defender una mentira tan grande como una torre.

—No me toques puerco —le espetó—. Puede que yo sea un inútil, pero no he traicionado a los míos, a la familia y a ese tu amigo —dijo con un ademán en dirección de Xabaril—, que tan buenas relaciones tuvo siempre con tu padre y tanto le debía. ¿Sabías —le dijo al otro— que cambió el testamento por uno falso el día antes de morir nuestro padre?

—¿De qué habla este?

—¡Es mentira!

—Tengo pruebas.

—No.

—Claro que sí. Y pienso llevarlas ante el rey y dar parte de eso y de ese otro negocio. ¡Tendrás suerte si no te cuelgan por traición!

Rapo le cogió la cara y, aunque Cervo intentó resistirse, apresado como estaba, no pudo retroceder ni zafarse de sus manos y lo puso ante él, tan de cerca que pudo ver sus venas, resaltando bajo la piel enrojecida por la desesperación y los ojos verdes desorbitados.

—¡No dirás nada! —le berreó a la cara— ¡Nada, me oyes, no dirás nada!

Entendió entonces lo que significaba: su hermano se había salido con la suya, sí, pero había pesado sobre sus hombros todos esos años la carga de la culpa. Tal vez no fuese malo del todo, tal vez sus propósitos solo eran una codicia insaciable y una sed de emprender más allá de lo que la herencia, a sus ojos mal repartida, podría haber hecho nunca. Ahora veía a Rapo como lo que era; un ser devorado por el remordimiento de haber dañado a sus seres queridos y el miedo a la vergüenza y el rechazo si alguien llegara a saberlo nunca. Tal vez por eso no se lo había confiado ni a su amigo más cercano. Tal vez pensaba soportar aquella carga él solo hasta que encontrase una solución, un negocio tan lucrativo como aquel de las Américas, que le permitiese devolverles a sus hermanos lo que les había quitado y devolverlo con creces, quedando como un ser generoso, humilde y un héroe.

Ahora entendía su insistencia para hacerle partícipe y sacar este negocio adelante.

—¿Qué has hecho, hermano? —le susurró.

Rapo, por toda respuesta, soltó dos lágrimas, una por cada ojo hinchado de angustia.

—¿Me lo podéis explicar? —dijo Xabaril con su lengua de trapo y su andar chulesco.

Sin embargo, en ese momento alguien abrió la puerta de golpe.

Uno de los compinches de Xabaril, el llamado Folosa, entró como una corriente y sin llamar, con la cara desencajada.

—¡El puerto! —gritó— ¡Se está inundando el puerto!

—¿Qué?

—¡Que está subiendo la marea cosa mala y todos los barcos están a punto de entrar en las lonjas!

—¡Eso es imposible! —dijo Xabaril saliendo corriendo de la sala.

Rapo soltó a su hermano y se acercó a la ventana.

—No puede ser… —jadeó— No puede ser…

Cervo, por curiosidad, se aproximó también a mirar y, en efecto, aquello parecía imposible: no era una ola ni un maremoto, sencillamente la marea subía sin control y las aguas se elevaban impulsando a los barcos contra los escollos y muretes del puerto y los más pequeños ya se abalanzaban hacia los muelles mientras a algún barco grande se lo veía escorar por tener demasiado calado para sortear el empuje contra el malecón.

Y la marea subía y subía…

—¡Mis barcos! —gritó Rapo con angustia— ¡Dios Santo, los barcos!

Salió corriendo a grandes zancadas de la habitación dejando solo a Cervo, mientras este seguía mirando el devenir de los acontecimientos con incredulidad.

Por el ángulo no podía ver las fragatas de los Novoa, sin embargo, podía adivinar que, si corrían la misma suerte que los pesqueros que ahora veía escorarse y estrellarse contra los edificios del puerto, estaba claro que sobre su hermano se cernía la ruina.

De pronto recordó a la chica, sola y tal vez vapuleada por la misma marea terrible que estaba anegando la ciudad y reaccionó, cogió el abrecartas que sabía que se guardaba en uno de los cajones del escritorio y, con cierta dificultad, cortó las cuerdas que le ataban las muñecas.

Salió corriendo, igual que habían hecho todos, y salió al patio, donde tomó prestado uno

de los caballos de su hermano de un cochero que también se dirigía al puerto a ver qué ocurría.

Cervo no llegó a bajar del todo a la ciudad, pues de lejos pudo asistir con buenas vistas a la destrucción de lo que traía la marea al interior, barcos aquí y allá que se estrellaban, gritos, gente corriendo, animales siendo arrollados por las aguas, un ruido ensordecedor de colisiones… Le pareció ver, y casi lo habría jurado, a Rapo subido en la Soberana y tratando de doblegar el timón mientras la nave se precipitaba tierra adentro para perderse entre los edificios rumbo a la catedral.

Estaba claro que no podría seguir el camino habitual para llegar a donde antes se encontraba su hogar, así pues, debía bordear la costa sobre los montes hasta llegar por el otro lado, cerca de O Fonte, si es que quedaba en pie la aldea, y seguir hasta su playa. Pero ese camino, muchísimo más largo, le llevaría varias horas si no se daba prisa. Así pues, puso al corcel al galope y, aunque era de noche, había una luna inmensa y no tuvo problema en orientarse para salir de aquella loma donde se podía divisar y escuchar el infierno de agua.

Tardó una hora, quizá un poco más, para cuando bajó una loma y pudo ver de lejos O Fonte y, para su sorpresa, intacta.

Las casas del pueblo conservaban la lumbre y exhalaban humo sus chimeneas, como si todo aquel horror de un par de leguas más lejos solo pudiese llegar a tocarlos en sus pesadillas.

Sin embargo, allí donde estaba, sí que podía ver algo raro, tan extraño que le costó reconocer la orografía de la zona y admitir que aquel pueblo, en efecto, era O Fonte; la línea del litoral había cambiado. Las aguas se habían retirado unos cuantos cientos de metros de donde sería natural verla, incluso en bajamar. Allá podían verse riscos y columnas de piedra que en cualquier otro momento serían torres submarinas sepultadas bajo las olas.

Dejó atrás aquella visión y fue trotando, con paso decidido, hasta llegar a la casa o lo que quedaba de ella: apenas se mantenían en pie unos pilares y dos paredes de roca calcinadas. El techo se había derrumbado dando la sensación de que el edificio se había arrugado sobre sí mismo. Aún quedaban ascuas encendidas, tablones que caían y cedían por el peso, algunos pollos muertos, el huerto devastado…

Le extrañó que el incendio hubiese sido tan cruel y al mismo tiempo tan fugaz, pues ya no había llamaradas como las que recordaba de hacía unas horas.

Le habría gustado lamentarse ante semejante visión, sin embargo, las ansias por encontrar a la muchacha le apremiaron y extirparon esos malos pensamientos de un plumazo.

Al asomarse por encima de lo que quedaba de valla, quedó abrumado por lo que veía: en efecto, las aguas se habían retirado y dejaban a la vista un paisaje fascinante y extraño, antes solo reservado para los seres sumergidos.

Bajó a la playa, o lo que antes había sido esta, pues el litoral quedaba ahora a unas cuantas varas de allí, y pudo encontrar animales muertos o agonizantes, peces grandes y pequeños saltando desesperados y boqueando para buscar su elemento.

Era sobrecogedor ver esa magna falta de agua cuando allá, a lo lejos, se veía Pontenácar como si su superficie hubiese menguado y ahora fuese mucho más pequeña. Tal vez era la impresión de la noche, la falta de luz que no dejaba divisar en condiciones la inundación, pero la comparación que se le ocurrió a Cervo era la de un vaso a medio llenar que alguien hubiese inclinado levemente para exponer un lado y anegar el otro.

Pese a la fuerte impresión, empezó a buscar a la chica. No tenía nombre por el que llamarla, así que se limitaba a gritar «hola» a pleno pulmón, una y otra vez.

Tras revisar las dos playas se dirigió hacia las rocas, aquel laberinto de piedra donde la encontró la mañana del día siguiente a conocerla, después de que huyese espantada u ofendida,

quién lo sabe.

Buscó sin descanso una, dos horas, en las playas y en las piscinas naturales e incluso en la tierra expuesta por aquel extraño efecto de la naturaleza que aún no alcanzaba a entender.

Estaba agotado, sediento y dolorido de todos los golpes recibidos por los secuaces de Xabaril. El dolor de cabeza era intenso y palpitante, y, cuando ya se iba a dar por vencido, oyó un grito.

Salió corriendo. El sonido llegaba de todas direcciones, lamentos y gritos y gemidos que reverberaban en las paredes de roca. Finalmente la encontró, encogida en un rincón de una pared y abrazada a una roca que antes habría estado sumergida, llena de líquenes y algas, lejos de la línea de ribera.

Cervo salió corriendo a su encuentro y la besó y la abrazó. Ella, sin embargo, no paraba de jadear, gemir y balancearse, y lo apartó con varios manotazos al aire y reculó para apoyarse en la pared.

Inhalaba y exhalaba con esfuerzo, resollando y suspirando y de vez en cuando apretaba la mandíbula y las manos. Su cuerpo entero temblaba.

—Ven. Te llevaré a la… bueno. Te llevaré lejos de aquí. Tiene que verte un médico.

Acababa de recordar que la casa estaba en ruinas y que no había mucho sitio al que ir, pero, como poco, debía alearla de ese lugar que en cualquier momento podría volver a su cauce natural y sepultarlos en agua a los dos.

Sin embargo, ella no se movió. Se negó a levantarse e incluso a que Cervo la tomara en brazos.

—¡Vámonos de aquí! —la apremió de mal talante.

Pero ella no paraba de llorar y respirar agitadamente.

—¡Condenada cría! Ya sé que te han hecho daño, pero puedes andar, ¿o no? ¡No podemos quedarnos aquí!

Ella hizo un ademán de levantarse y él iba a ayudarla cuando, en lugar de ponerse de pie, volvió a abrazarse a la roca y gritó. Un berrido ensordecedor, casi inhumano, que rebotó contra las rocas y le puso a Cervo la piel de gallina.

La chica estaba en cuclillas, agarrada a esa piedra como si fuese su salvación, y él entendió que estaba mal, que algo malo le ocurría.

—¿Qué pasa? ¡Dime qué te pasa! Tengo que llevarte a un médico, carallo. Ven aquí…

Pero ella le empujó, le dio un violento manotazo y empezó a pegarle, gruñendo, la cara congestionada de rabia y sudorosa.

Las aristas de la roca le hacían rasguños en la piel y tenía sangre, no sabía Cervo de dónde, en las manos y en los muslos. Sintió una terrible congoja al pensar en que aquellos hombres la habrían hecho tanto daño como para sangrarla y volverla loca… aún más desquiciada de lo que venía siendo habitual.

A lo lejos ya despuntaba el alba, y ella, de pronto, dejó de pegarle abruptamente para poner cara de espanto, soltar un par de sollozos y volver a abrazarse a la roca. Otro grito, esta vez más suave. Gemidos, lloros…

Siguió así un rato, aunque ya no gritaba, sino que emitía gruñidos ahogados que exasperaban a Cervo que no dejaba de moverse inquieto a un lado y a otro pensando que el agua, en cualquier momento, se les iba a venir encima o que la chica podría morir desangrada allí mismo.

Al cabo lo entendió todo.

La cara de ella congestionada, roja y con la mandíbula apretada que parecía que se iba a

destrozar los dientes, y al punto un ruido húmedo, como el de una tela mojada al rasgarse y un líquido rojizo que salía de su sexo al tiempo que algo negro asomaba por ahí.

—¡Virgen Santísima! —exclamó él.

Pensaba que a la mujer se le estaban saliendo las tripas cuando la vio ponerse de rodillas y sujetar aquella cosa con las manos. Ella cogió aire profundamente y soltó otro gruñido sostenido, al tiempo que tiraba de aquello y salía de ella un cuerpo pequeño y blando, viscoso, empapado de sangre y otros fluidos.

Tal cual lo sacó de sí, lo dejó ahí tirado, sobre la arena, para después arrastrarse hacia atrás para apoyarse en la pared de roca y dejarse vencer por la fatiga.

Cervo no entendía nada. Aunque su instinto le explicaba lo que acababa de pasar, en realidad no llegaba a asimilarlo. Le parecía inconcebible haber presenciado semejante aberración.

«Con razón a los varones no se nos deja presenciar el alumbramiento. ¡Jesús, qué espanto!».

Se quitó la camisa y se acercó, poniéndose de rodillas ante la criatura que yacía en el suelo, desamparada, y que se retorcía un poco, con los brazos agitándose con espasmos, la cara constreñida, arrugada y al borde del llanto.

Fue a cogerla como pudo por los sobacos, pues resbalaba y notó que la cabeza no se sostenía, sino que se desmoronaba hacia atrás como una muñeca de trapo, como la de un animal muerto, y pensó, afligido, si no sería tal vez un bebé mal hecho, enfermizo o puede que deforme.

«Una hembra, para colmo. ¡Porca miseria!».

Se dio cuenta entonces de que de su barriga aún pendía la cuerda que la ataba al interior de su madre. Había visto aquello en terneros, galgos y otros animales, sin embargo, nunca pudo imaginar que para los humanos fuese lo mismo e incluso aún más desagradable. Se preguntaba si la madre haría algo al respecto, pero se la veía desfallecida junto a las rocas y no parecía tener intención de solucionar nada.

Dejó a la criatura sobre la camisa y la envolvió como pudo. Esto pareció disgustarla, porque se echó a berrear como si se la llevaran los demonios, lo que puso a Cervo aún más nervioso.

Cogió lo primero que encontró que pudiese serle útil: una gran concha de vieira, con los bordes serrados y se dispuso a cortar el cordón. No fue fácil; lo recubría sangre y una mucosa resbaladiza, y además las fibras eran algo duras y se resistían al filo de la valva que, aunque era su única opción, no era el mejor cuchillo del mundo. De aquello empezó a salir sangre, pero no le dio importancia.

Con la pequeña envuelta en la camisa, se acercó a la madre y se la puso encima, a ver si de ese modo dejaba de llorar.

La chica estaba pálida y adormecida. Reaccionó un poco cuando Cervo la sacudió levemente el hombro, abrió los ojos y miró a la recién nacida con indiferencia. Se movió un tanto, con un quejido para acomodarse de alguna manera en los salientes puntiagudos y a punto estuvo la criatura de caérsele si no llega a ser porque Cervo se apresuró a sujetarla.

—¡Cuidado!

La chica cogió a la bebé como a un bicho y se la puso en el regazo, aún con la espalda apoyada, y, torpemente, sin hacer mucho esfuerzo, le hizo un nudo a la cuerda de la barriga de la criatura, lo que hizo que la sangre dejase de fluir.

Tras este esfuerzo, la muchacha echó la cabeza hacia atrás y pareció desmayarse.

Cervo cogió al bebé que seguía desconsolado y yacía de cualquier manera sobre el cuerpo

de su madre. Poniéndose de pie, lo acomodó en sus brazos como pudo y se quedó hipnotizado mirándolo: tenía la cara congestionada y el pelo muy negro, la boca abierta y chillona era todo encías y lengua, las extremidades se agitaban sin control y aquí y allá una capa de sebo le cubría el cuerpo que en algunas partes se había pringado con la arena. Se le antojó un ser muy feo y, aun así, le inspiró ternura; sucio, pasando frío, puede que hambre, le pareció tan desprotegido que se olvidó de sí mismo y sus temores.

La pequeña dejó de llorar al poco, cuando la estrechó contra la piel de su pecho y esta empezó a mover la cabeza, como frotándose contra los vellos y buscando calor. Cervo en ese instante se sintió realizado. Aquella niña era cosa suya, de su carne, y, aunque la notaba todavía muy ajena debido a las últimas semanas en las que apenas había tenido tiempo de hacerse a la idea, empezó a entender lo que de verdad esa criatura significaba: que era su hija.

Sin embargo, no tuvo mucho tiempo para contemplarla porque, de pronto, se percató de algo terrible: el agua estaba subiendo.

—¡Neniña! ¡Eh, muchacha, vuelve en ti! ¡Tenemos que irnos!

Aún estaba algo lejos, tal vez a veinte varas de distancia, y, sin embargo, podía ver con toda claridad cómo el agua se desplazaba poco a poco, sin detenerse, rellenando huecos en las piedras y valles de arena, salvando animalejos que aún tenían un hálito de vida… e iba cercándolos cada vez más.

Intentó levantar a la muchacha, pero estaba totalmente desvanecida, no reaccionaba. La zarandeó e incluso con la mano libre le dio una bofetada para espabilarla. No reaccionaba ni se movía.

De pronto supo que estaba en una aterradora encrucijada: no podía acarrear a las dos. O cargaba al bebé o a la mujer.

Viéndose en tan espantosa situación, se movía inquieto de un lado a otro, mirando, ora al agua imparable, ora a la muchacha desmayada, y al bebé también, de vez en cuando, porque la idea de abandonarlo a merced de las aguas se le hacía un acto deshonroso y abominable, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Si quería salvar a la madre no tendría más remedio que dejar a la niña.

La marea subía inexorable y, haciendo de tripas corazón, sabiendo que pronto desearía la muerte, dejó a la pequeña en el suelo, junto a su madre, y se dispuso a tomar a la muchacha en brazos.

La cogió del brazo e intentó tirar de ella, sin embargo, el miembro se le resbalaba y pareciera que su piel estaba cubierta de una arena pegadiza y aceitosa. Intentó levantarla y no pudo, se le escurría como las lubinas recién pescadas, y solo haciendo mucha fuerza pudo levantarla tres palmos antes de que volviera a caer. Su cuerpo viscoso y blando comenzó a confundirse con la arena y, ahora que había más claridad, podía ver que su pelo se volvía quebradizo y frágil como las algas al sol. Su cabeza apoyada en la roca parecía pegarse a la misma, cual molusco, mientras la piel suave de su rostro se tornaba brillante como el alabastro.

El agua fría ya le llegaba a los pies y la bebé en el suelo le sacó de su ensimismamiento con un grito, pues se estaba empapando.

Al comprender que ya no podía hacer nada por la muchacha, y que la naturaleza había decidido por él, tomó rápido a la criatura y salió corriendo; sorteando las piedras y columnas, corriendo penosamente sobre arena mojada que se hundía a cada pisada y sintiendo que no llegaría jamás, que moriría sepultado por las aguas junto a su hija por castigo a la blasfemia de haberla querido abandonar.

No llegó a la línea de la costa por unas cuantas varas. El agua los alcanzó y tuvo que izar

a la pequeña por encima de su cabeza y nadar luchando contra la corriente, usando los pies y manteniéndose en un equilibrio precario, tragando agua y hundiendo la cabeza de vez en cuando. Entonces sí, tras unos pocos minutos en que creía que iba a ahogarse irremediablemente, tocó con los pies en el fondo. Le costó seguir avanzando, pero pudo caminar sin problema y, cuando ya solo estaba hundido hasta la cintura, pudo pararse y abrazar a la niña, y llorar por el miedo, la pena y el arrepentimiento.

Se giró a vislumbrar cómo había quedado todo: allá donde poco antes había tierra, ahora solo quedaban las aguas en calma.

XVI

Paseaba por la arena con los pies desnudos, como había hecho siempre, pero ahora con la sensación de ser un forastero, alguien que ya no pertenecía a ese lugar, aunque se hubiese dejado allí el corazón y el alma.

Cinco años habían pasado desde la terrible tragedia que había asolado Pontenácar, en la que mucha gente había perdido la vida, incluyendo su hermano Rapo, que tras haber intentado inútilmente dominar la Soberana, esta había sido arrastrada por la corriente y se había ido a estrellar con violencia contra uno de los edificios del interior de la ciudad. De la parte de proa solo quedaron astillas y tablones partidos, y, como si hubiese sido aplastada por un puño divino, la trasera de la nave, la popa, se había mantenido prácticamente intacta.

Nadie pudo entender qué pretendía Rapo con semejante locura, ni que le había llevado a pensar que podría navegar la implacable marea que destruía todo a su paso. Mientras todos los demás huían y salían de las zonas bajas de la ciudad, él, envuelto en una valentía desquiciada, bajaba para tratar de salvar la posesión más valiosa de la empresa que, todo el mundo lo decía, no merecía la pena habida cuenta de que lo había pagado con su vida sin conseguir nada.

Cervo, en cualquier caso, se guardó para sí la opinión sobre sus posibles motivos, pues estaba seguro de que el arrepentimiento formaba parte de los mismos. Algo en su interior contenía la vieja rabia que había supuesto para él la figura de su hermano. Ahora solo le quedaban los sentimientos de compasión y lástima.

Fue extraño, porque no sintió que la venganza se hubiera cobrado con su muerte, sino que se había volatilizado, pues no le habría deseado ese mal a Rapo pese a todo el daño que había causado.

Tampoco se lo había deseado a Cegonha, que desde aquel día se había vuelto un alma en pena. Mala arpía y madrastra insufrible, no creía Cervo que mereciese tal tormento pese a su vileza. Los primeros meses se paseaba por la casa como un fantasma, llorando cual plañidera espectral la muerte de su hijo y de varias otras personas de su confianza que también habían desaparecido en el desastre.

Cervo no era tan ladino como para alegrarse por el suplicio que estaba sufriendo esta anciana. El regreso de Cervo a la casa fue un duro golpe para ella que, sin embargo, tan vapuleada por el dolor como se encontraba, no tuvo la mujer fuerzas para oponer resistencia ni presentar objeciones. Con el paso del tiempo, Cegonha acabó por retirarse y anunciar que se iba a vivir a un convento en aislamiento, a fin de terminar sus días en la paz de Dios.

No fueron pocos los problemas que se encontraron a la hora de reclamar justicia para con la herencia, pues la familia de Borboleta reclamaba todo el patrimonio de Rapo para sus hijos. Sin embargo, al presentar el documento, aquel testamento auténtico, guardado a buen recaudo en las montañas, tanto abogados como jueces se mostraron a su favor a la hora de litigar y de arreglar con el gobernador las propiedades de la familia.

La dirección de la empresa acabó recayendo en manos de los dos hermanos y, aunque Cervo siempre estuvo dispuesto a viajar más que Coelho, por este tener familia, ahora ya no estaba por la labor. Igualmente, no tuvieron problemas para encontrar buenos capitanes de confianza que quisieran navegar en nombre de los Novoa, más aún tras la pérdida de naves en la

región provocada por el desastre.

Con las aguas en calma, una tarde de primavera volvía allí, a su playa, a su casa, que había logrado reconstruir al igual que los barcos y el resto de la empresa gracias a un par de perlas del tamaño de aceitunas.

La nueva casa era algo más grande y menos modesta, con dos plantas en lugar de una, buena piedra, buenos postigos, cristales en las ventanas y losetas en el suelo. No había querido cederle la casa nadie, ni siquiera a un nuevo guardabosques, pues, por un motivo que no quiso explicar a nadie, aquella casa se le antojaba solo suya, así que iba allí de vez en cuando para alejarse del trabajo, del bullicio de la ciudad y de los quehaceres domésticos. Se limitaba a pasear por la arena y a pensar que habría sido de su vida y si habría sido algo mejor en el caso de haber conservado a su amada; muda, salvaje y extraña, habría tenido difícil mantener una normalidad de cara al mundo, incluso en el paraje más aislado. Solo eso le consolaba.

Miraba ahora hacia las aguas con la inquietante sensación de que cualquier día resurgiría de ellas aquel ser salido de las profundidades, del mismo modo que ya lo hiciera la primera vez.

—¡Pai! ¡Pai! ¡Mira unha cuncha de abalón!

—¡A ver! ¡Oh, es una de las grandes! Esta debes guardarla.

La niña era salvaje y temeraria, pero hacía las delicias de todos con su verborrea, su naricilla altanera que no perdía ocasión de levantar con desdén y su habilidad para enternecer a cualquiera. Le costaba mantener atados los vestidos y su pelo, negro, larguísimo, no sostenía los lazos en su sitio más de media jornada.

Miraba aquella pequeña concha fascinada, dirigiendo su mirada azul profundo hacia su padre y buscando su aprobación por el hallazgo.

—Esta es la más grande de todas, ¿a que sí, pai?

—Ya lo creo. Puedes ponerla con las demás en la ventana. Si sigues así, pronto podrás restaurar el puente de la ciudad tú sola.

—¿En serio?

Él se echó reír.

—Seguro que sí.

—Vale, pues voy a buscar más.

La vio alejarse, correteando por la orilla, la espuma salada lamiéndole los pies y tratando de alcanzarla. Jugaba a escabullirse de las olas como si un amigo imaginario la buscase y ella no se dejase atrapar. Reía a carcajadas y se rebozaba en la arena y, en ocasiones, Cervo la encontraba muy quieta, mirando el horizonte, tal vez a algo más allá de las aguas que él mismo nunca llegaría a comprender.

Aquella pequeña no tenía prácticamente nada suyo, salvo su amor por el mar.

AGRADECIMIENTOS

Es difícil escribir un libro, pero más difícil aún es que te apoyen y te ayuden a sacarlo adelante.

Esta historia la tengo en mente desde hace mucho tiempo, tanto, que no sé ni siquiera cómo se originó. No sé si es que empecé igual que en Malakhim, donde vi un gran vacío de nicho en cuanto a seres mitológicos se refiere, o es que todo empezó con un sueño.

Puede ser un poco de ambas.

La idea la tenía, o, al menos, a grandes rasgos: un hombre que se enamora de una especie de sirena que le trae regalos.

En el verano de 2023, la familia de Sandra y Jose nos invitaron a pasar una maravillosa semana en Galicia, en Lugo, cerca de Ribadeo. No era la primera vez que iba a Galicia, pero, por alguna razón, sí que era la primera vez que prestaba atención (lo cual demuestra que he pasado la mayor parte de mi vida embobada).

Las playas, los paisajes, la ría… ¡la comida!

Fue un día, de camino a Ribadeo, cuando vi un letrero que llevaba a la población de Cervo y algo se reactivó en mí.

«¡Ostras, qué gran nombre! Y Cervo significa ciervo, y Galicia sería un escenario perfecto para aquella historia que inventé, y además podría llamar a los personajes con nombres de animales en gallego, y…»

Se puso en marcha la locomotora y ya no pude parar... hasta que llegó el lanzamiento de Malakhim y me desenganché de la trama casi al final, la dejé abandonada y me costó meses retomarla hasta terminar.

Lo de no utilizar las palabras «mar» y «océano» en toda la novela se debe a una especie de pudor: me parecía recargado y facilón usar dos palabras para definir algo de lo que está, literalmente, empapada toda la obra. No tenía necesidad de usarlas y se me antojó un divertido reto personal.

El tono que he usado tampoco es el habitual. Si has leído antes mis cuentos o Malakhim, con lenguaje mucho más sencillo, dinámico y poco recargado, espero no haberte decepcionado. La intención era usar un tono más lírico, más adaptado a la época de la obra, para que fuera más inmersivo.

Tengo que agradecer, como siempre, a mis lectoras beta, alfa y delta, que me lo hacen todo: a Sonia que está ahí, a diario, al pie del cañón, y a Montse, que me mete caña. Ambas ejercen de lectoras, correctoras y sentido común.

A Marina, que siempre me apoya y quiere leer más y a Chano que le da la razón. A Sandra, que debería ser mi relaciones públicas, y a Jose, que me enorgullece haberle traído a la lectura. A mi pareja, que sabe que tengo potencial y me lo recuerda. A mi hijo por ser mi combustible. A mis suegros por su gran apoyo. A Jessica que me hace publicidad con quien puede. A la «Chupipandi», que son un desahogo para el mal rollo. A los de Jazztel, que me siguen la corriente después de tantos años. Y a los amigos que he hecho en Facebook en los últimos meses y que tantas charlas nutritivas me han proporcionado.

¡GRACIAS A TODOS!

Y muchas gracias lector por haberme acompañado hasta aquí en mi aventura. Espero de corazón que la hayas disfrutado.

Puedes leer más novelas mías en Amazon a través de mi perfil.

Si te ha gustado el libro deja una reseña o, como mínimo, una valoración de estrellas en Amazon. Me ayudará muchísimo para poder seguir trabajando.

Compártelo, regálalo, recomiéndalo... para que no quede en silencio.

Puedes seguirme a través de mi blog y de mis redes sociales en la web:

mensajesdelmundoinfinito.blogspot.com